

—Al asalto, al asalto! gritó el Cid lleno de ardor y coraje.

—Al asalto! dijeron todos los que combatian á su lado.

Mas cuando se disponian á aplicar escalas al muro, un trozo de este se desmoronó al terrible golpe de un nuevo ariete que acababa de construirse viendo la insuficiencia de los que se habian puesto en juego.

—Santiago de Compostela! gritó el Cid con voz tonante. Al muro, al muro mis caballeros!

Y arrancando de manos de un alférez la enseña de Castilla y Leon, trepa al muro, con ella en una mano y en otra la espada, seguido de muchos caballeros tan esforzados como él.

La sangre corre á torrentes; los moros luchan con desesperacion reconcentrando casi todas sus fuerzas en aquel punto; pero todos sus esfuerzos son vanos, que el Cid abre paso con su espada hollando cadáveres musulmanes, y al fin llega á lo mas alto del muro y clavando alli el estandarte cristiano, grita con voz robusta:

—Cea por D. Fernando!...

Este triunfo obtenido por la mesnada del Cid presta nuevo aliento á los sitiadores y acobarda á los sitiados. En breve es la plaza asaltada por otros muchos puntos y la cruz sustituye á la media luna en todas partes.

El castillo de San Martin y otros son tomados por el ejército de D. Fernando poco despues que la plaza de Cea; el nombre del Cid resuena por todas partes llenando de terror á la morisma, y el valeroso caballero cada vez mas animoso, cada vez con mas deseos de clavar la santa cruz alli donde aun se ostenta la media luna, propone al rey el cerco de Viseo, única plaza de importancia que conservan los mahometanos en Portugal.

—Señor, dice Rodrigo á D. Fernando, vuestras dolencias y vuestra ancianidad reclaman la quietud y el descanso despues de tan rudas fatigas. Si á un vasallo es dado aconsejar á su señor, permitidme aconsejaros que os retireis á Coimbra, que es una ciudad populosa y rica, y donde por consiguiente hallareis

todas las comodidades que soleis gozar en Leon ó en Búrgos. Yo soy mozo aun y por lo mismo no debo dar sosiego á mi brazo; dejad á mi cuidado el cerco y el asalto de Viseo, que asi Dios me salve, antes de quince dias ha de ser vuestra la plaza.

—Cierto, dijo D. Fernando, que mis dolencias se multiplican y los años me abruman mas de lo que yo quisiera, pues de tener algunos menos, juntos vos y yo, hubiéramos de lanzar la morisma allende el Estrecho... Pero mi corazon palpita de gozo y se rejuvenece viéndoos lidiar; tomemos primero á Viseo y luego iremos juntos á descansar á Coimbra, cuya plaza deseo visitar pues la tengo aficion aunque no sea mas que porque me costó siete meses de cerco el tomarla....

—Lo que á vos place eso me place á mí, señor, contestó Rodrigo viendo con alegria y enternecimiento el entusiasmo y el ardimiento guerrero que animaba á su rey.

Dos dias despues estaba cercada la plaza de Viseo.

En vano jugaban sin descanso los arietes contra los muros; porque estos eran solidísimos; en vano se arrimaban escalas para dar el asalto, porque las almenas estaban coronadas de ballesteros que derribaban con sus dardos á cuantos se acercaban al muro. Tres veces habia tomado el Cid el estandarte de Castilla y Leon como al escalar el muro de Cea, y habia querido subir al muro; pero otras tantas habia tenido que retroceder, viendo morir á los que le seguian y salvándose como milagrosamente.

Era mas de media noche; D. Fernando habia mandado suspender los ataques á la plaza hasta deliberar con sus capitanes, y particularmente con el Cid, acerca de los medios á que convenia acudir para no sacrificar tanta gente de armas y asegurar el buen término de aquella empresa. Habíase intimado la rendicion á los defensores de la plaza amenazándolos con que serian todos pasados á cuchillo si no se entregaban en cierto plazo; este plazo habia terminado, y sin embargo, los sitiados continuaban en actitud de defenderse.

Un moro que estaba de centinela en las almenas se descolgó

por la parte exterior del muro, y dirigiéndose al real de D. Fernando, solicitó ver á este. Rejistrósele por si llevaba armas con que cometer alguna traicion, y como no se le encontrasen, fue presentado al rey.

—Señor, dijo á D. Fernando, creo que vais á tomar la plaza y á pasar á cuchillo sus moradores; tengo muger é hijos á quienes amo y por salvarlos soy traidor á mi ley y á mis hermanos de armas. Há muchos años arrojaron una saeta desde esos mismos muros y mataron á D. Alfonso rey de Leon y padre de vuestra esposa; el que arrojó aquella saeta está en Viseo. Si me dais palabra de salvar á mi muger, á mis hijos, y á mí, os diré quien es...

—Glorioso san Isidoro! exclamó D. Fernando, qué es lo que oigo! Vive, vive aun el matador del buen D. Alfonso, á quien mi Doña Sancha llora aun?... Dime quien es el traidor, dime quien es, que yo te prometo no solo salvar á tí y á tu familia, sino colmaros de riquezas.

—Señor, se apresuró á decir el moro lleno de alegría, se llama Ben-Amet y está encargado de la defensa del muro de la mezquita; que como es el que mas debe temer caer en vuestras manos, se le ha confiado la defensa del punto mas importante.

—Eres dueño de quedarte en nuestro campo ó de tornar á la plaza, dijo D. Fernando; mañana entraremos en Viseo; que te vayas ó te quedes con nosotros, danos señas de tu casa y serán ella y sus moradores respetados.

—En frente de la gran mezquita hay un edificio aislado con un hermoso ajarafe; aquella es mi casa, señor, y allí estarán mi muger y mis hijos.

El moro se retiró á una tienda inmediata á la del rey pues no se atrevió á volver á la plaza, y poco despues reunió D. Fernando á sus capitanes y les refirió el suceso.

—Es menester, dijo el Cid, que al rayar el alba ataquemos el muro que defiende ese traidor, y que muramos todos ó le asaltemos.

D. Fernando alargó su mano á Rodrigo Diaz lleno de

alegría al ver que se había anticipado á su pensamiento.

—Rodrigo, dijo, siempre adivinais lo que mi corazón siente. Si, si, es preciso que el traidor Ben-Amét espie con su sangre la de D. Alfonso; pero necesitamos economizar cuanto sea posible la nuestra. Hemos perdido muchos caballeros esforzados en los asaltos que hemos intentado, y necesitamos idear un medio que nos preserve algún tanto de los dardos enemigos.

—Nuestros escudos, dijo el Cid, no tienen suficiente campo para poner á cubierto de las flechas el cuerpo del combatiente; paréceme que convendría prolongarlos clavando tablas en ellos, pues á mi padre he oído que algunas veces se ha hecho así.

—Si, si, dijo el rey, eso haremos.

Y como Martín Antolínez, Alvar Minaya y los demás caballeros que estaban presentes, aprobasen como el rey el proyecto del Cid, la mesnada de este que fue la que primero se ofreció á escalar el muro de la mezquita, se ocupó en seguida en disponer los escudos de la manera acordada.

Al rayar el alba se acercaron al muro de la mezquita el Cid y los suyos con mucho sigilo, provistos de escalas y anchos escudos. A una señal convenida de antemano, arrimaron las escalas al muro; pero los moros se apercibieron de la embestida y empezaron á arrojar una nube de saetas. Los caballeros cristianos que precedían á los escaladores lanzaban también multitud de dardos que hacían terrible estrago en los defensores del muro; pero como los escudos resguardaban el cuerpo de los asaltadores, estos no retrocedían, antes bien trepaban por las escalas y se hallaban próximos á dar cima al muro, á pesar de los rabiosos esfuerzos que Ben-Amét y los suyos hacían para evitarlo.

—Santiago de Compostela! gritó el Cid, como en el asalto de Cea, á cuyo grito contestaron llenos de entusiasmo los que le seguían, y todos se lanzaron á la eminencia del muro. Entonces se trabó una lucha sangrienta, horrible, feroz, cuerpo á cuerpo, brazo á brazo; los cadáveres rodaban por todas partes, la sangre corría á torrentes, los que guarnecían la plaza por otros puntos acudían al atacado, y el ejército cristiano se arrojaba á la plaza

por la entrada abierta por el Cid y los suyos y Ben-Amet estaba en poder de D. Fernando :

—Señor, gritó á este Rodrigo Diaz, una merced os pido; harta sangre humana ha corrido ya en Viseo, perdonad á los vencidos, que nuestros aceros no se ceben en los indefensos moradores de la plaza.

—No, no, respondió D. Fernando, no se cebarán, buen Cid; que nadie sea osado matar hombre ni muger.

Los soldados cristianos que alzaban sus aceros para sepultarlos en el corazon de los moradores de la plaza, se detuvieron respetando el mandato de su rey.

Y entonces Rodrigo Diaz plantó por su propia mano la enseña cristiana en los muros de Viseo, gritando :

—Viseo por Castilla y Leon, Viseo por D. Fernando !

Y aquel mismo dia fueron cortadas las manos y sacados los ojos al matador de D. Alfonso, y se le asaeteó sobre el mismo muro desde donde habia disparado la flecha rejicida.

Temerosos los moros de que D. Fernando sometiese con sus armas la comarca que aun dominaban en Portugal, trataron de distraerle, y juntando una numerosa hueste hácia la parte de Elvas rompieron por Estremadura, haciendo aun mayores estragos que los que hacia poco habian hecho en Galicia. Súpolo D. Fernando, y creyendo prudentemente que si bien era indispensable acudir á poner dique á aquel asolador torrente, no debia dejar desamparadas las plazas y las comarcas que acababa de ganar, determinó dividir su ejército con objeto de que la mitad de él quedase en Portugal y el resto volase en persecucion de los invasores.

Rodrigo Diaz á quien el ocio era insufrible, para quien el mejor puesto era aquel que ofrecia mas peligros y fatigas, y que se anticipaba siempre á los deseos del rey, se ofreció á acudir en persecucion de la morisma. Aceptó D. Fernando su ofrecimiento, y poco despues se puso el Cid al frente de una lucida hueste y partió para la frontera de Estremadura, en tanto que el rey satisfecho con el resultado de aquella campaña y firmemente persuadido de que Rodrigo haria pagar muy cara su audacia á los

infeles invasores se disponia á recorrer sus dominios de Portugal con objeto de asegurarse por sí mismo del espíritu público, del estado de las plazas fuertes, de las necesidades de sus vasallos y del arreglo de las cosas eclesiásticas y civiles en aquel reino.

El tránsito de D. Fernando de unas poblaciones á otras, fue una ovacion de las mas ardientes y sinceras de que habia sido objeto durante su larga vida. Los portugueses, que durante muchos años habian gemido bajo el pesado yugo musulman, bendecian y obsequiaban con fiestas y regocijos al monarca libertador, y á la par que á este, victoreaban á Rodrigo.





CAPITULO XXXI.

De como un bueno hace ciento.



ACIA ya algunos dias que Teresa y Guillen se entregaban á sus sueños de amor y felicidad; pudiera decirse que aquellos pocos dias habian indemnizado liberalmente á la infanta de cuanto habia padecido desde que voló al cielo su madre. La alegría de su corazon se reflejaba en su rostro, entonces risueño y sonrosado, si antes pálido y triste. Su hermano continuaba rodeándola de solícitos cuidados y caricias, y Guillen experimentaba tambien las ventajas del extraordinario cambio verificado en la conducta del conde, cambio que ya sabe el lector tenia por objeto disponer á Teresa á la obediencia á su hermano cuando este la manifestase su voluntad de que diese su

mano al hijo del conde de Cabra. D. Suero se hallaba muy distante de sospechar la afeccion que unía á la infanta y el paje, creia que Teresa tenia aficion á este porque era un criado leal, que la distraia con su amena conversacion y que la habia cuidado con lealtad y abnegacion durante su permanencia entre los bandidos.

Llegaron á Carrion las nuevas de los triunfos que las armas castellanas y leonesas obtenian en Portugal y las de que muchos nobles y pecheros se dirijian de todas partes á unirse al ejército de D. Fernando ganosos de gloria unos y otros ganosos de botin. Guillen pensó entonces en su situacion, consideró que aquella era la ocasion oportuna para dar principio á sus sueños de gloria y engrandecimiento, y se decidió á dejar el servicio de D. Suero para acudir á la guerra de Portugal por mas que á él y á la infanta fuese doloroso el separarse. Manifestó pues su resolucion á Teresa, y como esta la aprobaba convencida de que el engrandecimiento de Guillen era la única esperanza del logro de su amor, pasó á manifestársela tambien al conde decidido á llevarla á cabo, mereciese ó no la aprobacion de D. Suero.

—Señor, dijo á este, el sacrificio de mi vida me parece poco para corresponder á las bondades que os he merecido durante el tiempo que he estado á vuestro servicio, y en mi condicion actual es mezquino cuanto pudiera hacer para satisfacer esa deuda. Nada soy ahora y necesito ser algo en el mundo para ser útil á vuestra casa. El ejército cristiano conquista gloria y riquezas en Portugal, y yo deseo participar de sus conquistas; permitidme partir á alistarme en él...

El conde de Carrion se sonrió de las quiméricas esperanzas del paje, y dijo con tono de bondadosa reconvencion:

—Qué loco sois, Guillen! Pensais que es cosa fácil á un peche-ro ceñir espada y calzar espuela de caballero á fuerza de tajos y lanzadas en un ejército donde todos las dan á diestro y siniestro? Si para ser caballero fuera eso bastante, el ejército de D. Fernando seria un ejército de caballeros. Contentaos con ser lo que sois, ya que vuestro nacimiento os privó de ser otra cosa, que yo estoy satisfecho de vos y solo anhelo teneros á mi lado.

—Señor, replicó Guillen, cierto que por mis venas no corre sangre noble, pero aquí en este pecho late un corazón que ambiciona serlo. Mozo soy, y estoy dispuesto á luchar tenazmente por conquistar la nobleza que la cuna me negó; si venzo, tanto mayor será mi engrandecimiento cuanto de mas bajo puesto me haya alzado; si muero, alguna honra me cabrá en haber sacrificado mi vida á una ambicion generosa y noble.

El entusiasmo y la ardiente ambicion de engrandecimiento que el paje espresaba llamaron la atencion de D. Suero. Este consideró que en efecto el humilde paje podia llegar á valer mucho animado por aquellos sentimientos; consideró que Guillen era agradecido; consideró que él, el conde de Carrion, necesitaba amigos, pues ni aun con la amistad de rústicos villanos contaba; y por último, consideró que aquel mancebo podia serle mas útil en la hueste del Cid que en su castillo.

—Guillen, mi buen paje, le dijo alargándole afectuosamente la mano, eres mas honrado que muchos que nacieron nobles, hay en tí para hacer un caballero, te animan sentimientos generosos que me huelgo en aplaudir. Parte á la guerra, que ya concibo la esperanza de tratar un dia como á caballero al que tanto tiempo he tratado como á servidor mio. Quiero que lleves á la guerra, un recuerdo del caballero á quien tan lealmente has servido; pocos caballos me dejaron los bandidos, mas quiero darte el mejor que hay en la caballeriza y las armas con que has de lidiar.

—Gracias, señor, gracias:... murmuró el paje olvidando todas las maldades del conde y no viendo mas que la generosidad que con él usaba D. Suero en aquel momento.

—Enemiga me tiene Rodrigo Diaz, continuó D. Suero, sin duda porque me juzga mal, porque me han calumniado á sus ojos; mas no dejo de conocer que es un honrado caballero y un excelente soldado. Debeis alistaros en su hueste, porque al lado del de Vivar podreis aprender cuanto cumple á un soldado y aun á un caballero.

El paje estaba sorprendido oyendo hablar asi á D. Suero de Rodrigo Diaz, á quien hasta entonces habia odiado y procurado

disfamar en todos conceptos; pero consideró que así como los sentimientos de D. Suero se habían modificado respecto á la infanta, debían haberse modificado también respecto á todos los demas.

—Y cuándo pensais partir, Guillen? añadió el conde.

—Hoy mismo quisiera hacerlo, señor, contestó el paje; porque ya que he obtenido vuestro beneplácito, me conviene ir á Portugal antes que termine la guerra con los moros, que creo no durará mucho segun la maña que dicen se dá á lidiar el ejército cristiano.

—Pues bien, Guillen, Doña Teresa tendrá tal vez que haceros algun encargo; despedios de ella y partid cuando queerais.

Guillen pasó á la estancia de la infanta lleno de alegría por la benevolencia del conde, y de tristeza porque se acercaba el doloroso momento de separarse de Teresa..... quizá para siempre.

Guillen y Teresa se separaron como la uña de la carne, segun la significativa espresion de un cronista del Cid, y poco despues abandonaba el primero el castillo de Carrion cabalgando en el brioso corcel que D. Suero le habia regalado y armado de escudo y lanza.

En aquel instante llegó á la puerta del castillo Bellido Dolfos; conocíale Guillen por uno de los capitanes de la banda del Vengador, pues le habia visto en el campo de esta al tornar á Carrion con la infanta despues que hubieron regresado todos los bandidos que habian quedado en poder de D. Suero, y le causó suma estrañeza el verle entrar en el castillo.

Guillen siguió el camino de Portugal pensando en su amada y formando castillos en el aire. Habria empleado cuatro horas en su larga jornada, cuando al llegar á un encinar solitario casi siempre, pues no habia pueblo ni venta en todo aquel contorno, le pareció oír hablar en la espesura; aplicó el oído y oyó las siguientes palabras:

—Noble debe ser, que de tal son su cabalgadura y sus armas, segun lo que desde allá arriba he podido notar.

—Si lo fuera, no cabalgaria solo por estas soledades.

—Quizá se habrá apartado de los suyos mal de su grado, en estas espesuras.

—Pues sea noble ó pechero, ve á avisar á nuestros gefes, que yo continuaré aquí sin apartar ojo del camino, no sea que venga gente detrás y yendo por lana volvamos trasquilados.

—Eso haré incontinentemente, hermano.

Guillen registró con la vista la arboleda, y aunque no habia maleza entre los árboles, no descubrió persona alguna; pero en el momento de ocurrírsele que los interlocutores estarian ocultos tras algun tronco, vió que por uno de estos se descolgaba un hombre, el que echó á correr hácia una cañada inmediata y estaba vestido con corta diferencia como los de la banda del Vengador. Al momento conoció Guillen con que gente se las iba á haber: la banda del Vengador acampaba en aquella arboleda y habia colocado vijías en aquellos altísimos árboles. Requirió la lanza y el escudo por si acaso tenia que hacer uso de ellos, y continuó su camino; pero apenas habia dado veinte pasos su cabalgadura, cuando salieron cuatro hombres á caballo por una senda que venia de hácia la cañada, y le gritaron:

—Téngase el caballero.

—Eso hiciera yo si me mandárais con mas cortesía, contestó Guillen sin obedecer aquella intimacion.

—Ahora daremos la cortesía al muy osado.

Y los bandidos, pues á la banda del Vengador pertenecian en efecto aquellos hombres, acometieron al ex-paje, que los recibió con la punta de su lanza.

Guillen se defendió largo rato dando botes que valian cada uno por cuatro de los de los agresores; pero al fin, merced á su superioridad numérica, le desarmaron estos y le arrastraron al encinar.

—No temais que cometamos felonía con vos, dijo uno que parecia hacer cabeza de los bandidos; habeis lidiado como valiente, y nosotros, aunque bandidos, somos bastante honrados para estimar en lo que valen á los valientes.

Y como el que esto decia reparase en el rostro de Guillen, que en aquel instante se echó atrás la caperuza, añadió :

—Lléveme Belcebú si esa faz no me es conocida.... Sandio de mí que no habia echado de ver que tenemos entre nosotros nada menos que al mas leal y adicto de los servidores del conde de Carrion....

—Hélo sido, señor Vengador ó como os llameis, contestó Guillen; pero de hoy mas, serviré á D. Rodrigo Diaz ó el Cid, como han dado en llamarle..... Digo mal, serviré á Cristo y á mi patria, cuyos enemigos voy á combatir en Portugal.

—Y lo hareis bien, por quien soy, segun el aliento que acabais de mostrar, dijo el Vengador. No sé cómo habeis servido tanto tiempo al de Carrion, que segun lo malvado que él es, habreis sufrido las penas del infierno á su servicio.

—Antes bien me ha tratado á cuerpo de rey. Veis mis armas y mi cabalgadura? Pues regalo suyo son. Ciertó que D. Suero ha sido mucho tiempo un D. Judas; mas no sabeis cuán otro es de poco acá.

—Maravíllame tal conversion.

—Y para maravillar es.

—Mas yo no fiára mucho de ella.

—Yo si fio. ¿Pensais que en el mundo no hay arrepentidos?

—Haylos, no lo dudo, mas....

—Vosotros que hoy sois bandidos, podeis ser mañana honrados soldados...

—Ciertó, soldados y bandidos todos somos gente de armas, todos tenemos por oficio matar y saquear...

Guillen, que ya se consideraba soldado, no llevó muy á bien aquel paralelo.

—Pero un modo de saquear y matar es el de unos y otro el de otros.

—Mas lo cierto es que todos matamos y saqueamos, y todos lo hacemos afilando las armas y las uñas....

—Sandio de mí que me meto á deslindar con bandidos el oficio honrado del que no lo es!

—Pues bien, si este pleito no os place, departamos de otra cosa. ¿Qué es de vuestra señora, aquella delicada doncella de quien tanto curábais en nuestro campo?

Guillen, que por un instante habia olvidado á Teresa, se inmutó á su recuerdo y creyó que los bandidos iban á manchar el nombre de la infanta mezclándole con alguno de sus dichos obscenos.

—No la menteis, dijo, que solo los que sean tan buenos como ella deben tomarla en boca.

—Pensais que nosotros no respetamos á los buenos? Sabemos que la infanta lo es, y lejos de calumniarla, cortáramos la lengua al que osára decir mal de ella. Y si no, ¿no recordais lo que hicimos con aquel hermano que queria reemplazarte cerca de ella en la tienda?

Guillen recordó el hecho á que el Vengador se referia; recordó que el gefe de la banda se habia portado con Teresa mas que como bandido, como cumplido caballero, y hasta sintió en su corazon un movimiento de simpatía hácia el Vengador.

—Si, si, no le he olvidado y si me pidiérais la vida, os la diera por lo bien que tratásteis á mi señora.

—Ola, cuánto os interesa el bien de la infanta! Jurára que no es para vos saco de paja...

Guillen se puso colorado: el Vengador lo notó y añadió:—Asi Dios me salve, fuera bueno que allá en Portugal descabezando moros os hiciérais digno de la caballeria y fuérais subiendo como la espuma, y al fin la infanta os diera su mano para borrar con su suave roce esa cicatriz que dejó en la vuestra el puñal de aquel perillan de quien enantes hablábamos....

Una alegria singular brilló en el semblante del ex-paje, como si estas palabras que tan en armonía estaban con sus esperanzas fuesen la profecía de un santo ó la de un hechicero. El Vengador tenia un nuevo título á la simpatía de Guillen, porque con quien mas simpatiza el hombre es con aquel que mas halaga sus inclinaciones; pero el mancebo creyó no debia dejar traslucir aquel amor purísimo que ocultaba en su corazon al alejarse de Castilla.

—Tan desatinada idea, dijo, jamás ha pasado por mi cabeza. Amo sí á la infanta, mas es como todos la aman, porque es buena,

porque es compasiva, porque es la bondad misma, porque es la mas santa de las mugeres; la amo... como los hermanos aman á las hermanas, que no encuentro otro modo de deciros de qué manera amo á la infanta Doña Teresa.

Entre un mancebo y una doncella no unidos por los vínculos de la sangre, existe la amistad tierna y pura, pero existe cortos momentos porque se convierte en amor muy pronto, ó mas bien la amistad con relacion al amor es lo mismo que el boton con relacion á la rosa. El Vengador lo sabia por propia esperiencia; conocia y el lector conoce, sino es escaso de memoria ó de entendimiento, que suelen ser sinónimos, una doncella á quien primero amó como se ama á una hermana, y luego la amó como se ama á una doncella; así fue que las últimas palabras de Guillen le convencieron mas y mas de que el ex-paje estaba enamorado de la infanta, aun cuando no se atreviese á dar el nombre de amor á lo que respecto á ella sentia.

Y era el caso que como Martin y Guillen amaban ambos, tenían deseos de hablar de su amor, de depositar aquel sentimiento en el seno de alguien que le comprendiese. Martin habia confiado á Rui-Venablos su amor á Beatriz, á quien hacia mucho no habia visto; pero ¿qué entendia de amor Rui-Venablos, el rudo soldado que habia pasado la vida en los campos de batalla, sin amar mas que á su caballo y su lanza, y sin regalar su oido con mas acento amoroso que el del clarín que le incitaba á cerrar con los escuadrones moros y á cercenar cabezas con que engalanar el asta de las lanzas castellanas?

—Pero ¿no tuvéráis á dicha casar con Doña Teresa? repuso el Vengador.

—Tuviéralo en mas que ser rey de Castilla y Leon, contestó el ex-paje sin saber lo que se decia.

A Martín no quedó ya duda de que Guillen estaba enamorado de la infanta.

Los bandidos que acompañaban al Vengador, que como este habian descabalgado, departian á corta distancia de nuestros interlocutores en tanto que sus caballos pacían en un ribazo cubierto de fresca y abundante yerba.

—Id á la cañada, les dijo el gefe, y despachad la vianda que dejamos empezada por acudir á este mancebo, que si os he menester, los vijias os avisaran.

Los bandidos tomaron de las bridas sus cabalgaduras y obedecieron á su gefe. Por consiguiente, este y el ex-paje quedaron solos pues los vijilantes colocados en la copa de dos árboles no los podian oir.

—Pues sabed, amigo, dijo Martin, que os tengo aficion desde que os ví en el castillo de vuestro amo aquella malaventurada noche que le asaltamos, y vuestra adhesion á la infanta, vuestro desnudo, y aun el veros ir á la guerra por lidiar contra los infieles en la hueste del de Vivar, me han aficionado mas y mas. Quizá algun dia sabreis que si de oficio soy bandido, no lo soy de corazon. Vos amais á la infanta, helo conocido y es vano que me lo negueis. Sabed que yo tambien amo á una doncella que si no tiene sangre noble, tiene tan noble el alma como Doña Teresa que es cuanto puedo comparar. Me muero por departir de este mi amor con quien puede comprenderle; mas ese no le he encontrado aun desde que estoy en la banda. Ciertó que uno de mis compañeros, por nombre Bellido, ama á una muger á quien ahora está á ver; mas he conocido que no tiene corazon como el que late aqui, en mi pecho...

—Decís que Bellido ama á una muger? preguntó Guillen á Martin acordándose de que habia visto al traidor entrar en el castillo.

—Sí; camino de Búrgos vive la muger á quien ama.

—Pues yo creyera que vive en el castillo de Carrion, porque allá llegó cuando yo salia...

—Ira de Dios que le confunda! exclamó Martin irritado. Bellido Dolfos en Carrion!..... Ese traidor está en tratos con el conde para vender la banda!..... Bien me anunciaba el corazon que Bellido era un Judas.... ¿Pero estais seguro de que era él?

—Como de que vos sois el Vengador, contestó Guillen viniendo en conocimiento de que las sospechas del gefe de la banda eran fundadas, pues recordó haber oido á sus compañeros los criados

del conde que sospechaban hubiese entre este y Bellido alguna connivencia.

—Necio de mí! dijo Martin dándose con la palma de la mano en la cabeza; necio de mí que no acabo de creer en la falsedad de los hombres!... Necio de mí que siempre he tenido por visionario á ese buen Rui-Venablos al verle dudar todos los dias de la lealtad de Bellido!...

—Mas necio sois aun en no abandonar el ruin oficio de bandido que teneis, dijo Guillen lastimado de que un mancebo como el Vengador no tuviese profesion mas noble. ¿Es posible, añadió, que en unos tiempos como estos, en que los infieles combaten sin cesar la ley de Cristo y ejercen el robo y el homicidio en nuestra patria, acaudille una banda de salteadores un mancebo valiente, generoso y enamorado? Y digo enamorado, porque no comprendo que estándolo se pueda menos de tener pensamientos tan altos como los que bullen en mi cabeza desde que amo.

—Bien decia yo que amábais á la infanta, dijo Martin sonriéndose, á pesar del enojo y la inquietud que le causaban sus sospechas de traicion por parte de Bellido.

—Pues sí, la amo, contestó Guillen dejándose arrastrar de la inefable confianza que le inspiraba el Vengador. La amo, y sé que morirá con vos este secreto que os fio; la amo, y he de hacerme digno de ella, ó he de morir en la demanda. ¿Qué era yo antes de sentir este amor que remonta mi pensamiento mas alto que su vuelo esas águilas que cruzan sobre nosotros rozando con sus alas el azul del cielo? Oid, señor Vengador, lo que yo era entonces : era un hombre que solo miraba el cielo para adivinar el buen tiempo ó el malo, que solo curaba del sol cuando quemaba demasiado ó era grato su calor; que solo envidiaba á los caballeros porque vestian y cabalgaban mejor que yo; que deseaba ser rico, porque los ricos se alimentan con sabrosa vianda y moran en cómodos aposentos; que veia la felicidad suprema allí donde uno tiene un jarro de vino, una blanca hogaza, y una buena presa de carne; que en la guerra no veia mas placer que el de la venganza personal, ni mas gloria que la del botin; que en las mugeres, no veia mas que mugeres, que confundia el amor de la ra-

mera con el de la muger enamorada; que al ver a-rojar coronas de laurel y flores al caudillo que tornaba vencedor de la guerra decia : «¿Porqué se estremece de placer ese caballero al sentir sobre su frente esas coronas de laurel y flores, cuando tan fácil es tejerlas en los campos de Castilla?» Que preguntaba con frecuencia : «¿Por qué curan los hombres del bien ó del mal que pueda decirse de ellos despues de su muerte? ¿Qué les importa este mundo á los muertos? ¿No muere todo lo mundano con el hombre?» Asi era yo entonces, tenia el alma tan vulgar como el mas vulgar de los villanos; pero desde que tomé aficion á la infanta Doña Teresa, desde que esa noble doncella vive en mi pensamiento á todas horas, de dia y de noche, cuando velo y cuando duermo, no soy el mismo, señor Vengador: me place contemplar el cielo á todas horas, porque me parece que allí, entre aquellos albos vellones que vagan en su azulada y trasparente superficie, está el mundo que la infanta y yo soñamos todas las noches; me place el sol de marzo como el de julio, porque el sol siempre es hermoso y adoro la hermosura donde quiera que esté desde que adoro á la infanta; quisiera ser noble y rico, para que mis ocupaciones fueran nobles, para no manchar á la infanta con el lodo que recoge el que se arrastra por el suelo; la venganza y el botin me parecen mezquino placer en la guerra; la gloria de servir á Dios y á la patria, es la que envidio al soldado, es la que voy á buscar á los campos de Portugal; veo en las mugeres algo mas que mugeres, veo... no sé esplicároslo, señor Vengador, pero veo séres que se parecen á los ángeles, séres que se parecen á Teresa; me bastía el amor que no mora en el alma, mi corazon es todo amor, todo ternura; estrechára contra mi seno á todo el género humano con la santa ternura del hermano que estrecha á su hermano, de la madre que estrecha á su hijo; me parece que una de esas coronas con que he visto adornar la frente de los guerreros me enloqueceria de placer, auyentaria mi razon al tocar mi frente, y dierra por ella cien vidas que tuviera; envidio la dicha de los que al morir dejan un noble recuerdo que no ha de morir jamás...

—Mancebo! exclamó Martin que habia escuchado con entusiasmo y emocion á Guillen, dadme esa mano, aunque la de un

hombre tan honrado como vos sois, no debe estrechar la de un bandido...

—Los brazos, que no la mano, os daré, dijo Guillen echando su brazo al hombro del Vengador. No juzgo yo á los hombres por lo que parecen, mas sí por lo que son. Ignoro porqué habeis abrazado el ruin oficio de bandido, mas sé que late en vuestro pecho corazon de caballero... No, no podeis ser bandido por matar y robar para enriqueceros : algun deseo de venganza os ha conducido á esta ruin vida que traeis...

—Sí, sí, una venganza, contestó Martín con emocion, una venganza noble, sagrada... una venganza que juré sobre el cadáver de mi padre y aun no he podido cumplir, fué la que armó mi diestra con el puñal del bandido, fué la que al honrado Martín, al bueno, al tranquilo, al inofensivo mancebo de Carrion hizo el terrible Vengador.

Y Martín contó á Guillen su historia, le mostró su corazon tal cual era, con la confianza con que el hermano cuenta al hermano, al tornarse á ver despues de una larga ausencia, cuanto ha sentido, cuanto ha padecido, cuanto ha gozado, cuanto siente, y concluyó diciendo:

—Os parece que debo abandonar la venganza que tanto anhele y por la que tanto he trabajado?

—Si la abandonárais, lejos de desmerecer, fuérais mas digno de estima á mis ojos; porque, segun mi modo de ver las cosas, la venganza es siempre ruin, es siempre criminal; pero ya que la costumbre la ha santificado hasta cierto punto, perseverad en hora buena en ella; mas para llevarla á cabo, haceos fuerte por medios mas nobles que el robo y el homicidio. Si cuando llegásteis á capitanear trescientos hombres no conseguisteis vengaros de vuestro enemigo, ¿cómo lo conseguireis hoy que teneis cuarenta? ¿Qué esperanzas debeis tener de aumentar vuestra banda, cuando tan poco ha aumentado y tantos reveses ha sufrido despues del que sufrió en el castillo de Carrion? Ciertamente, teneis razon, Martín, el temor de perecer en la banda del Vengador, retrae de alistarse en ella á los que por sus inclinaciones ó por su miseria lo hubieran hecho en otro tiempo. Ya sabeis, ademas, que Bellido

trama vuestra ruina, porque indudablemente ese y no otro fin le lleva á Carrion...

—Y qué he de hacer, Guillen, qué he de hacer en situacion tan critica? Ira del diablo! yo tan animoso, tan audaz, tan obstinado antes, tan irresoluto, tan abatido, tan cobarde ahora!.. Qué he de hacer, Guillen, qué he de hacer?

—Qué habeis de hacer? No os aconseja algo ese corazon tan generoso, tan noble, tan enamorado?

—Desde que os he oido, me dice este corazon que desea algo mas que venganza. El bandido no puede levantar la frente orgullosa sin temor de que le escupan á la cara, y hace algunos instantes que diera mi vida por poder alzarla como el mas honrado de Castilla.

—Pues bien, Martin, venid conmigo, vamos á los campos lusitanos donde lidieis por Dios y por la patria; allí lavareis con sangre infiel la mancha que el mundo ve en la frente del bandido, allí adquirireis poder para castigar al asesino de vuestro padre, de allí tornareis cien veces mas digno de uniros para siempre con esa honrada doncella por cuya posesion suspirais...

—Sí, Guillen, sí, vamos á Lusitania, que ya mi corazon late con violencia, creyendo llegado el momento de mostrar su valor en lides mas honrosas que estas!...

—Bien, Martin, bien!... Ese entusiasmo me dice que sereis un buen caballero, exclamó Guillen abrazando al capitan de bandidos.

—Venid conmigo, dijo este, que voy á participar mi resolucion á la banda, que me seguirá á Portugal, porque se compone de hombres que no tienen mas voluntad que la mia, que solo por librarse de la tirania y de la miseria ahogan en su corazon la voz de la honradez y arrostran la infamia que lleva consigo la vida del bandolero... Aquí en esta cañada está la mitad de la banda, y la otra mitad está con Rui-Venablos á la vuelta de aquel cerro que veis allá en frente.

—Y creéis que tambien Rui-Venablos os seguirá?

—Ah! no sabeis quien él es! Rui-Venablos es mas honrado que yo, Rui-Venablos vino á la banda movido de un sentimiento desin-

teresado y noble; ha sido soldado casi toda su vida, y para él la dicha está en los campos de batalla.

Algunas horas despues estaban reunidos en el encinar los cuarenta bandidos de que se componia la banda del Vengador, todos alegres, todos contentos, todos satisfechos de la determinacion de su gefe. En rigor, aquellos hombres no merecian el nombre de bandidos: mas bien que bandidos, eran una partida de hombres que se habian rebelado contra la tirania de algunos nobles, y que mas bien se rejian por las leyes de la guerra que por las del bandalismo. Aun así, en nuestros tiempos no hubieran sido admitidos como soldados por ningun caudillo honrado y leal, pero entonces lo que se necesitaba eran soldados decididos á combatir al enemigo comun, y nadie curaba de su procedencia.

Poco despues, Martin y Guillen tomaron solos el camino de Búrgos, pues el primero quiso ir á Vivar á despedirse de Beatriz porque hacia mucho tiempo que no la habia visto, y Rui-Venablos tomó el camino de Portugal seguido de los bandidos despues de convenir en el punto donde se habian de reunir aquellos y estos antes de llegar á la frontera.





CAPITULO XXXII.

Donde se justifica el refran de «hágase el milagro y hágale el diablo.»



ARDIA el Cid en impaciencia por alcanzar á los moros, que desolaban á Estremadura; consideraba que estos cometerian entonces mas estragos que nunca, porque nunca habian invadido los Estados de D. Fernando con tanta saña y desesperacion como entonces. Rodrigo veia con los ojos del alma todos aquellos estragos; veia las mieses taladas é incendiadas, robados los ganados, entregados al saqueo los templos y las casas, y los moradores de los lugares invadidos unos inhumanamente degollados, y otro, mas desgraciados a un, cautivos y maltratados sin compasion; veia á los que aun conservaban libres sus manos, alzarlas al cielo pidiendo á Dios misericordia, demandándole un guerrero que castigase á los bárbaros

invasores, un ángel que con su espada de fuego estermínase á los crueles é impíos para quienes nada sagrado habia. Y el animoso y noble corazon del caudillo castellano participa del dolor de aquellos desventurados.

El Cid atravesó la frontera de Estremadura al frente de su animosa hueste lleno de gozo, como si pusiese el pie en la tierra de Promision. Por todas partes veian sus ojos el rastro de fuego y sangre que los infieles iban dejando en su desoladora correría; pero por mas que la hueste castellana precipitase su marchar, no descubria á los infieles, y Rodrigo y los suyos rugian de furor al ver que su diligencia era vana.

Los infieles habian sabido que el invencible caudillo cristiano se encaminaba á ellos; tornar á Portugal, era lo mismo que salirle al encuentro, y dirigirse al reino de Toledo era esponerse á ser rechazados de la frontera, porque sabian que Almenon no querria perder la amistad de D. Fernando admitiéndolos en sus dominios. El único recurso que les quedaba era seguir adelante, atravesar el corazon de Castilla y pasar el Moncayo, con objeto de ponerse á salvo en alguno de los muchos y reducidos Estados moros en que Aragon estaba dividido; asi pues adoptaron este último partido, y continuaron hácia el interior de Castilla, acrecentando á su paso la rica presa que habian hecho en Estremadura; mas como llevasen una jornada de ventaja al Cid, no fue posible á este darles alcance tan pronto como deseaba. Empero unos y otros se hallaban ya en el interior de Castilla y Rodrigo Diaz, temeroso de que los moros consiguiesen su intento de pasar á Aragon sin haber sido alcanzados, determinó hacer el último esfuerzo, un esfuerzo casi sobrehumano, para caer sobre ellos y arrebatárles los numerosos cautivos que llevaban, y castigar su audacia y sus crueldades. Al fin logró alcanzarlos entre Atienza y San Esteban de Gormaz, y se travó la pelea con espantoso furor.

La hueste del Cid, si aventajaba en valor á la mahometana, era menos numerosa que esta; pero la circunstancia de hallarse en su pais, y hasta el corage de que se hallaba poseida viendo que habian sido vanos sus esfuerzos durante su larga marcha para alcanzar á los invasores, eran elementos que peleaban en su favor.

Los moros trataban de defender á toda costa su presa, que era demasiado rica para dejarla arrebatarse fácilmente. Varias veces se arrojaron los escuadrones castellanos contra los infieles, pero todas fueron rechazados con espantosa mortandad de ambas partes. El Cid era siempre el primero que aguijaba su cabalgadura para cerrar con los infieles, y á su lado se veía á Fernan, aunque para seguir á Babieca, que volaba apenas sentía la espuela, tenía que desollar los hijares á Overo.

—Sus, sus! Santiago de Compostela! gritó el Cid ardiendo en ira al ver la impotencia de sus esfuerzos, y preparándose á acometer nuevamente. Muramos todos en estos campos de la patria antes que perder el nombre de invencibles que Castilla nos dá, que mas vale morir lidiando que vivir huyendo. ¿No ois, mis caballeros, esos lamentos que salen del campo enemigo? Son de los tristes cristianos á quienes estos bárbaros infieles arrastran consigo cargados de cadenas y hollados por sus corceles. Nosotros somos su única esperanza, en nosotros fían, sobre nosotros llaman la bendición de Dios en tanto que nos ven lidiar con ánimo esforzado para quebrantar su cautiverio, y nos maldecirán si nos ven desmayar como hombres sin corazón. Los que vencieron en Portugal, ¿serán vencidos en Castilla, en Castilla donde reposan las cenizas de sus esforzados ascendientes, donde contemplan sus hechos los ojos de una madre, los de una esposa ó los de una doncella amada? Sus, caballeros! seguidme, venced ó morid conmigo, que yo quiero vencer ó morir como bueno!.

Y al pronunciar estas últimas palabras, el Cid se lanzó á los enemigos, y con él todos sus caballeros, dando gritos de entusiasmo que demostraban el poder que la palabra y el ejemplo del valeroso capitán ejercían sobre aquellos bravos soldados.

La hueste enemiga estaba dividida en dos cuerpos colocados uno á diez tiros de ballesta del otro. A un mismo tiempo fueron ambos acometidos por los cristianos, cuyos escuadrones se dividieron también al arrancar, cerrando el Cid con los moros de la derecha, al paso que Martín Antolínez, á quien fió aquel su enseña, cerraba con los de la izquierda. Unos y otros recibieron con las puntas de sus lanzas, y el filo de sus cimitarras á los cristianos;

pero el cuerpo acometido por el Cid no pudo resistir la acometida, y emprendió la fuga en el mas espantoso desórden, seguido y acuchillado furiosamente por los castellanos.

El Cid y los suyos habian desaparecido ya en el lejano horizonte siguiendo al enemigo ciegos de furor y ansiosos de esterminarle completamente, y aun no habia conseguido Martin Antolinez romper los escuadrones moros, colocados á la izquierda. La lucha era allí cada vez mas obstinada y sangrienta, y cada vez era su éxito mas dudoso. Lejos de ganar terreno los de Antolinez, comenzaban á perderle, pues los moros, viéndose privados de toda ayuda, lidiaban ya con la desesperacion del que perdida la esperanza de salvarse, quiere saborear al morir el placer de la venganza. Ciegos de corage los cristianos por aquella tenaz resistencia, rompieron al fin por medio de los enemigos sin reparar en lo arriesgado de esta empresa, y entonces los moros, valiéndose de una rápida y hábil estrategia, los cercaron por todas partes, y la lucha se hizo mas encarnizada aun. Los cristianos eran acuchillados horriblemente, todos sus esfuerzos se estrellaban en aquel círculo de lanzas enemigas que los rodeaba, estrechándose cada vez mas; apenas les quedaba esperanza de salvacion, y la enseña verde del Cid iba á quedar en manos de los infieles, aunque Martin Antolinez que la alzaba en una mano al mismo tiempo que blandia con la otra su espada, derribando un enemigo de cada golpe, estaba resuelto á salvarla ó morir á su sombra. El desaliento comenzaba á apoderarse de los caballeros cristianos, heridos muchos de ellos, y medio muertos de fatiga todos. Antolinez echaba de cuando en cuando una rápida ojeada á la llanura por ver si acudia alguien á su socorro; pero la llanura estaba desierta, solo veia en ella el rastro de cadáveres que habia ido dejando la haz perseguida por el Cid, y muchos cautivos que habiendo podido escapar de entre los moros durante la pelea, vagaban por aquellos campos, maniatados aun é inciertos de la suerte que les iba á caber. Multitud de enemigos formaban un segundo círculo en torno de Antolinez, atacando á este con furor, deseosos de tomarle la enseña; el animoso burgalés se defendia con heróico esfuerzo, pero la sangre teñia el paramento de su caballo, y en

vano pugnaban Alvar-Fañez, Minaya y otros caballeros por des-
embarazarle de sus enemigos.

—Cobardes! gritaba á los moros Antolinez. Noble hazaña la vuestra, atacar veinte á un caballero solo!... Lidiad conmigo, no unoá uno, sino cuatro á cuatro, y vereis si mi acero os traspasa el corazon, antes que vuestras manos toquen la enseña de Mio Cid.

Y así diciendo, descargaba furiosos golpes sobre los enemigos, cuyo número aumentaba por instantes. Al fin, una cimitarra le alcanzó en el brazo con que sostenia la enseña, y esta se escapó de su mano por mas esfuerzos que hizo por sugetarla, porque aquel golpe habia sido terrible. La desesperacion de Antolinez llegó entonces á su colmo: el buen caballero, imposibilitado y todo de rejir su cabalgadura, aguijó á esta con furia, y se lanzó al azar por medio de los enemigos, haciéndole en ellos sangriento estrago.

Mas hé aquí que cuando los castellanos estaban vencidos casi completamente, se oye una gran voceria allá á lo lejos, y se descubre como medio centenar de caballeros que se encaminan al sitio de la pelea con la rapidez del viento.

—Santiago! Santiago! gritan, y este grito llena de pavor á los moros, y de esperanza y aliento á Martin Antolinez y los suyos.

¿Quiénes son los que acuden en auxilio de los cristianos? No pueden ser de la haz del Campeador, porque esta siguió el alcance de los moros por la parte opuesta á donde aquellos caballeros aparecen. Hélos, hélos ya en la palestra: dos hermosos mancebos y un hombre de colosal estatura y de fuerzas hereúlicas los acaudillan.

¡Justicia de Dios conqué furia rompen por medio de la morisma y la desordenan, y la arrollan por todas partes! Qué botes y qué tajos tan descomunales dan! cómo ruedan cabezas musulmanas por el suelo!

—Caballeros, quien quiera que seais, á mí, á mí! Salvemos la enseña del Campeador que estos cobardes me han arrebatado! grita Martin Antolinez dirigiéndose á los que capitanean á los reciénvenidos.

—Muramos todos ó salvémosla! dice Guillen, pues él, y Martin y Rui-Venablos con todos los que componian la banda del Vengador, son los que en tan buen hora han llegado en auxilio de Martin Antolinez y los suyos.

Y en tanto que Martin y Rui-Venablos siguen peleando como leones con el grueso de la hueste enemiga, Guillen se lanza como el rayo contra el grupo de ginetes moros que lograron tomar y tienen y defienden con teson la enseña verde del Cid. Su lanza hace terrible estrago en los enemigos que empiezan á esquivar sus botes y á desordenarse: pero el que hirió y arrebató á Antolinez la enseña, no quiere ceder aquella prenda inestimable, cuya adquisicion le costó tantos esfuerzos: lidia frente á frente con Guillen, y segun la furia con que ambos se acometen, uno de los dos debe dejar de existir muy pronto. Las embestidas se suceden con espantosa rapidez, y ambos combatientes están heridos de mas ó menos gravedad.

—Santiago! Santiago, valme! esclama Guillen empuñando su lanza con desesperado esfuerzo, y tira tan furioso bote á su enemigo, que este cae del caballo traspasado de parte á parte su pecho. El mancebo le arranca la enseña que aun sugetaba convulsivamente al caer espirante, y alzándola en alto, y haciéndola ondear gallardamente sobre su cabeza, grita:

—Victor! victor! Santiago!...

Y al ver salva la enseña, los soldados castellanos sienten redoblarse sus fuerzas y en pocos instantes acaban de deshacer la hueste musulmana.

Empero como esta era numerosa, algunos centenares de ginetes lograron huir del campo de batalla abandonando lo poco que hasta entonces habian podido reservar de la rica presa que en su larga correria habian hecho.

Los cristianos siguieron á su alcance guiados por la enseña del Cid que Guillen hacia ondear en la vanguardia, y conforme huian los moros, iban dejando multitud de cadáveres, pues los castellanos los alcanzaban con frecuencia y los acuchillaban terriblemente.

Habria seguido á los moros la haz de Martin Antolinez por

espacio de media hora, cuando se descubrió á lo lejos al Cid que volvía en su ayuda con los suyos despues de haber acabado con la haz enemiga en cuyo seguimiento habia ido. Pronto estuvieron reunidas todas las fuerzas castellanas, y la hueste completa continuó el alcance mas de siete leguas hasta que concluyó con la morisma.

Ni un moro se salvó del acero castellano: aquella formidable hueste agarena que habia penetrado soberbia y desoladora en Estremadura y recorrido toda Castilla, dejó de existir antes de llegar al reino de Aragon; y el Cid y sus caballeros se hicieron dueños del riquísimo botin que llevaba.

Apenas se reunió Rodrigo á la haz capitaneado por Martin Antolinez, llamaron su atencion los de la banda del Vengador, y sobre todo el mancebo que conducia su enseña; mas como era ocasion de continuar acuchillando á los moros, reservó para cuando hubiese terminado el alcance la averiguacion de lo que habia sucedido y de quiénes fueran aquellos soldados para él desconocidos, mas que tan buena maña se daban á lidiar,

En efecto, asi que la hueste castellana hubo acabado con los moros y recojido el botin, se entregó al descanso de que tanta necesidad tenia, y Martin Antolinez y otros caballeros que acompañaban á este al comenzar la pelea, refirieron al Cid cuanto habia pasado. Martin Antolinez, que solo curaba de su herida porque le impedia manejar el acero, contó á Rodrigo Diaz como su mesnada estaba á punto de ceder el campo y presa la enseña cuando llegó en su auxilio la mesnada desconocida; contóle el valor y la destreza con que todos aquellos caballeros habian lidiado y particularmente sus capitanes, y le contó por fin los heróicos esfuerzos con que aquel mancebo, cuyo nombre ignoraba, habia rescatado la enseña.

Rodrigo Diaz se dirigió á Guillen, al Vengador y á Rui-Vecablos, y les abrió sus brazos lleno de entusiasmo y de gratitud.

—Habeis salvado mi enseña, dijo al primero, y todos los tesoros del mundo me parecieran escasa recompensa á tamaño servicio.

—Señor! respondió Guillen conmovido y sintiendo latir de alegría su corazón, porque empezaban á realizarse las esperanzas de gloria con que soñaba hacia tiempo; el servicio que decis no merece recompensa, porque todo soldado ha menester cumplir su deber, y yo no he hecho mas que cumplir el mio. Bastante recompensa es para los buenos el saber que sirven á su Dios y á su patria; mas si el haber rescatado de los infieles vuestra gloriosa enseña mereciese mas recompensa que la que digo, solo os pido la honra de ser vuestro soldado, de lidiar en vuestra hueste y á vuestro lado contra la morisma.

—Tendrême por muy honrado con que vos, y vuestros compañeros me ayudeis en la guerra. Mis amigos sereis, sereis mis hermanos de armas. En este corazón, que no conmueve el sangriento estrago de las batallas, hay un lugar no pequeño destinado á la gratitud y á la dulce amistad; en ese lugar ocupareis siempre uno de los primeros puestos.

Guillen y Martín y Rui-Venablos escuchaban con los ojos arrasados de lágrimas á aquel noble caballero, á aquel valeroso caudillo, que ganaba los corazones con una sola palabra, porque en aquella palabra se reflejaba el alma mas generosa y mas noble que á varon puede animar,

Guillen y Martín y Rui-Venablos creyeron que no debían ocultar á Rodrigo sus antecedentes, porque Rodrigo Díaz era bastante justo para hacer justicia á quien la tenía, bastante racional para no dejarse arrastar de las preocupaciones vulgares, y bastante sensible para comprender los sentimientos de que se veían animados; y porque no presentarse tales cuales eran á los ojos de aquel caballero tan leal, tan bondadoso y tan sincero, les parecia una traición, con la que su conciencia no podia transigir.

No faltó un curioso observador que tomó acta de una animada plática que al dia siguiente tuvo lugar entre Fernán Cardena, Alvar, Lope y otros pajes y escuderos conforme caminaba la hueste del Cid hácia Búrgos en medio de las ovaciones del pueblo castellado, ovaciones mas ruidosas, mas entusiastas, mas ardientes aun que las de que fue objeto al tornar de la batalla de montes de Oca. Aquella plática es demasiado curiosa y conducente

á nuestro objeto para que dejemos de trasladarla á las páginas de este libro.

—Asegúrote, Fernan, decia Alvar, que si yo tuviera tus años, los haberes que en esta campaña has ganado y una moza con quien casar de tan buen talante y tan enamorada como Mayorica, así Dios me salve me casaba en cuanto lleguemos á Búrgos y echaba noramala el oficio de las armas.

—Por el alma de Belcebú que merecieras una mordaza en esa tu boca para que tales desatinos no dijeras. Echar noramala el oficio de las armas? Tan poco honrado es por ventura?

—Honrado es, mas tambien ingrato y desabrido.

—Lo será para los que tienen esas mezquinas inclinaciones; mas no para los que tienen aficion á la gloria y al engrandecimiento.

—Y qué entiendes tú por gloria, Fernan?

—Voto á Judas Iscariote que me place la pregunta de este sandio! Qué entiendo por gloria? Entiendo el dormir en los campamentos, el despertar al son de los clarines y atambores que hacen la seña de alarma, el oir el relincho de los corceles que ansían lanzarse al enemigo, el dar botes y tajos á los moros, y el ver caer cabezas enemigas como cae de los árboles la fruta madura cuando sopla reciamente el viento. Esa, esa que no otra es la gloria, hermano, y no la trocára el hijo de mi madre por todas las otras glorias de este mundo, inclusa la de casar con mozas tan garridas y enamoradas como Mayorica.

—Pero, hermano, dijo Lope, el sesudo escudero que en otra ocasion dió dos saludables consejos á Fernan acerca del amor, bien puede uno ejercer el honrado oficio de las armas y tener muger é hijos; téngolos yo y no por eso abandono las armas, como veis. Razon tiene Alvar en cuanto á aconsejarte que cases con esa Mayor ya que tienes haberes para mantenerla.

—Cáseme ó no me case, mientras haya moros con quienes lidie mi señor D. Rodrigo, no he de soltar la lanza.....

—Pero no amas ya á Mayorica?

—Con alma y vida la amo y amaré! ¡Oh qué deseo tengo de llegar á Búrgos para verla tras ausencia tan larga!

—Mas veo, repuso Lope, que esquivas el decirnos si piensas casar con ella.

—Casar pienso; mas es recia cosa esto de obligarse ante Dios á amar á una hembra sola, tocando á cada varon dos ó mas....

—Deja hermano esas simplicidades, que dicen mal en hombres maduros como tú eres. Pensar como tú piensas, quédese para mancebos imberbes como el que rescató ayer la enseña de D. Rodrigo, y aun tengo para mí que ese no trata de amores con tan poco seso como tú.

—Sabeis, dijo Alvar, que tengo por gran desatino la amistad y la honra de que D. Rodrigo hace merced á ese mancebo?

—El desatino, replicó Fernan montando en cólera al ver que el paje murmuraba de su señor, el desatino que merece mas lapos que cabellos tienes, es el tuyo, sandio y bachiller que Dios confunda. Todo lo que hace D. Rodrigo esta bien hecho.

—Quise decir que al fin nadie sabe quien sea ese mancebo, y en cuanto á sus compañeros, no ignora ya nadie, porque ellos lo dicen, que son de la banda del Vengador.

—Hágase el milagro y hágale el diablo. Lo cierto es que sino por ese mancebo y los que con él acudieron á nuestro socorro, la haz de Martin Antolinez hubiera sido completamente deshecha y en poder de infieles estaria la enseña de D. Rodrigo. Voto á Judas Iscariote que si el Cid mi señor hubiera perdido su enseña, hubiera muerto de pesadumbre y desesperacion, ó hubiera seguido á los infieles hasta el fin del mundo para rescatarla.

—Por mucho que os hayan encarecido el valor de ese tal Guillen, de ese Martin, de ese gigante á quien nombran Rui-Venablos, y de todos los suyos, dijo Lope, aunes poco. Tocóme quedar en la haz de Martin Antolinez, y merced á eso, sé hasta qué punto merecen esos soldados las recompensas que les ha dado y prometido dar el Campeador.

—¿Y me direis qué recompensas son esas? preguntó Alvar.

—Hales dado, contestó Fernan, doble botin que á los demas de

la hueste, y á Guillen que es pechero como Martin y Rui, ha prometido armarle caballero en Búrgos. Y no hayais miedo que Don Rodrigo aparte de su lado á esos hombres de armas, pues los ha tomado ya á sueldo.

—Ira de Dios, exclamó Alvar, con qué buen pie entra ese Guillen en el oficio de las armas.

—Y á nuestro amo y señor, que nunca se equivoca, he oído que el tal Guillen ha de ser antes de poco uno de sus mejores capitanes.

—Será emperador, si nuestro amo se empeña en favorecerle, porque unos hombres nacen de pie y otros de cabeza, y ese debe ser de los primeros.

—Oh maldito charlatan y envidioso que tú eres! dijo Fernan. ¿Te pesa por ventura el bien ageno cuando tan merecido es? Sin duda querrias tú que te armasen caballero. Dígote, Alvar, que si para mal te oigo mentar á Guillen ó á alguno de los que con él se han unido á la hueste, he de molerte á palos esas tus costillas. Deber mio es sacar la cara por ese mancebo, porque sino por él, el hijo de mi madre fuera pasto de alimañas en el llano donde ayer acabamos con la morisma.

—Cuéntanos, Fernan, lo que te sucedió, dijo Alvar; porque yo me retrasé un poco como mi cabalgadura es tan pesada, y no vi como te las hubiste.

—No echés la culpa de tu retraso á tu cabalgadura, que tu menguado corazon la tiene, replicó el escudero de D. Rodrigo. No haya miedo que hieras mucho el hijar de tu caballo cuando se trata de arremeter al enemigo...

—Hermano, digo de mí lo que decias de Overo poco antes de salir de Búrgos para Compostela: cada uno es como Dios le hizo, y no es bien castigar faltas que sacó del vientre de su madre. Mas ¿acabarás de contarnos lo que ayer te sucedió?

—Eso haré incontinentemente. Lidiábamos D. Rodrigo, Guillen y yo con furia descomunal con cinco caballeros moros que formaban impenetrable muro delante de nosotros; al fin logramos romper por medio de ellos y desordenarlos; D. Rodrigo corrió al alcance de tres de ellos que huían, y parecían muy principales, y Guillen

y yo quedamos lidiando con los restantes, que á la cuenta eran mas valientes que sus compañeros, pues no trataban de buscar su salvacion en la fuga. El que lidiaba conmigo dió un bote de lanza tan fuerte, que hiriendo en el arzon de la silla, derribó con el empuje á Overo, y yo me ví en tierra sin poder defenderme; ya me apuntaba el moro su lanza para coserme contra el suelo, cuando Guillen que lo vió, acudió en mi defensa, derribó de una lanzada al moro mi enemigo, y acudiendo al que acababa de dejar, que apelaba á la fuga, le hirió en la espalda, sacándole el fierro de la lanza por el pecho. Ya veis que á no ser por ese esforzado mancebo, me hubiera costado la vida la flojedad de mi cabalgadura.

—Oh qué percances te suceden con ese gallardo Overo! dijo Alvar riéndose, de lo cuál se picó Fernan.

—Por el alma de Belcebú que si tornas á reir de mis malandanzas ni de las de nadie ha de costarte caro, Alvar. En cuanto á mi caballo, júroos que si otra me hace, allí donde cometa el delito le ha de purgar quedando para pasto de animales carnívoros.

—Eso dices siempre, replicó Alvar, siyo fuera tu cabalgadura, riyera de tus amenazas.

—Verás si rie la primera vez que torne á flaquear.

Al decir esto Fernan, salió un toro de una torada que pastaba en una dehesa inmediata al camino, y embistió á los pajes y escuderos con furia pocas veces vista. Todos procuraron huir atemorizados por tan inesperada embestida, menos Fernan que tiró de la rienda á Overo, y preparando su lanza exclamó:

—Cobardes! huis de esa miserable bestia? Vereis, voto á Judas Iscariote, si mi lanza doma bien pronto su fiereza.

Y así diciendo, guió su cabalgadura al encuentro del toro.

Este dió un furioso resoplido, y embistió al que así le desafiaba. La lanza de Fernan hirió una de las astas de la fiera, y resbaló: el toro dió un fuerte empuge á Overo, y este cayó con el ginete rodando por un derrumbadero tan alto, que todos creyeron muertos así á la cabalgadura como á Fernan.

El toro continuaba haciendo bastantes estragos entre la gente

escuderil sin que nadie pudiera contenerle, aunque algunos lo intentaban, repuestos de la confusion y la sorpresa que aquella inesperada embestida habia causado.

Rodrigo Diaz, como los caballeros que iban conversando con él, notó el tumulto que acababa de originarse, y como conociese la causa, embrazó la lanza, y volviendo atrás, guió á Babieca hácia el toro. Su primer triunfo parecia haber dado á este nueva fiereza. Embistió con ímpetu al caballero que salia á su encuentro, y la lanza del Cid se clavó en su testuz cuanto largo era el fierro.

El toro dió un terrible bramido, y cayó al suelo sin vida, en tanto que Fernan y su caballo eran alzados de la hondonada á donde habian caído, sin mas lesion uno y otro que algunas contusiones de poca importancia.

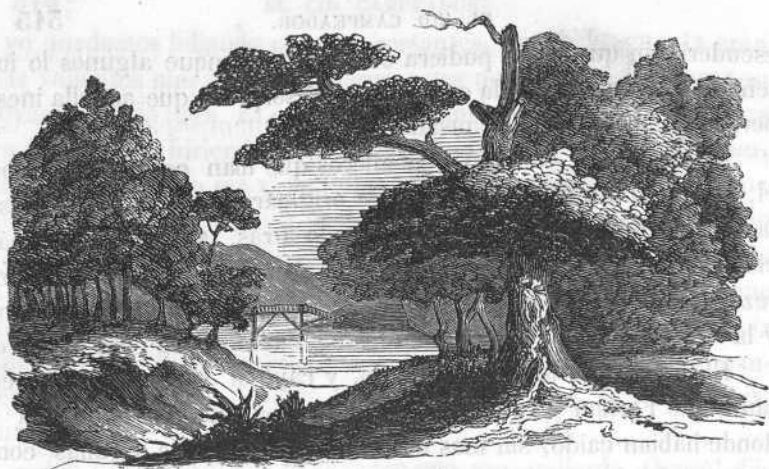
—Te has lastimado, Fernan? se apresuraron á preguntar todos al escudero.

—No, contestó Fernan; molido estoy, mas no descalabrado. Dejadme, por el alma de Belcebú, dejadme, y ved si el pobre Overo ha sufrido descalabradura.

Y como le dijeran que Overo no se habia lastimado, la alegría apareció en su rostro, y se apresuró á cabalgar de nuevo diciendo:

—Es ruin fortuna la que yo tengo con esta mi cabalgadura. Muchas son, mi Overo, muchas son ya las que me vas haciendo!.. Voto á Judas Iscariote, que si otra me haces, con la piel la has de pagar!





CAPITULO XXXIII.

Donde se prueba que quien siembra coje, y donde se ve que donde las dan las toman.



UANDO aun no habia asomado el sol por el oriente, Jimena lo estaba á una ventana desde la cual se descubria el camino que Rodrigo y sus caballeros tomaron al salir en romeria para Compostela. Una alegría inusitada animaba su rostro, y su vista no se apartaba de aquel camino por donde habia visto partir al noble y amado esposo y por donde esperaba verle tornar aquel mismo dia.

En efecto, aquel mismo dia era esperado el Cid en su solar de Búrgos, y Jimena, que con tan venturosa nueva no habia podido conciliar un instante el sueño durante la noche que acababa de

trascurrir, se habia levantado al alba y asomándose á la ventana de su aposento deseosa de que sus ojos fuesen los primeros que viesesen entrar en Búrgos á Rodrigo. Es comun opinion que la doncella no vé al esposo con los mis ojos que miraba al amante, que para ella ha desaparecido aquella dorada nube que le circundaba, aquel misterio inesplicable que se le presentaba como un ser distinto de los demas seres; pero Jimena desmentia esa opinion, y la desmiente toda esposa que tiene una alma como la suya, que ha ido á los altares impulsada, no por un amor facticio, sino por ese amor que insensiblemente se ha ido identificando con el alma y formando parte de esta, ha adquirido su inmortalidad. Cuando el amor es esencialmente puro, acrisolado en las multiplicadas pruebas á que se habia sometido el de Jimena; cuando es el pensamiento de toda la vida; cuando en él se vé la única esperanza y la única felicidad de este mundo; cuando el objeto amado es tan digno de serlo como Rodrigo, entonces el amor no pierde jamás su encanto, su misterio, su poesia; antes bien se embellece con el trato y la posesion libre, completa, omnímoda. Sermonda, dicen las crónicas lemosinas, se asomó un dia á su ventana y vió á Raimundo de Castel cabalgando en un brioso corcel, armado de punta en blanco, llevando por mote estas palabras; «*Mi corazon esta libre y desea ser cautivo.*» Sermonda era una niña de corazon ardiente, de imaginacion fantástica, y apasionada á las amorosas ficciones de trovadores y juglares, particularmente á las de Guillermo de Cabestañ, el trovador mas dulce de la Provenza. Enamoróse de Raimundo de Castel, porque en él veia uno de aquellos gallardos y enamorados caballeros que el buen Guillermo pintaba en sus *lays* ó canciones amorosas, y se casó con él poco después. No pasó mucho tiempo sin que su amor se hubiese tornado indiferencia; no pasó mucho tiempo sin que Raimundo hubiese perdido á los ojos de Sermonda la aureola de amor y poesia que le rodeaba; no pasó mucho tiempo sin que Sermonda tuviera ocasion de tratar al gentil trovador Guillermo de Cabestañ y le amase con delirio. Súpolo Raimundo, mató al trovador, mandó freir su corazon y se le dió á comer á la esposa infiel. Y cuando supo esta que acababa de comer el corazon de su amante, dijo á su marido que

nunca habia gustado manjar mas sabroso, y se arrojó por una ventana del castillo. Hé aqui el amor que dejenera, el amor que se vulgariza con el trato íntimo y continuo, el amor que se adhiere al alma, porque el amor de Sermonda era el amor de la fantasía, no el amor del corazon. El amor de Jimena era ese amor que casi nace con nosotros, que con nosotros crece, que con nosotros vive; y hé aqui el amor que lejos de retroceder avanza, que conserva siempre su primitiva frescura, su misterio y su poesia, que es inmortal como el alma á que está adherido.

¿Quién será el que no haya pasado una noche sintiendo algo de lo que sintió Jimena durante la que precedió al dia de la vuelta de su esposo? ¿Quién no se ha entregado al descanso de la noche con la esperanza de ver á un ser amado al dia siguiente y no ha procurado en vano llamar sobre sus párpados el sueño, y no ha ido contando una por una las horas, y no ha creído repetidas veces que la luz de la luna que penetraba débilmente en su aposento era la luz del alba, y aquella noche no le ha parecido tres veces mas larga que otras á pesar de haberla pasado pensando en aquel á quien esperaba, viéndole con el pensamiento, calculando las primeras palabras que oirá de sus lábios, calculando el traje que vestirá, calculando el sitio donde se verán y hasta el efecto que en el rostro del recién llegado producía su presencia? Pues quien se halle en este caso, quien algo de esto haya experimentado, quien algo de esto haya sentido, ese comprenderá, cuán largase habia hecho á Jimena aquella noche, cuán dulcemente habia resonado en su oído aquella mañana el canto de los pajaritos albergados en los árboles de su jardin, con cuánto regocijo habia saludado al dia, cuán alborozado se hallaría su corazon, y con cuánta insistencia estaban fijos sus ojos en el camino donde debia aparecer Rodrigo.

No alborozaba á Jimena solamente la esperanza de tornar á ver al esposo ausente, al amante, al caballero, al héroe que volvía á su lado coronado de laureles.

Jimena tenia entonces una fausta nueva que comunicar á Rodrigo; este iba á encontrar en la dulce y enamorada esposa un nuevo título á su amor, una nueva prenda de cariño, porque el

seno de Jimena encerraba el primer fruto de aquel amor que habia ocupado casi toda la vida de ambos esposos; porque Jimena iba á ser madre! ¡Qué nuevos y dulcísimos encantos debe tener la esposa desde el instante en que el amor fecunda sus entrañas! Entonces la esposa es algo mas que una muger, tiene algo de divino, algo que la separa de la bajeza humana; entonces circunda su frente una santa aureola que los ojos no ven, y no obstante percibe el alma; entonces... entonces es preciso tener el alma de cieno y el corazon de roca para no respetarla y adorarla y bendecirla! Porque el amor ha completado entonces su obra, identificando la materia del mismo modo que habia identificado el espíritu; porque la esposa pudiera decir al esposo al sentir los dolores que acompañan á la maternidad: «mira, á tí debo estos dolores;» porque la esposa es entonces el ser mas dolorido y necesitado de amparo; porque entonces el esposo vé en aquella muger una madre, una madre como la que le llevó nueve meses en su seno, y le alimentó con su sangre, y le enseñó á balbucear las primeras palabras, y á dar los primeros pasos, y secó sus lágrimas con sus besos.

— «Esposo mio, un ser, pedazo desprendido del nuestro, se ajita en mi seno.»

¡Qué dulcemente deben sonar estas palabras en el oido del esposo que por primera vez va á recibir el nombre de padre! Qué dulces deben ser cuando salen del labio de una muger adorada, de una muger con cuyo amor cree uno liberalmente compensados todos los afanes, todas las decepciones, todas las miserias, todas las tristezas, todas las injusticias, todos los dolores físicos, todos los trabajos de esta vida! Qué risueñas, que consoladoras deben ser las esperanzas de la paternidad! Primero, hermosos niños de tez de azucena y rosa, de cabello dorado como el de los ángeles, que con la sonrisa en los labios echan sus delicados bracecitos al cuello de los que les dieron el ser, como si trataran de satisfacer la deuda de la existencia con sus besos y sus inocentes caricias; despues, gentiles mancebos en cuyo ardiente corazon se agitan los generosos instintos y las nobles aspiraciones de la adolescencia, y en los que se contemplan los padres ancianos con la misma

delicia que se contempla el sexajenario en el retrato que cuando jóven regaló á la doncella á quien amaba y esta le restituyó el día en que desde el templo fueron á vivir bajo un mismo techo. Tales son en compendio las esperanzas que deben despertar en el corazón del esposo las palabras de la esposa, cuando esta le anuncia que el amor ha fecundado sus entrañas.

Qué triste debe ser la vida de los esposos cuya cabeza blanquea, cuyos miembros se entorpecen, y á cuyo oído no resuena el nombre de padre! Compadeced á esos esposos valetudinarios que en torno de su hogar no ven nadie á quien puedan llamar hijo, porque los ancianos tienen tanta necesidad de hijos como los niños de padres; porque los ancianos que no tienen hijos, son tan infortunados como los niños huérfanos; porque el anciano necesita un báculo en que apoyarse; porque la muerte es doblemente dolorosa cuando todo va con nosotros al cementerio, cuando no quedan unos ojos que rieguen las flores de nuestra sepultura.

Así habia pensado Jimena durante aquella noche. Sabia que Rodrigo pensaba del mismo modo, sabia que á su enamorado esposo iba á dar la mas dulce de todas las nuevas; sabia que un lazo mas, un lazo tan estrecho, tan indisoluble, tan santo como el que ya los unia, los iba á unir desde entonces, y su corazón estallaba de gozo, y las lágrimas del regocijo afluián á sus ojos y bendecía á Dios que así multiplicaba su felicidad, cuando el ser que se agitaba en su seno, la recordaba que Rodrigo al estrecharla contra su pecho iba á estrechar á la vez dos seres amados.

Pero no era ella la única que tenia fijos sus ojos en aquel camino: tambien los de Teresa, los de Diego, los de Mayor y aun los de Lambra y los de Gil, buscaban á alguien hácia aquel mismo horizonte; tambien el pueblo burgales ansiaba la llegada del caudillo vencedor. Dichosos los ausentes que saben son esperados con tanto amor, con tanta impaciencia, con tanta ansiedad bajo el techo doméstico!

Al fin se descubrió una masa oscura y movable sobre el fondo blanco del camino que desaparecia allá en el lejano horizonte. Diferentes gritos de alegría resonaron casi á un mismo tiempo en las ventanas de la casa de los señores de Vivar, y poco despues

descabalgaban á la puerta de esta Rodrigo y su acompañamiento. Pintar la alegría, las caricias, las lágrimas, los abrazos con que al honrado caballero recibió su familia, sería tan difícil como expresar con la palabra todos los goces, los encantos, los delirios amorosos, las satisfacciones mútuas, las dulces confidencias que encierra la historia nunca escrita é indescrípible de la vida doméstica.

Rodrigo Diaz, el que en los campos de batalla segaba cabezas musulmanas como el labrador siega la mies en sus campos; el que en el asedio de una plaza se lanzaba al muro hollando cadáveres y cubierto de sangre; el terrible guerrero cuyo nombre llenaba de espanto á los feroces islamitas; aquel hombre de hierro que parecia haber nacido solo para vivir en los combates, aquel hombre, repetimos, era en el hogar doméstico la personificación de la dulzura, del amor, de la sencillez. Viérasele estrechar contra su corazón á sus padres y á su esposa con las lágrimas del regocijo en sus ojos; viérasele alborozarse como un niño y bendecir á Dios y á su esposa al saber que esta sentia en sus entrañas el primer fruto de su amor; viérasele conversar con sus criados con el mismo cariño que si fueran sus iguales, y viérasele, por último, acariciar á Gil, al niño moro acojido bajo su protección, y jugar con él con el abandono y la puerilidad con que jugaba con Jimena el día en que en el castillo de Vivar imprimió por primera vez sus labios en la rosada faz de la inocente niña; viérase todo esto, y admirárasele aun mas bajo el techo doméstico que en los campos de batalla!

Tres días despues de la vuelta del Cid á Búrgos, una mañana apacible y hermosa como otra que aquel recordaba con alegría, porque habia sido la mas feliz de su vida, como la mañana en que dió por primera vez el dulce nombre de esposa á Jimena, se agolpaba la multitud á las puertas de la iglesia de Santa Gadea, y muchas damas y caballeros penetraban en el templo.

Aquella mañana iba á ser armado caballero Guillen por mano del Cid Campeador, y la noble Jimena debia calzarle la espuela de oro.

El valeroso mancebo habia velado las armas durante aquella

noche ante el altar, y esperaba con impaciencia la solemne ceremonia, el instante en que recibiese el espaldarazo, le calzasen la dorada espuela y le ciñesen la espada.

Y aquel instante llegó por fin.

El templo estaba decorado con los estandartes musulmanes que desde tiempo inmemorial depositaban en él los caballeros burgaleses al tornar de la guerra como justo y santo homenaje al Dios de las batallas. Torrentes de luz se derramaban por todas partes, el incienso llenaba la nave de la iglesia y los cánticos religiosos resonaban al compás del repique de las campanas.

« El Señor, cantaban los sacerdotes y el pueblo, ha quebrantado los arcos, los broqueles y las espadas de nuestros enemigos y ha puesto fin á la guerra. »

« Señor! habeis derramado sobre nosotros los rayos de vuestra bondad en tanto que llenábais de terror á nuestros insensatos enemigos. »

« Quién puede, Señor, resistir vuestra ira ? »

« Asentado en vuestro trono celeste, habeis decretado la salvacion de vuestro pueblo, y la paz ha sucedido á la guerra. »

« El universo os alabe y os bendiga y cante la gloria de vuestro nombre. »

El pueblo congregado en el templo, donde al mismo tiempo que se iba á recompensar el valor del que habia lidiado con los enemigos de Cristo se daban á Dios gracias por los triunfos obtenidos sobre los infieles, el pueblo, pues al acompañar los cánticos de los ministros del altar, derramaba dulces lágrimas de regocijo.

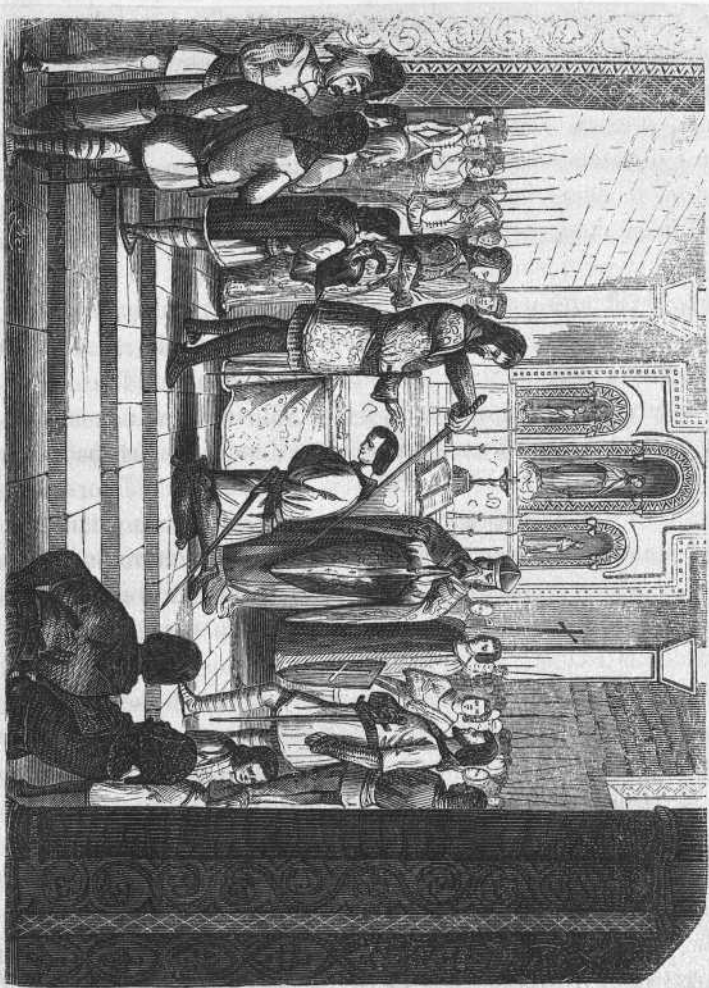
El obispo de Búrgos bendijo las armas que al novel caballero se iban á ceñir.

Entonces Rodrigo Diaz y Guillen, que habian permanecido arrodillados, se levantaron y se acercaron á las armas que estaban delante del altar, imitándolos las damas y caballeros que asistian á la solemne ceremonia.

El mancebo dobló la rodilla y Rodrigo Diaz le dijo :

—La órden de caballeria que vais á recibir os impone deberes

EL CIO CAMPEADOR.



á que no podeis faltar. Mándaos servir á Dios y al rey; mándaos decir siempre verdad, que seais fiel á vuestros amigos, que seais sóbrio y os acompañeis con hombres sabios de quienes aprendais á bien vivir y con hombres de guerra que os enseñen á pelear; mándaos tener buen arnés en vuestra cámara, buenos caballos en vuestra caballeriza y buena espada en vuestra cinta; mándaos que no oseis andar en la córte en mula sino en caballo, ni entrar en los palacios del rey sin espada; mándaos no servir de lisonjero, ni decir donaires, ni jugar ningun juego, ni comer sin manteles; mándaos no quejaros de herida que tengais, que no digais «ay» al tiempo de la cura y que no os alabeis de hazaña que hayais hecho; mándaos no tener contienda con doncella en cabello, ni levantar pleito á muger de hidalgo; mándaos que si topais en la calle con dueña valerosa y noble, os apeeis y la acompañeis; mándaos que si muger noble ó en cabello os pide merced y no la haceis, os llamen las damas «caballero mal mandado y no bien comedido;» mándaos que no podais estar en córte sin servir alguna dama, no para deshonorarla, sino para festejarla, y si fuéreis soltero para casar con ella, y cuando ella saliese fuera la acompañeis como ella quisiese, á pie ó á caballo, llevando quitada la caperuza y haciendo la mesura con la rodilla; mándaos, en fin, que seais cumplido en todo y jamás os pidan ayuda los débiles, quien quier que sean, sin que se la presteis.

Así que el Cid manifestó al mancebo estos mandatos, que sin duda se tuvieron presentes doscientos años despues al redactar los estatutos de los caballeros de la Banda, le preguntó:

—Jurais cumplir fielmente cuanto la ley de caballería ordena?

—Si juro, contestó Guillen.

—Si así lo hiciéreis, por buen caballero se os tenga, y Dios os ayude en cuantas empresas acometais; si lo contrario hiciéreis, caballeros y villanos os desprecien y os tengan por ruin y perjuro y no acometais empresa que bien os salga.

En seguida le dió el ósculo de paz en la boca, le dió el espaldarazo, le ciñó la espada bendita que un paje presentó en un azafate, y luego le calzó Jimena la espuela que otro paje acercó del mismo modo que la espada.

Entonces el obispo, los demás ministros y el pueblo, entonaron el versículo primero del salmo de David:

«Bendito sea el Señor mi Dios que me dió manos para combatir, y me enseñó el arte de la guerra.»

Y terminó así la solemne ceremonia, abandonando el pueblo el templo victoreando al novel caballero que se encaminó á casa del Cid acompañado de este, de Jimena y del lucido cortejo que habia llevado á la iglesia de Santa Gadea.

El pueblo burgalés se entregó al regocijo durante lo restante del dia, y aun hasta las altas horas de la noche, que era serena y hermosa y estaba alumbrada por una clarísima luna. Rodrigo habia repartido entre los necesitados una buena parte de los haberes que le habian correspondido de la última presa, y esta liberalidad habia aumentado el regocijo público, de suyo grande con motivo del triunfo obtenido por las armas cristianas sobre los infieles. Hubo músicas y bailes en las plazas públicas; jugáronse sortijas y bohordos, y terminó la tarde con un espectáculo tan popular en aquellos tiempos, como mas tarde lo fueron las corridas de toros. En una de las plazas mas espaciosas de la ciudad, se construyó un débil circo de tablas, y allí tuvo lugar una corrida de cerdos. Hé aquí en lo que consistia aquel singular espectáculo: soltábanse algunos de aquellos animales al circo, y salian los hombres armados de sendos garrotes con los ojos vendados y un casco de hierro en la cabeza. Aquel que conseguia alcanzar con el palo á un cerdo, era dueño del animal; pero sucedia que los hombres se apaleaban unos á otros terriblemente, aunque estaba prohibido el descargar el palo con violencia, y esto último constituia la principal diversion. Durante la tarde á que nos referimos, abundaron mas que nunca las tollinas, porque los villanos habian trasegado á su estómago abundante zumaque para poder celebrar con mas alegria el triunfo de la hueste del Cid, y al descargar sus estacas en el circo, curaban muy poco de prohibiciones.

Villanos eran comunmente los actores de estas fiestas; pero cuando tenian lugar con motivo de algun señalado y fausto acontecimiento, solian tambien tomar parte en ellas los pajes y los escuderos. En prueba de esto último citaremos el hecho de haber

salido al circo Alvar, el paje de Rodrigo Diaz, el dia que Guillen fué armado caballero.

Es fama que el sándio del paje, por no ser menos que el mas ruin de los villanos burgaleses, habia empinado el codo con pasmosa frecuencia, y se hallaba dispuesto á lidiar, poco era con cerdos y villanos, sino con toros tan fieros como el que acometió á la hueste de su señor al tornar pocos dias antes á Búrgos; y asi fué que á pesar de aconsejarle sus amigos, y sobre todo Fernan, que en vez de salir al circo fuese á dormir la borrachera, se empeñó en que le vendáran los ojos para salir á la conquista del cerdo.

—Por el alma de Belcebú, le dijo Fernan desesperanzado ya de disuadirle de su empeño, que tú, Alvar, eres el mas sándio que come pan en Castilla. Estás como una uva y quieres atinar al cerdo?

—Soliman se me vuelva el zumaque que en este mi vientre tengo, sino cazo cerdo tan galán como el de San Anton, contestó Alvar alargando el pescuezo para que le vendáran los ojos.

—No te bastan los palos que yo te doy, que aun buscas los de los villanos?

—Vano es tu predicar, hermano, replicó Alvar, que cerdo me torne yo si de aquí me voy sin él.

Fernan no insistió mas en sus consejos. Alvar salió al circo vendidos los ojos y armado con una buena estaca que apenas le era dado sostener; tal era el estado de embriaguez en que se hallaba.

El cerdo que á la sazón estaba en el circo, viéndose hostigado en el extremo opuesto, corrió hácia donde estaba Alvar, y derribó á este metiéndose entre sus piernas con violencia.

Al encontrar el animal aquel obstáculo en su carrera, dió un fuerte gruñido; oyeron este sus perseguidores, y se dirijieron con los palos levantados hácia donde suponian andar el cerdo. Alvar pugnaba por levantarse, y como los villanos sintieran al llegar á él el ruido que hacia con manos y pies y hasta con la respiracion jadeante y penosa, creyeron que tenian delante el cerdo, y descargaron sus palos con tal fuerza sobre el infeliz paje, que á no ser por sus gritos, hubieran aeabado con él.

Fernan se lanzó al circo seguido de otros criados de los de Vivar, y alzaron y sacaron fuera á Alvar molidos sus huesos con la soberana paliza que acababa de recibir, paliza que si habia contristado á algunos espectadores, habia escitado la risa y hasta el entusiasmo de la generalidad.

Al oir Fernan la risa y la algazara que entre los espectadores habia movido la malaventura de Alvar, dirigió la vista con aire amenazador hácia la multitud y gritó lleno de indignacion:

—Voto á Judas Iscariote que diera mi alma al diablo porque esa muchedumbre de villanos que así rien de ajenas cuitas, se tornára no un hombre solo, sino una docena para cerrar con ellos á palos y molerlos como á marranos que todos son!

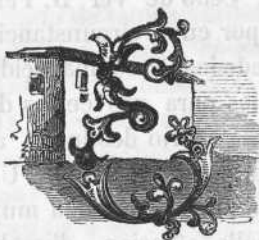
Y el buen escudero se apresuró á conducir al lastimado paje á donde se le pudiera curar, tan lastimado de aquella cuita como el mismo paciente, porque á Alvar se le podia decir con relacion á Fernan Cardeña el refran castellano «quien bien te quiere te hará llorar.»





CAPITULO XXXIV.

Donde se sigue probando que el Cid era un Cid en todas partes.



L primer cuidado de Rodrigo Diaz, despues de concluir con los moros en cuya persecucion habia venido desde Portugal, fue mandar sus mensajeros al rey Don Fernando anunciándole aquella victoria.

Hallábase el rey en Coimbra quando recibió tan faustas nuevas, y determinó tornar inmediatamente á Castilla, tanto porque deseaba regresar al seno de su familia, como por atender á cierta cuestion que tenia pendiente con el emperador de Alemania Enrique IV, quien hacia tiempo le reclamaba vasallage y tributos, á lo cual se negaba D. Fernando alegando justisimas razones á la independencia de sus reinos.

A su partida de Portugal recibió cartas de Roma, cartas que le causaron un profundo pesar, porque el papa Alejandro II le amenazaba con su excomunion y una cruzada, sino accedía á las pretensiones del emperador.

Por cualquiera parte donde abramos los anales del reinado de D. Fernando I, hallaremos pruebas irrecusables de la piedad de aquel gran monarca; en su reinado fueron rescatados de los moros los santos cuerpos de San Isidoro, arzobispo de Sevilla, de las Santas Justa y Rufina, de San Victor y otros muchos siervos de Dios; en su tiempo se edificaron suntuosas catedrales y monasterios, entre los cuales debe contarse el de Sahagun; en su tiempo se arregló admirablemente en Castilla la disciplina eclesiástica; en su tiempo se engrandeció el culto cristiano, descuidado hasta entonces á causa de las continuas guerras con los moros y las discordias intestinas; y como última prueba de la piedad de Don Fernando el Grande ó el Magno, nos dice la historia que aquel monarca pasaba largas y frecuentes temporadas en el monasterio de San Juan de Sahagun, entregándose á actos piadosos con aquellos monjes, y participando de todas las estrecheces y mortificaciones que en aquellos tiempos acompañaban á la vida monástica. Puede juzgarse de las que experimentaban los monjes de Sahagun, recordando dos anécdotas consignadas en la historia: en una de sus frecuentes visitas al monasterio, echó de ver D. Fernando que los monjes andaban descalzos, por cuya circunstancia muchos de ellos contraían mortales enfermedades, y compadecido el rey, facilitó al abad los recursos necesarios para proveerlos de sandalias. Había en el monasterio un vaso de vidrio destinado al superior y al rey cuando se hospedaba en aquella santa casa. Un día fué D. Fernando á Sahagun, y encontró á la comunidad muy aflijida, y como preguntase la causa de aquella afliccion, díjosele que el monasterio acababa de perder una de sus alhajas mas preciosas, el vaso de vidrio del abad, que se habia roto. El rey conoció que no era infundado el sentimiento de los monjes, pues la pérdida de aquel vaso en su estremada pobreza, era una pérdida de difícil reparacion, y mandó construir un vaso de oro que sustituyese al de vidrio.

Habíase celebrado en Roma un concilio provocado por el emperador de Alemania, al que habían asistido el rey de Francia y otros soberanos que apoyaban las pretensiones del primero, y las cartas que hemos dicho había mandado á D. Fernando el Papa, eran consecuencia de aquel concilio.

D. Fernando se halló perplejo entre los dos extremos de concitar el enojo de los aliados de Enrique IV, y particularmente el de la Santa Sede, y el de someter sus Estados á un vasallage que repugnaba á un pueblo que había labrado su independencian con la espada, y naturalmente altivo y poco á propósito para sufrir el yugo extranjero. En aquel apretado conflicto, le pareció que no debía resolver guiado por el propio consejo, sino oír el de los prohombres de Castilla y Leon, y particularmente el de los obispos, que en aquel litigio eran jueces no del todo incompetentes. Así pues se dió prisa á acudir á Leon, y tan pronto como llegó, convocó córtes para dentro de un corto plazo en aquella ciudad porque el concilio exijia pronta contestacion.

Mientras los ricos-homes, infanzones y prelados se iban reuniendo, D. Fernando se desquitaba de sus recientes fatigas en el seno de su familia, que había ido á reunirse con él á Leon. Al fin terminó el plazo señalado para la apertura de las córtes, y el desaliento del monarca se trocó en esperanza y alegría al verse rodeado de tantos varones ilustres, unos por su sabiduria y otros por su nobleza. Todos los prohombres del reino iban llegando á Leon, y sin embargo, en el momento de comenzarse los debates D. Fernando no veia á su lado á aquel á quien mas deseaba ver, á Rodrigo Diaz, al esforzado caballero cuyo consejo tenia en mas que el de todos los nobles de Castilla y Leon. ¿Cómo Rodrigo no acudia á las córtes, al lado de su rey cuando tanta necesidad tenia éste del consejo de los buenos, cuando se iba á tratar un asunto de tan alta importancia como era el de someterse ó no Castilla al yugo extranjero?

D. Fernando manifestó á los prohombres el objeto con que los había llamado á córtes, y la alta importancia que en su concepto tenia la cuestion que allí se iba á tratar.

—¿Creeis, les dijo, que Castilla y Leon deben reconocer vasa

llage al emperador de Alemania, cuyas pretensiones apoya el Papa, ó que debemos negársele?

«Los pareceres, como dice Mariana, no se conformaron. Los que eran de mayor conciencia aconsejaban que luego obedeciese porque no indignase al Papa y se revolviere España y alterase como era forzoso, que las guerras se debían evitar con cuidado por estar España dividida en muchos reinos, y estos gastados con guerras civiles, y quedar dentro tantos moros enemigos de la cristiandad. Otros mas arriscados y de mayor ánimo, decían que si se obedecía se ponía sobre España un gravísimo yugo que jamás se podría quitar; que era mejor morir con las armas en la mano que sufrir tal desaguizado en su república y tal mengua en su dignidad.»

La opinion de estos últimos, que eran Arias Gonzalo, Peranzures y algunos mas, era la que mas se conformaba con la de D. Fernando; pero este tenía en mucho la contraria por ser la del mayor número y sobre todo, la de muchos sábios y virtuosos prelados, y se hallaba ya decidido á acceder á las exigencias del emperador y sus aliados.

Habian cesado ya los debates y los prohombres iban á abandonar el salon donde las córtés se celebraban, cuando se anunció la llegada de Rodrigo Diaz de Vivar. Prolongados murmullos, de satisfaccion unos y otros de despecho, se alzaron en todas partes, y la alegría brilló en el rostro del rey. El conde de Carrion y el de Cabra se mordieron los lábios de furor, y se dirijieron una mirada cuya significacion no supo nadie en aquel instante, pero que el lector sabrá muy pronto. En efecto, el Cid se presentó en la asamblea un instante despues. A pesar de la solemnidad de aquel acto, D. Fernando no pudo menos de bajar de su trono para adelantarse al encuentro de Rodrigo, á quien estrechó en sus brazos sin permitirle postrarse á sus pies.

Todos fijaron sus miradas en el conde de Carrion, y todos echaron de ver la rábía y el despecho que á D. Suero causaban las señaladas pruebas de amistad y cariño que el rey daba al de Vivar.

—Ah! dijo D. Fernando radiante de alegría, no era vana mi

esperanza de que antes de resolver por completo la cuestion que aquí tratábamos, acudiriais vos, Rodrigo, á ilustrarnos con vuestros leales consejos. ¿Cómo os habeis detenido tanto, cuando tan necesario era vuestro consejo, cuando tan grande era mi deseo de estrecharos en mis brazos?

—Señor, respondió Rodrigo con cierto embarazo que el rey no pudo menos de notar, mi familia me ha detenido demasiado; vos que tanto amais á la vuestra, comprendereis lo que pueden las lágrimas de una esposa que al separarse del esposo teme que sea por largo tiempo. Quizás he faltado al deber de buen ciudadano y al de la gratitud que os debo; pero os aseguro, señor, que no me ha sido posible evitarlo.

—Bástanme las pruebas de lealtad que siempre me habeis dado para creerlo así, Rodrigo.

—Señor, disponed de mi vida y de mi hacienda, que aun no bastan á pagar vuestras bondades! exclamó Rodrigo profundamente conmovido.

—Estais enterado, Rodrigo, del grave asunto que me ha obligado á reunir en córtés á los prohombres de mis reinos? le preguntó D. Fernando.

—Nadie lo ignora en Castilla, señor, contestó el Cid. Trátase de la libertad ó la opresion de un pueblo heróico y altivo que ha conquistado su independecia luchando mas de cuatro siglos con el agareno. ¿No ha de interesar á ese pueblo la cuestion que aquí nos reune?

La presencia del Cid hizo comenzar de nuevo los debates que se daban ya casi por terminados. Los prohombres que habian opinado por negar el vasallage al emperador, cobraron esperanzas de ver prevalecer su dictámen, creyeron que el Cid estaria de su parte, y por lo tanto se acordaria la negativa, porque el consejo del de Vivar era de mucho peso.

Rodrigo Diaz tomó la palabra después de haber escuchado durante algunos momentos los contrarios pareceres de los circunstantes.

—Apenas, dijo, hemos sacudido el yugo con que los moros humillaban nuestra cerviz, y ¿permitiremos que cristianos nos ava-

sallen y esclavicen? Nuestros antepasados hicieron pedazos el pesado yugo del imperio romano; ¿nos le tornarán á poner los alemanes? Suyos serán el poder, la autoridad, la honra, las riquezas que ganaron con su sangre nuestros padres... Y qué nos quedará á nosotros? Nos quedarán trabajos, peligros, cautiverios y pobreza! Mas vale morir como buenos, que perder la libertad que nuestros padres nos dejaron en herencia!

Casi toda la asamblea prorumpió en señales de asentimiento al pronunciar Rodrigo estas palabras; empero un obispo, cuyo nombre callan las crónicas, se levantó de su asiento y replicó al Cid:

—Si el vasallage que á Castilla se reclama no estuviera apoyado por el Sumo Pontífice, valederas fueran esas razones, justo fuera negarle y sostener la negativa con la espada; pero se trata de obedecer ó no al vicario de Cristo...

—Por la ley de Cristo ha lidiado Castilla mas de cuatrocientos años, contestó el Cid con energia. Por la ley de Cristo he lidiado yo y lidiaré siempre, y sin embargo, me creyera mal cristiano y mal caballero y mal castellano sino combatiera la demanda del emperador, siquiera esté apoyado por el Papa. Si Castilla apenas puede domar al infiel hoy que es un pueblo libre y rico, ¿cómo le domará cuando sea pobre y esclava? El vasallage que el extranjero nos exige enervará nuestras fuerzas, nos empobrecerá, nos hará cobarde como siervos, y entonces, ¿qué será de la fé de nuestros padres, qué de la cruz hoy tan reciamente combatida por la media-luna?

Gritos de entusiasmo que no bastaron á contener la presencia del rey y la solemnidad del acto, contestaron á estas palabras de Rodrigo Díaz. Hasta aquellos que con mas teson habian sostenido que se debia acceder á las pretensiones de los alemanes, eran ya de distinto parecer, á escepcion del conde de Carrion, del de Cabra y algunos otros envidiosos del favor y el engrandecimiento que gozaba el Cid. Dirigióse este á D. Fernando, y continuó:

—Señor, en mal dia nacisteis para España, si en vuestro tiempo ha de ser tributario el pueblo que hasta aqui fué siempre libre. Si consentis tan desatinada humillacion, todo es perdido, perdida

es cuanta honra os dió Dios y perdido cuanto bien os hizo. Quien os aconseja que accedais á la demanda del emperador, no es leal ni quiere vuestra honra ni vuestro señorío, ni debiera ser hijo de nuestra honrada Castilla.

El conde de Carrion y los de su bando pusieron mano á las espadas ruiendo de furor; y las hubieran desnudado si la voz del rey no hubiera dominado el rumor que ahogó las últimas palabras de Rodrigo, exclamando:

—Silencio, vasallos, silencio! Quién osa poner mano á la espada delante de su rey y señor? Un caballero esforzado, un castellano leal tan buen cristiano como buen caballero, es el que sostiene su opinion contraria á la vuestra. Aquí habeis sido llamados todos á emitir libremente vuestro parecer, y ya que no mi presencia, debiera haceros comedidos la gravedad de esta asamblea. Hablad, el de Vivar, que todo consejo tenemos en mucho, ya se nos dé con la energia que está bien á un animoso soldado que sois vos, ó ya con la mansedumbre que cumple á los eclesiásticos.

D. Suero y sus parientes se aquietaron mal de su grado y se restableció el silencio y la calma en la asamblea.

—No creo, continuó Rodrigo, que el Pontífice cierre sus oídos á nuestros justos ruegos: envíense personas que defiendan nuestra libertad en su presencia y declaren cuán fuera de camino está lo que pretenden los alemanes; mas si nuestra razon se desoye, hagamos valer la razon de la espada. En cuanto á mí, resuelto estoy á defender contra todo el mundo la honra y la libertad que mis mayores me dejaron, y aquellos que mas se alleguen á este mi parecer tendré por amigos míos y de mi patria. Si los alemanes no reconocen nuestro derecho, buenas lanzas tenemos en Castilla para probarles que tenemos honra y corazon; apellidada, señor, la tierra, juntad una hueste invencible, que bien podreis juntarla, y pasad con ella el Pirineo, que yo iré delante á tomar posadas con dos mil de mis amigos y los que me den los moros mis tributarios.

Este parecer del Cid contentó casi á todos, y muy particularmente al rey, y se acordó dar respuesta al Papa con arreglo á él, conviniéndose al mismo tiempo en levantar sin pérdida

de tiempo un ejército de diez mil hombres, el que debía estar apercebido para atravesar los Pirineos acaudillado por el Cid en el caso de que los alemanes y sus aliados insistiesen en su demanda, con lo cual se disolvió la asamblea.

En tanto que Rodrigo Diaz se oponia en esta á los que aconsejaban al rey que accediese á las pretensiones de Enrique IV, paseaban Fernan Cardena y otros pajes y escuderos en la plaza del alcázar frente al palacio que los señores de Gormaz tenian alli y que Rodrigo poseia con motivo de su enlace con Jimena.

—Paréceme, dijo un escudero á Fernan, que pudiéramos matar el tiempo un rato en esta plaza, ejercitándonos en las armas, que si nuestros señores sirven á Castilla en las córtes, nosotros pudiéramos servirla aquí adiestrándonos para dar botes en la campaña.

—Dejadme en paz, hermanos, replicó Fernan, que el hijo de mi madre mas está hoy para tumbarse donde descansa tranquilo que para ejercicios de armas.

—Estás cansado, hermano?

—Como si saliera de descomunal batalla.

—Por ventura ha sido precipitada la jornada?

—Halo sido la mitad de ella.

—Mas aun asi ha llegado tarde el Campeador.

—Culpa suya no es.

—Cómo asi?

—De Búrgos salimos harto á tiempo; pero...

—Habeis tenido alguna mala ventura en el camino?

—La hubiéramos tenido á no ser quien es mi señor.

—Moro me torne si os entiendo, hermano.

—Pues no esperéis que se explique mas claro el hijo de mi madre.

—Ira de Dios qué poco fiais de vuestros amigos, Fernan!

—Y quién puede fiar de nadie en los tiempos que corren? No, sino fiad que todos os quieren bien y cuando menos lo esperéis os armarán una celada donde perezcais, como hubiera perecido mi señor á no ser él tan valiente y llevar en pos tan buenos caballeros como llevaba.

Estas palabras avivaron la curiosidad de los circunstantes.

—Contadnos eso! esclamaron todos, decidnos qué aventura ha sucedido á Mio Cid camino de Búrgos á Leon.

—Voto á Judas Iscariote, que por charlatan mereciera yo que mi amo me echára á palos de su servicio! exclamó Fernan indignado de su propia indiscrecion.

—Contádnoslo, hermano, que de vuestra boca lo sabremos tal como ha sido y no con mezcla de patrañas, como al fin al cabo nos lo contaria el vulgo.

Fernan, que tratándose de honrosas hazañas de su señor creia reventar si no las contaba, creyó satisfecha su conciencia con la reflexion de su interlocutor, y dijo:

—Encárgoos el secreto de lo que os voy á contar, hermanos, porque mi señor D. Rodrigo nos le ha encargado á su vez á los que con él estábamos, y para hacernos tal encargo él tendria sus razones, que á mí me cumple respetar. Habeis de saber que salimos ayer de Búrgos para llegar aquí temprano, sin que trajera mi señor en su compañía mas caballeros que á Martin Antolinez y á Guillen el de la Enseña, como han dado en apellidar al que rescató la de D. Rodrigo, ni mas escuderos que esos dos que duermen en la caballeriza y yo, porque el sandio de Alvar aun guarda lecho de resultas de cierta moledura de huesos, y ese Martin Vengador está por Vivar donde tiene su novia, y Rui-Venablos no puede apartarse de la mesnada que tomó á sueldo mi señor y que capitanea como teniente de Martin que es su gefe. Pasábamos por un bosque cerca de Carrion, cuando llamaron nuestra atencion unos lamentos muy lastimeros; prestamos atento oido y oimos una voz de muger que decia ;

—«Acorredme, acorredme, caminantes, que arde mi casa y se queman mis hijos que estan encerrados en ella!»

Aguijamos todos hácia donde sonaban los lamentos, y vimos en un cerrillo á la persona que los daba: era una muger desgredada y con señales de gran desesperacion.

—«¿Dónde está vuestra casa, dónde? le preguntamos desde lejos.

—«A la vuelta de este cerro la hallareis, nos contestó. ¿No veis

el humo que se alza hasta el cielo? Id allá, buenos caballeros, y salvad á mis cuitados hijos, si aun es tiempo, que sí será si vais ligeros.» En efecto, una columna de humo se alzaba trás el cerro.

Aplicamos el acicate á nuestras cabalgaduras, y en menos que lo cuento dimos la vuelta al cerro, y allá abajo, cabe un bosque muy cerrado, vimos una casa de la que salian gritos al parecer de rapaces, y se alzaba una espesa humareda.

Al llegar á la casa descabalgamos todos, derribamos la puerta de una patada y entramos precipitadamente.

—Y salvásteis los rapaces? preguntaron impacientes los que escuchaban la narracion de Fernan.

—Los rapaces que topamos, contestó este, fueron diez hombres como diez jigantes, que estaban escondidos en uno de los aposentos de la casa, y se lanzaron acero en mano sobre nosotros y particularmente sobre mi señor que iba el primero. Belcebú lleve mi alma si he visto lid mas porfiada que la que entonces se trabó en aquel estrecho aposento. El delito sin duda hizo perder el tino á aquellos felones, pues erraron todos el primer golpe y dieron lugar á que D. Rodrigo y los otros dos caballeros desnudáran las espadas y cerráran con ellos; la pelea duró poco, pero fue sangrienta y feroz. Cuatro de los asesinos cayeron al suelo traspassados por la espada de mi señor, y los demas saltaron por una ventana y se metieron en el bosque.

—Terrible cuadro presentaria aquel combate en una casa presa de las llamas! exclamó uno de los escuderos.

—La que era presa de las llamas era una porcion de paja amontonada en un patio, replicó Fernan, y continuó:—Guillen creyó conocer á uno de los asesinos que se revolcaban en su sangre, y como le examinára, exhaló un grito de sorpresa exclamando:

—«Illan! tú armado de puñal asesino!... Malvado, malvado! Y eras tú quien estrañaba que sirviese yo al conde de Carrion, cuando departíamos en las verjas del atrio de Santa Gadea!...»

—«Perdon! perdon! Guillen!... murmuró el tal Illan. La codicia... el oro que D. Garcia y D. Suero nos prometieron por mataros á tí y al Cid, me cegó. Perdona al moribundo, y no vayas á Carrion porque D. Suero sabe que amas á la infanta...»

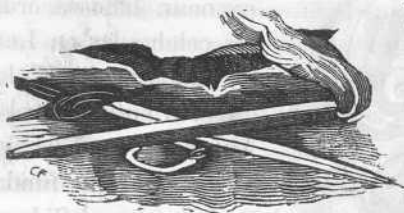
—«Dios te perdone como te perdono yo,» contestó el de la Enseña, y todos salimos de la casa en persecucion de los asesinos que habian huido al bosque. Muchas horas anduvimos buscándolos por aquellos montes, y desesperanzados al fin de dar con ellos, continuamos nuestro camino fatigados nosotros y nuestras cabalgaduras, que hemos acabado de estropear para ganar el tiempo perdido, haciendo el resto de la jornada á mata caballo.

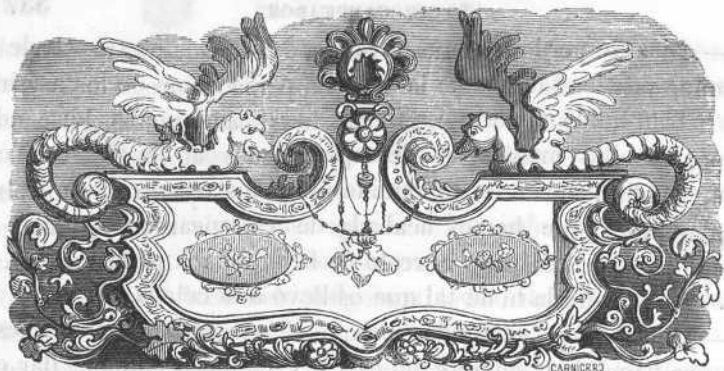
—Y quién era la hi de tal que os llevó á la celda?

—Alguna bruja sin duda, porque se nos hizo iuvisible desde que nos llamó de la cumbre del cerro, y tampoco pudimos dar con ella por mas que la buscamos.

A aqui llegaban de su plática los escuderos, cuando, terminado ya el consejo, comenzaban á salir del alcázar, donde habia tenido lugar aquel, los prohombres que á él habian asistido.

Fernan recomendó á sus amigos el mayor secreto acerca de lo que les acababa de contar, y se dirigió á la posada de su señor viendo venir á este departiendo con Martin Antolínez y Guillen.





CAPITULO XXXV.

Donde se trata de caballeros largos de manos y de villanos largos de lengua.



ONFORME habia acordado en las c6rtes celebradas en Leon, el rey Don Fernando escribi6 6 los aliados negando el tributo que el emperador de Alemania le pedia, y esponiendo las razones en que fundaba su negativa. Entre tanto, el Cid, por 6rden suya, se ocupaba en allegar una buena hueste, con la que pudiera Castilla hacer frente 6 los extranjeros, si estos apelaban 6 las armas, como habian prometido, para apoyar su demanda.

Viendo que no llegaba la conformidad de aquellos, y que por el contrario, en Francia y otros paises adictos 6 los alemanes se

hacian aprestos campales, D. Fernando consultó al Cid y otros caballeros, si debía pasar el Pirineo ó permanecer á la expectativa en Castilla. Todos opinaron por el primer partido, porque decian: —Cuanto menos inquietemos á los extranjeros, mas tiempo tendrán para disponer sus huestes al combate, y si nos ven quietos en Castilla, nos juzgarán demasiado flacos de gente y de corazon, pues no osamos ir á provocarlos á su tierra. Hagamos un alarde de valor, y si nuestros enemigos nos tienen por débiles y apocados, mudarán de parecer.»

Así, pues, el Cid pidió ayuda á Abengalvon y los otros reyes sus tributarios, y como estos no solo se la diesen, sino tambien viniesen ellos mismos capitaneando la gente con que acudian en favor de los castellanos, el ejército de D. Fernando se puso en marcha para la frontera de Francia.

D. Fernando mandaba el grueso del ejército, compuesto de ocho mil hombres, y Rodrigo Diaz con dos mil caballeros partió adelante á tomar posadas.

Cuando pasó el Cid los puertos de Aspa, encontró alborotados los moradores de aquel pais, de tal modo, que no querian dar posada ni vender viandas á los castellanos, y dañaban á estos por cuantos medios tenian á su alcance. Rodrigo mandó quemar las mieses y las casas de los rebeldes, y tratar bien á los que no les negaban posada y les vendian viandas. Acudiendo á estos medios, duros sí, pero forzosos, lograba el Cid tener dispuesto á la llegada del rey y el grueso del ejército, cuanto estos habian menester.

Al llegar cerca de Tolosa, supo el Cid que numerosas fuerzas enemigas salian á su encuentro con objeto de impedirle el paso: D. Ramon, conde de Saboya, se acercaba con veinte mil caballeros, y con poderes del rey de Francia para entrar en lid con los castellanos.

—Dos mil caballeros son los míos, dijo el Cid, pero hemos de probar á los franceses y al mundo entero, que dos caballeros castellanos valen tanto como veinte extranjeros, ó hemos de morir gloriosamente. Los enemigos nos van á acometer antes que llegue la hueste del rey; no nos queda mas medio que hacerles frente ó volver á reforzarnos con la gente que viene detrás con D. Fer-

nando. Volver atrás!.. No, no! Antes arrojarnos á una muerte segura que volver la espalda al enemigo.

Y Rodrigo apercibió sus caballeros á la pelea, porque los enemigos asomaban ya á corta distancia.

—Santiago! Santiago! gritó en seguida, y cerró con la hueste del de Saboya.

La lid fué «ferida» como dicen los cronistas; la pelea duró una hora, en ella hicieron prodijios de valor, no solo los castellanos, sino tambien los caballeros moros que acompañaban al Cid, á cuyo lado se vió lidiar á Abengalvon y los otros reyes moros, y á Guillen el de la Enseña, á quien Rodrigo fió la suya para darle una nueva prueba de confianza y de lo mucho que deseaba honrarle.

La hueste del conde de Saboya fué destrozada, y el mismo D. Ramon quedó prisionero.

Este primer triunfo de los castellanos llenó de terror á los aliados del emperador; sin embargo, el rey de Francia envió contra los invasores un nuevo ejército que tenia de reserva en la Gascuña.

Estas fuerzas salieron al encuentro del aposentador de Don Fernando del mismo modo que habian salido las del conde de Saboya, y, como estas, fueron derrotadas por el Cid y sus dos mil caballeros antes que el rey llegase á tomar parte en la pelea.

El conde de Saboya solicitó su libertad, porque padecía mucho en su orgullo hallándose prisionero, y porque disturbios intestinos reclamaban su presencia en sus estados. Negóse la D. Fernando temeroso de que fuese á organizar nuevas fuerzas con que vengar la vergonzosa derrota que habia sufrido, y entonces D. Ramon ofreció en rehenes á su hija, á la que amaba mucho y era muy hermosa y discreta. D. Fernando creyó bastante aquella prenda, y en efecto, el conde obtuvo su libertad dejando á su hija en poder del rey de Castilla.

Los soberanos aliados enviaron cartas á D. Fernando suplicándole que no pasase adelante, y ofreciéndole entrar en tratos de paz; en su virtud, el rey de Castilla estableció sus reales en Tolosa, y envió á Roma al Cid, Alvar Fañez Minaya, Arias Gon-

zalo, Martin Antolinez y otros caballeros á aconsejar al Papa que viniesen á España apoderados del emperador y sus aliados con el objeto de tratar la paz, «é si non viniesen, añade la Crónica, ó non enviasen, que ellos irian á buscarlos á donde estaban.»

Celebró concilio el Papa, y se trató en él á cerca del partido que se debía tomar; todos opinaron que se accediese á la exigencia de D. Fernando, porque, decian, «si queremos arreglar este pleito con las armas, no habrá quien se atreva con ese famoso Cid que todos tienen ya por invencible.» En su consecuencia, el Papa envió con su poder á Miscer Ruberte, cardenal de Santa Sabina, y vinieron tambien apoderados del emperador y de los otros reyes aliados, entre los cuales y el rey de Castilla se acordó en debida forma que el emperador de Alemania ni nadie no pudiesen exigir nunca vasallage de ningun género á España.

En estas operaciones y tratos pasaron seis meses, y al fin de este tiempo dió la vuelta el ejército castellano, siendo recibido en Castilla con gran alborozo que el pueblo demostraba con sus aclamaciones y lucidas fiestas.

El pueblo castellano amaba mucho al Cid, y aquel amor se convirtió en adoracion con los últimos hechos de armas del esforzado caballero, y sobre todo, con motivo del valor y la energia con que habia defendido la libertad del reino en las últimas córtes de Leon. El pueblo esestremado en su amor y en su ódio; cuando trata de ensalzar al hombre público le levanta á las nubes, y cuando trata de deprimirle le arrastra por el lodo; siempre exajera las cosas, ya las disminuya ó ya las aumente. Grandes eran realmente los hechos del Cid, pero á los ojos del pueblo lo eran aun mucho mas.

El pueblo burgalés se ocupaba esclusivamente de las hazañas de Rodrigo que esplicaba y comentaba á su modo; muchas de estas hazañas eran pura invencion del entusiasmo y la credulidad popular; mas no por eso dejaban de probar lo que hemos dicho, que el Cid era el ídolo del pueblo castellano.

Entrando en Búrgos por la parte del Norte, habitaba un honrado menestral que trabajaba constantemente á la puerta de su casa á su oficio de herrador. Nuestros lectores conocen ya á Iñigo,

que así se llamaba, por haberle visto darse unas cuantas puñadas con un palurdo el día en que Jimena entraba en Búrgos para casarse con Rodrigo Diaz. Iñigo era el tipo popular mas completo; era hablador, irascible, entusiasta, crédulo, novelero, murmurador, en una palabra, lo que siempre fué el pueblo. No se movía una mosca en Búrgos, sin que Iñigo no supiera hasta por qué se había movido : si hubiera vivido en nuestros tiempos hubiera ganado descansadamente el pan sirviendo en la policia secreta, ó redactando la gacetilla de un periódico. Entraba un arriero en Búrgos cuando hacía calor? Iñigo le había de decir:

—Bien venido, hermano. Mal tiempo para viajar es este. ¿Qué hay de nuevo por esos caminos? No queréis descansar un poco en este banco, y echar un trago de esta agua fresca que aquí tengo?

Y el arriero, creyendo descortesía no aceptar tan cortés ofrecimiento, se detenía y satisfacía la curiosidad de Iñigo.

Entraba una aldeana cuando hacía frío, con un canastillo de huevos ú otra mercancía á la cabeza? Iñigo le había de decir:

—Bien vengais, hermana. Mal tiempo es este para venir á la ciudad. ¿Qué nuevas corren por la aldea? ¿No queréis posar la cesta y calentaros un poco á esta lumbre que tengo aquí?

Y á la aldeana sucedía lo que al arriero.

Añádanse á las noticias que de este modo adquiría las que le daban los escuderos que llevaban á herrar los caballos, de sus señores, y las mugeres y los hombres de la vecindad que iban á pasar el rato murmurando del prójimo bajo el cobertizo que resguardaba el banco del herrador, y todo el mundo convendrá en que Iñigo era como pintado para desempeñar cualquiera de los destinos que arriba mencionamos.

Dos días despues de la vuelta del Cid á Búrgos, entraba en la ciudad aquel mismo aldeano con quien en otra ocasión se casó las liendres Iñigo. El herrador y él se habían hecho muy amigos, á juzgar por el tono en que se saludaron.

—Bien venido, señor Bartolo, exclamó el primero al ver al labriego.

—Dios os guarde, maese Iñigo, contestó este.

—Ya decia yo; haber tantas novedades por Búrgos y el señor Bartolo no venir por acá?... no puede ser.

—Con que hay tantas novedades, eh? Juro á ños que mas valiera ser cautivo de moros que vivir en la aldea.

—Qué, no se sabe nada por Barbadillo?

—Haced cuenta que nada. Si os digo que en las aldeas vivimos como bestias. Gracias que yo en cuanto huelo novedades me escurro á la ciudad á veros. Y como vos sois tan sabio y tan listo y tan aquel, me vais desasnando un poco. ¿Qué se ha de saber en la aldea? Que el lobo se comió una oveja del tio Pellica; que el tio Colambre cojió anoche una turca y zurró la badana á su muger; que la chica de la tia Veleta se deja enamorar de cuatro mozos, y otras cosas asi de este jaez. De modo que asi, ¿qué ha de hacer uno sino vivir alli aburrido? De juro.

—Cierto, señor Bartolo, que es gran ventura vivir en la ciudad.

—Y lo que me pudre mas la sangre es que mi muger, que es como esa bestia, fuera lo que tiene de Dios, arma camorra conmigo porque vengo tan de contino á saber las nuevas de la ciudad, porque dice la muy tal que asi no hago caso de mis tierras y mis ganados...

—Cierto, señor Bartolo, que vuestra muger debe ser gran pollina.

—Y no es ella sola quien murmura de mí; sonlo todos mis vecinos, que no pueden ver que siendo yo antaño tan asno como ellos, ogaño les eche la pata en lo que toca á sabiduría.....

—Cierto, señor Bartolo, que vuestros vecinos deben ser grandes cabalgaduras.

—Mas juro á ños que voy á dar en la cabeza á todos; pesia mi muger y mis vecinos, voy á deshacerme de los cuatro terrones y las cuatro tejas que en la aldea tengo y á venirme á vivir á Búrgos.

—Cierto, señor Bartolo, que debeis veniros á la ciudad, porque es mucho gozo esto de saber incontinentemente lo que por esos

mundos pasa, y mas á la presente que tan buenas nuevas corren todos los dias.

—Con que buenas nuevas, eh?

—Buenas, señor Bartolo, muy buenas.

—Y de qué se trata, maese Inigo?

—Ya lo supondreis, del Campeador.

—Por San Pedro de Cardaña que es mucho caballero ese Mio Cid! Contadme, contadme algo, maese Inigo.

—Sí haré, señor Bartolo. Ya sabeis qué buenas tundas dió el Campeador á los franceses, no es verdad?

—Sí, sí, ya me contásteis... Ira de Dios, quién hubiera estado en la punta del Pirineo para ver desde allí cómo se las habian Mio Cid y los suyos con esos malos cristianos de franceses...!

—Ya sabeis tambien que el Campeador fue á Roma con otros buenos caballeros...

—Cierto, maese Inigo, me lo contásteis tambien.

—Pues lo que no sabeis es lo que pasó allí á Mio Cid.

—¿Qué le pasó? ¿Trabó descomunal batalla con ese D. Vaticano, tan nombrado?

—Ja, ja, ja!

—Maese Inigo, tambien burlais de mí?

—Ríome de vuestra ignorancia y simplicidad, pues teneis por caballero al palacio del Papa, que palacio y no varon es el Vaticano.

—Reniego de la aldea, que por vivir en ella es uno tan asno como veis. Mas moro que Mahoma me torne yo sino echo noramala á Barbadillo.

—Pues sabed que Mio Cid en entrando en Roma se fue derecho á la iglesia de San Pedro...

—Ira de Dios, aquella sí que será iglesia y no la de mi aldea!

—Cierto, señor Bartolo, que cuentan maravillas de ella, pues diz que está hecha de ladrillos de diamante...

—San Pedro de Cardaña! qué gran desgracia es vivir en aldeas y no en ciudades donde tales riquezas hay!

—Pues saved que Mio Cid fue á San Pedro para ver el escaño del Papa que es todo de oro...

—Ira de Dios, quien fuera Papa!

—Todos los reyes de la cristiandad tienen su silla junto al escaño del Papa, y como viera el Campeador que la silla del rey de Francia estaba un estado mas arriba que la del rey de Castilla, la derribó de una patada.

—Juro á ños que hubiera sido gran desgracia para mí no saber esa hazaña tan digna de saberse... Reniego del tal Barbadillo.

—Como la silla del rey de Francia era de marfil, se quebró. Y qué pensais, señor Bartolo, que hizo Mio Cid? Tomó la del rey de Castilla y la puso en el primer puesto.

—Oh Dios qué buen vasallo! Dios le cure de mal!

—Alli habló un duque que llaman el saboyano, y dijo al Campeador:—«Maldito seas, Rodrigo, y el Papa te descomulgue, que deshonoras al rey de Francia, al rey mas honrado del mundo.» —Dejemos á los reyes, dijo el Campeador, y si os sentís agraviado, arreglaremos los dos este pleito.»

—Y lidiaron Mio Cid y el saboyano? Juro á ños que es mucho gozo oir estas cosas...

—En saliendo de la iglesia allegóse el Campeador cabe el duque y le dió un empellon.

—Ira de Dios! Y empezaron á cintarazos, eh? Qué hizo el saboyano?

—Se quedó muy mesurado sin responder al Campeador.

—Por San Pedro de Cardeña, que con Mio Cid nadie osa!

—Cuando el Papa lo supo, descomulgó á D. Rodrigo.

—Qué me decís, maese Iñigo! Descomulgado Mio Cid! Lástima grande es, porque comenzaria á secarse como diz sucede á los descomulgados.

—No le sucedió tal, porque se afinó muy humilde á los pies del Papa, y le dijo:—«Absolvedme, santo Padre, que os será mal contado sino.» Y el Papa le absolvió como padre piadoso que es, diciéndole:—«Yo te absuelvo, Campeador, con tal que seas mesurado en la mi córte.»

—Oh malhaya Barbadillo, donde nunca se saben tan buenas cosas! Maese Iñigo, torno allá á deshacerme de mis haberes, y

me vereis pronto por acá, para que me vayais desasnando, que juro á ños aun teneis mucho que hacer.

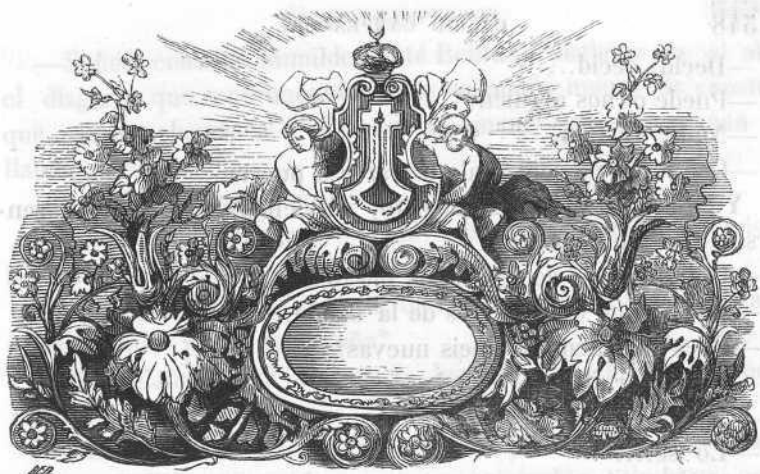
Cierto, señor Bartolo; mas no me direis lo que pasa por la aldea?

—Héoslo dicho; nada curioso, maese Iñigo.

El herrador iba á interrogar de nuevo al aldeano, cuando vió asomar á unos arrieros que al parecer venian de tierra lejana, y se apresuró á salir al encuentro, saludándolos como tenia de costumbre, para satisfacer su curiosidad á costa de un ladito junto á una buena lumbre que tenia en invierno ó de un trago de agua fresca de que estaba provisto en verano para atraer á los pasajeros.

Pasado un instante, se regocijaban el labriego y el menestral oyendo las estupendas noticias que traian los arrieros, noticias que no deben figurar en este libro, porque para hablillas de vulgo, basta lo dicho.





CAPITULO XXXVI.

De los disgustos que al cuitado D. Suero daba su hermana.



n efecto, casi al mismo tiempo que Guillen abandonaba el castillo de Car-
rion para ir á la guerra de Portugal,
penetró en él Bellido Dolfos. Anuncióse
á D. Suero la llegada del traidor, y la
alegría brilló en los ojos del conde que
se apresuró á salir al encuentro de Be-
llido, pues no dudaba que este le trae-
ría nuevas importantes cuando tan
pronto volvía al castillo.

—Qué nuevas me traeis, decid? preguntó al recién venido sin
esperar á que este le saludase.

—Muy importantes os las traigo, señor conde.

—Decid, decid...

—Puede oírnos alguien?

—Nadie, Bellido.

—Con todo, no será malo cerrar esa puerta.

Y Bellido cerró la del aposento, volviendo en seguida á sentarse al lado del conde.

—Qué me decís de esa banda infernal?

—Poco tengo que deciros de la banda.

—Pues de quién me traéis nuevas?

—De vuestra hermana y el paje.

—Si tornaron al castillo....

—Lo sé....

—No comprendo qué nuevas me podeis traer de ellos.

—Señor, calmad vuestra impaciencia. Los cuidados de ese hermoso paje deben haber satisfecho no poco á la infanta.

—Y á mí tambien, Bellido; por eso he recompensado hoy mismo á ese leal servidor, dándole el mejor de mis caballos y armas para que vaya á la guerra. Debeis haberle encontrado cerca del castillo.

—No está en el castillo ya?

—No.

—Cierto, cierto que vi salir un caballero... Ah! señor conde, habeis dejado escapar de entre las manos al mas digno de vuestra cólera...

—Por Lucifer, que os espliqueis, Bellido! Qué queréis decirme?

—Quiero deciros que ese mancebo ama á vuestra hermana y vuestra hermana corresponde á su amor.

El conde se puso de pie de un salto como si una serpiente le hubiese clavado el aguijon. Bellido habia previsto su cólera, y para hacerla menos sensible, habia querido darle aquella noticia poco á poco; pero la habia aventurado de una vez enojado por la impaciencia y el tono amenazador de D. Suero.

—Bellido!! exclamó este mirando fijamente á su interlocutor. Por ventura me creéis de tan buen humor que tolere burlas? Creéis que el conde de Carrion es tan vuestro amigo que podais solazaros con él?...

—Señor, contestó humildemente Bellido, dueleme en el alma el disgusto que experimentais; mas no puedo menos de repetiros que vuestra hermana y el paje se aman, que os engañan villanamente...

—La vida os ha de costar esa calumnia, Bellido!

—Si es calumnia lo que os digo, consiento que me ahorqueis de las almenas de vuestro castillo.

—Qué pruebas me dais de que no estais calumniando á la doncella mas noble de España?

—Mi palabra, que abonan la lealtad y el celo con que hasta aqui os he servido.

—Infierno! infierno!... Debo creer lo que oigo? No, no puedo creerlos, Bellido, no puede ser que un miserable paje haya osado poner sus ojos en la infanta de Carrion; no puede ser que mi hermana haya dado oidos á tan ruin mancebo.

—Señor, comprendo vuestra incredulidad; pero nada mas cierto que lo que os he dicho. Todo estaba en silencio en el campo de los bandidos; no sé qué me hizo sospechar que el paje era para la infanta algo mas que un servidor, algo mas que un amigo; acerquéme á la tienda en que ambos se alojaban y como los sintiera despiertos, apliqué el oido á la lona y sorprendí el secreto de su amor...

—Y si es cierto que el paje ama á mi hermana, ¿por qué se aparta voluntariamente de ella para ir á la guerra de Portugal?

—Porque aspira á la mano de vuestra hermana y sabe que el que ha de casar con la infanta de Carrion necesita ser caballero...

—Ah! todo conspira contra mí!.. exclamó D. Suero tornando á la violenta desesperacion que parecia haber calmado un instante. Sufro en la tierra todos los tormentos del infierno... Me engañan, me venden, me asesinan lentamente propios y estraños... De quién, de quien he de fiar?... Mi vida parece la vida del malvado que mi madre solia pintarme: ni un momento de calma, ni una dicha que merezca el nombre de tal, enemigos por todas partes, proyectos vanos, deseos nunca satisfechos, tristeza, insomnio, desesperacion eterna... tal era la vida que mi madre pintaba, y tal es la mia... Oh! si seré yo un malvado!... No, no lo soy... no lo

soy... porque si maltrato á mis criados y á mis vasallos, es porque mis criados y mis vasallos me aborrecen y me venden;... si tengo enemigos y procuro su ruina, es porque nadie me otorga su amistad, porque todos me insultan, y porque todos conspiran contra mí... Esto es vivir agonizando!

Y el conde que habia inclinado la cabeza, la alzó de repente, y tal era la espresion de su semblante y el brillo de sus ojos, que Bellido hizo un movimiento para apartarse de él creyendo que la razon le habia abandonado.

—Traidor, exclamó D. Suero, estabas aquí, estabas escuchando mis palabras?... Mi daga te enseñará á ser cortés.

Bellido se alzó de su asiento, y echando mano al pomo de su daga, dijo procurando dulcificar sus palabras:

—Señor, el dolor os estravia; ved que quien está á vuestro lado es el único amigo leal con quien contaís.

D. Suero recobró de repente la razon que en efecto le habia abandonado un instante, y dijo alargando afectuosamente la mano al traidor:

—Perdonad, Bellido, perdonad mis arrebatos! Sí, sí, teneis razon, el dolor, la ira, la desesperacion me estravian... Sí, sí, vos sois mi único amigo, el único que no me ha vendido, que no me ha ultrajado, que me compadece... Pero, es cierto? es cierto que ese miserable paje ama á mi hermana, que mi hermana se ha envilecido hasta el punto de corresponderle?

—Nada mas cierto, señor, os lo repito.

—Y qué hacer, Bellido, qué hacer?

—Matar al villano que así ha burlado vuestra confianza.

—Sí, sí, y la infanta tambien merece la muerte... Cien vidas que tuvieran uno y otro, no bastaran á espíar su traicion... Pero dónde hallaré al paje?... Necio de mí que le he dejado escapar de mi venganza, y le he dado armas... acaso para lidiar contra mí, porque, no lo dudo, ese traidor irá á Portugal, lidiará contra los moros, se alzará de su mísera condicion actual, y tornará lleno de orgullo y de audacia á insultarme, á retarme, á imponerme vergonzosas condiciones...

—Así que torne de Portugal, vendrá á ver á la infanta, y en-

tonces tendreis ocasion de castigar su deslealtad; pero para que vuelva al castillo, para que vuelva á vuestras manos, debe ignorar que sabeis sus insensatos amores; no os deis por entendido á la infanta, porque Doña Teresa pudiera hallar medio de avisarle; y entonces el traidor quedaria impune.

—Imposible, Bellido, imposible! Puedo ver á mi hermana sin que mi indignacion estalle? puedo diferir el castigo que mi hermana merece hasta el dia en que ese traidor tenga á bien parecer por mi castillo?

—Cierto, señor, que os fuera difícil hacerlo; pero podeis buscar un pretesto cualquiera á vuestro enojo. Decid á vuestra hermana que quereis dar su mano á... al primero que os venga en mientes; vuestra hermana se opondrá á vuestro deseo, y entonces podreis dar rienda á vuestro enojo, cuyo verdadero motivo no sospechará...

—Eso haré, Bellido, eso haré. Ah! bien haya el dia en que os conocí, que vos sois el único que me aconseja lealmente, que me ayuda á contrastar este fatal destino que combate todas mis empresas, que trastorna todos mis planes, que ni un momento de tranquilidad deja á mi alma. Sí, sí, destino la mano de mi hermana al hijo del conde de Cabra, y mi hermana lo ignora..... Es llegada la ocasion de decírselo.....

—Pero cuidad de no daros por entendido de sus amores con el paje.....

—Nada sospechará, Bellido, nada sospechará... Pero decidme ahora en qué estado se halla la banda.

—Señor, fio que ha de desaparecer totalmente dentro de pocos dias. Aunque sus fuerzas son escasas, cuando están unidas hacen frente á los Salvadores, y logran huir de ellos ya que no vencerlos como antes hacian. Por de pronto, he logrado dividirlas so pretesto de que conviene á su seguridad y valiéndome de la autoridad que sobre el Vengador y Rui-Venablos tiene mi consejo desde que vaticiné la destruccion de la banda si atacaba á viva fuerza el castillo de Carrion. Desde ayer acampan la mitad de los bandidos á bastante distancia de la otra mitad, para que no puedan reunirse con la suficiente presteza al ser atacados en sus

respectivos campos por los Salvadores, á quienes antes de volver á la banda lo participaré todo... Ya podreis figuraros que si la banda os tenia antes ojeriza, aun mas os tiene desde que tan sangriento revés sufrió en vuestro castillo, y por lo mismo mas interés teneis en acabar con ella.

—Cierto, Bellido, cierto. Fio que con vuestra ayuda he de vencer á esos implacables enemigos. Seguid ayudándome en su esterinio, y contad con mi liberalidad.

—Señor, dijo Bellido aparentando cortedad, aunque tal vez abuse de ella, me atrevo é pediros algunos marcos que he menester añadir á los muchos que he gastado con los bandidos para ir mereciendo su confianza, con objeto de llegar á la realizacion de mis planes.

Con cada marco que daba, parecia á D. Suero dar un pedazo de su corazon, porque la avaricia era el móvil de la mayor parte de sus maldades; pero como necesitaba tener á su devocion á Bellido, y sabia que este no tenia mas ambicion que la de oro, contestó dirijiéndose á la arca donde en otra ocasion habia mostrado sus tesoros á aquel malvado:

—Tomad, Bellido, tomad el oro que hayais menester. ¿Teneis bastante con veinte marcos?

—No me bastan, señor, contestó Bellido con humildad.

—Os daré cuarenta.

—Necesito mas, repuso Bellido con entereza.

—Tomad sesenta.

—Necesito siquiera ciento, objetó Bellido con arrogancia.

—Villano!... exclamó D. Suero en un arranque involuntario de indignacion; pero un instante de reflexion le hizo conocer que le era preciso transijir con Bellido, y añadió con el tono mas humilde y afectuoso:

—Perdonad, Bellido, que los contratiempos que me rodean trastornan mi razon, y no sé lo que digo ni lo que hago. Tomad los cien marcos de oro que necesitais.

Y alargó los marcos á Bellido, que los tomó con una alegria que en vano trató de disimular.

En seguida convinieron ambos en algunos puntos relativos al

asunto que los habia reunido, y Bellido abandonó el castillo de Carrion.

Veamos lo que pasaba en el aposento de Doña Teresa en tanto que esta escena se verificaba en el del conde.

En el momento de salir Guillen del castillo, la infanta se habia asomado á la ventana de su estancia para verle: en efecto, sus ojos arrasados de lágrimas le habian seguido largo trecho hasta verle desaparecer en una arboleda lejana. Ah! cómo esplicar lo que en aquel momento sintió la enamorada doncella! Parecióle que el alma habia abandonado su ser para seguir al hermoso mancebo que se alejaba, ¡que se alejaba acaso para nunca mas volver! parecióle que el cielo se oscurecia, que la campiña perdía su verdor y su hermosura, que los pájaros habian suspendido su canto, que aquella estancia se habia tornado de repente tan lóbrega, tan oscura, tan solitaria como le parecia antes de ser amada de Guillen; parecíale que todo se vestía de luto, que todo lloraba la ausencia del bello paje. Sus ojos siguieron largo rato obstinadamente fijos en el paisaje donde habia desaparecido Guillen, por ver si descubrian á este, pero nada... nada... el bello paje no tornaba á aparecer!

Lector! El que escribe este libro apela otra vez á tus recuerdos, á tu experiencia, á tu corazon para que comprendas lo que su pluma no acierta á esplicar porque su corazon lo siente demasiado. ¿Has visto alejarse de tí alguna persona amada, irse perdiendo de vista en la estensa campiña, como vió á Guillen la pobre Teresa? ¿Has salido del pueblo natal acompañando á un ser amado que se ausentaba muy lejos, por retardar algunos instantes la dolorosa despedida, y cuando ha llegado esta, te has parado en una eminencia para ver alejarse al viajero, y le has seguido con la vista hasta el horizonte, y cuando ya ha desaparecido completamente has vuelto con los ojos arrasados de lágrimas? Si esto te ha sucedido, como al que escribe este libro, entonces sí que comprenderás el dolor, el desconsuelo, la angustia con que Teresa vió desaparecer al hermoso paje en la arboleda lejana!

La triste niña dejó la ventana con el corazon traspasado de dolor, y arrodillándose al pie de una imagen de María que diaria-

mente adornaba de flores en otro tiempo, cuando era bastante libre y dichosa para ir á cojerlas en los campos circunvecinos, oró largo rato, pidió á la «madre del amor hermoso» por el valiente y bello y enamorado mancebo que partia á lidiar por el amor y la fé cristiana, y sintió su corazon consolado. En otro tiempo, cuando sentia apenado su corazon, la tierna, la pura, la dulce Teresa buscaba el consuelo en su madre; pero faltándole esta, ¿á quien debia acudir sino á la madre universal de los aflijidos? ¡Oh qué religion tan dulce, tan bella, tan consoladora, la que nos dá una madre inmortal para que no quedemos huérfanos cuando nos falta la que nos concibió en sus entrañas!

Teresa se sintió consolada; pero, escitada sobre manera su sensibilidad, tenia necesidad de conversar con alguien á quien amase y de quien fuese amada. En su concepto, ¿no se hallaba en este caso su hermano? Iba á abandonar su estancia para buscar á D. Suero, cuando apareció este á su vista, y la pobre niña se estremeció al verle, porque notó en el semblante de su hermano cierta espresion de ira que al conde no le fué dado disimular. Sin embargo, D. Suero hizo un esfuerzo sobre sí mismo, y consiguió dulcificar aquella espresion, y entonces la tranquilidad y la confianza y el amor volvieron al corazon de la infanta.

—Hermano mio, dijo Teresa con voz dulce y cariñosa, acostumbrada á estar casi siempre á tu lado, no puedo pasar una hora sin verte, y por eso iba á buscarte.

No mentia la infanta al decir esto á su hermano: desde su vuelta del campo de los bandidos ansiaba estar al lado de D. Suero, le amaba tierna y confiadamente, porque creia á su hermano poseido del mismo sentimiento.

—Hipócrita! dijo para sí D. Suero, y estuvo á punto de quebrantar su propósito de disimular su enojo; pero al fin se sobrepuso á aquel movimiento instintivo, y contestó á su hermana con dulzura:

—Tambien yo deseo estar á tu lado, Teresa, porque eres el único ser á quien verdaderamente amo. Mucho tiempo fui injusto para contigo; mas al fin reconocí mi error y quiero espiarle proporcionándote la felicidad que mereces. Hermana mia, te voy á

dar una prueba de que anheló tu dicha, de que deseo verte honrada, querida, feliz. ¿No has pensado nunca en la felicidad á que debe aspirar una muger?

—No te comprendo, hermano.

—¿No has considerado nunca que la mayor felicidad de una doncella honrada y buena como tú eres, consiste en hallar un esposo noble y enamorado?

La infanta se estremeció de terror al oír esta pregunta y contestó :

—Si, hermano, nuestra madre me lo decia.

—Pues bien, Teresa, tu hermano va á proporcionarte esa felicidad.

El terror de la doncella llegó á su colmo.

—Hermano mio, replicó Teresa, soy jóven aun... déjame permanecer á tu lado, que esa es la felicidad que por ahora ambiciono.

—Teresa, al lado del esposo que te destino no echarás de menos las caricias de tu hermano... Nuño Garciez, el hijo del conde de Cabra, es noble, es galan, y suspira por tí há mucho tiempo.

—Nuño Garciez! el hijo del conde de Cabra! exclamó Teresa con espanto.

—Si, ese será el esposo que labrará tu dicha, hermana mia.

—Imposible, hermano, imposible!

La ira encendió el semblante de D. Suero.

—Teresa! exclamó este con severidad. Es decir que rehusas la mano de Nuño?

Teresa no sabia mentir, su sinceridad la hacia superior á su natural timidez.

—Perdóname, hermano, contestó; pero jamás daré mi mano al hijo del conde de Cabra...

—Ira Dios que te confunda!... ¿Qué osas decir, traidora y desnaturalizada? Pagas mi cariño oponiéndote insolente y rebelde á mi voluntad? Teresa! serás esposa de Nuño Garciez...

—Hermano mio! ten compasion de mí, no condenes á eterna tristeza, á eterno dolor, á eterna desesperacion este corazon que tanto ha padecido!...

Y la infanta dobló la rodilla ante su hermano deshaciéndose en lágrimas.

—La tienes tú de mí, por ventura? replicó D. Suero. Tiene compasion de mí la que viéndome rodeado de enemigos se niega á proporcionarme el apoyo de una familia que me haria triunfar de todos mis émulos?

—Pero yo no podria amar nunca á Nuño Garciez, y mi juramento ante el altar seria un abominable perjurio... Hermano mio, ten compasion de mí, acuérdate de la promesa que hiciste á nuestra madre; recuerda que la que nos dió el ser te bendijo al exhalar su último suspiro, porque acababas de prometerla que serias mi escudo, mi protector, mi hermano, no mi verdugo...

—Infierno, infierno!... Alza de mis pies, traidora, que tus súplicas y tus lágrimas son inútiles, exclamó D. Suero en el colmo de la exasperacion.

Y de un empuellon arrojó á la dulce niña sobre el pavimento.

Teresa se alzó de repente, no ya humilde y temblorosa, sino altiva como una reina á quien hubiese ultrajado un villano, y dijo:

—Oid, D. Suero, pues no mereceis que mi labio os dé el dulce nombre de hermano; quizá podais burlar la justicia de los hombres; quizá consienta Dios que os burleis algun tiempo de su santa justicia; quizá me atormentareis mientras viva; quizá me matareis; pero la infanta de Carrion jamás dará su mano al hijo del conde de Cabra ni á ninguno otro que no haya elegido su corazon. Una muger puede ser arrastrada al pie de los altares, puede ser calumniada, puede ser oprimida barbaramente; pero si tiene valor para morir sin despegar sus labios, como yo le tengo, no se la puede arrancar ese juramento que constituye la union de los esposos.....

—Callad, callad! gritó D. Suero acariciando el pomo de su daga, que me hareis castigar en este instante vuestra rebeldia.

—Ya os lo he dicho, podeis matarme, que ni la muerte me aterra; pero mi mano jamás será de quien no sea dueño de mi corazon...

—Pues sufrireis en la tierra todos los tormentos del infierno;

sereis escarnecida hasta de los villanos mas ruines; la vergüenza y el oprobio os seguirán por todas partes...

—La vergüenza no humillará jamás mi frente, porque en mi vida no hay ni habrá nada de que pueda avergonzarme.

—Y osas hablar asi, traidora? Inclina tu altiva frente al suelo, que no puede alzarla arrogante la noble infanta de Carrion, que ha renegado de su gloriosa estirpe amando á un villano, á uno de sus miseros criados...

D. Suero se arrepintió quizás de aquel arranque de cólera que le habia hecho revelar á su hermana lo que se habia propuesto ocultar. Teresa se estremeció al oir aquellas palabras que manifestaban que su hermano era sabedor de su amor á Guillen; pero ambos conocieron que ya era inútil el disimulo, y una vez arrojada la máscara, se decidieron á luchar á cara descubierta.

—Pues bien: dijo la infanta, os confesaré que amo al servidor que decís; pero no me avergüenzo de ello, porque ese servidor, ese villano, tiene corazon tan hidalgo como el infanzon mas noble de Castilla. Nunca, nunca me avergonzaré de amarle.

—Ese traidor morirá, morirá ahorcado en las almenas de mi castillo, y en todas partes se sabrá su delito, se sabrá que era amante correspondido de la infanta de Carrion, y la noble infanta será escarnecida de todos, será escupida á la faz por la nobleza leonesa y castellana....

—Sea asi, D. Suero; la infanta de Carrion está resuelta á arrostrar la ignominia con que la amenazais, sin dejar de amar á Guillen, al misero paje, al humilde pechero á quien ama con todo su corazon...

—Infierno! infierno! gritó D. Suero loco, desatentado, delirante de cólera, y desnudó su daga y la alzó para herir á su hermana; pero fuese que no se sintiera bastante cruel para consumar tan bárbaro crimen ó que reservase su víctima para mayores dolores, para una agonía mas lenta, para una muerte mas penosa, tornó á la vaina su acero, y para no caer de nuevo en aquella bárbara tentacion, abandonó la estancia de Teresa hablando en alta voz como un insensato conforme atravesaba los ánditos que mediaban entre su aposento y el de su hermana.

Así que se hubo serenado un poco, tomó un pergamino, escribió en él algunas líneas, le cerró y llamó á Gonzalo y le dijo:

—Parte á Búrgos ahora mismo, y entrega esta carta al conde de Cabra; corre, revienta en tu viaje el mejor caballo que haya en la caballeriza. Es medio día; si no vuelves antes de media noche, mañana amanecerás ahorcado en una almena.

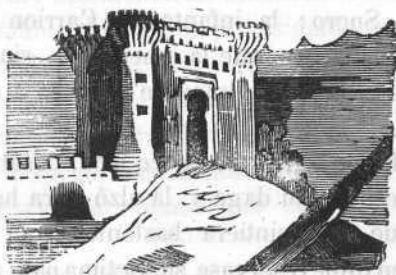
—Ved, señor, se atrevió á replicar el criado, que solo para ir necesito ese tiempo, porque de Carrion á Búrgos hay doce horas de camino...

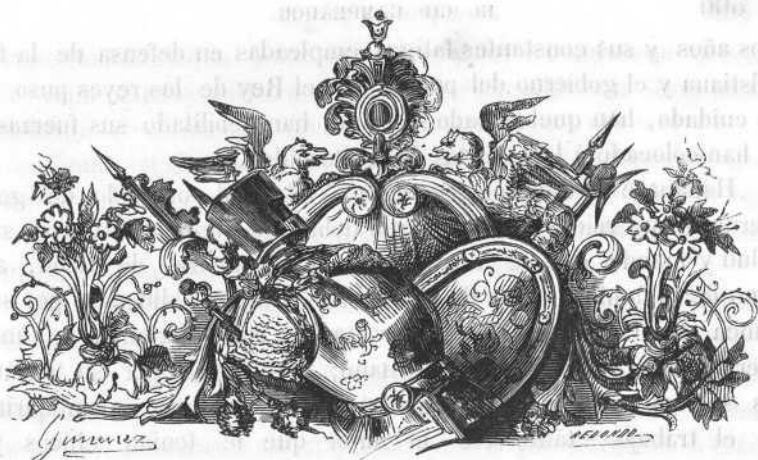
—Villano! osas desobedecer á tu señor? exclamó el conde, y echando mano á su puñal se levantó de su asiento.

Gonzalo dió dos pasos atrás aterrizado y exclamó:

—Perdonadme, señor, perdonadme, que obedeceré vuestras órdenes; tornaré de Búrgos aun antes que decís, si tal es vuestro deseo.

Y el criado salió del castillo un instante despues, reventando en efecto el mejor caballo que el conde tenia en su caballeriza.





CAPITULO XXXVII.

A rey muerto rey puesto.



A transcurrido algun tiempo desde que pasaron los sucesos narrados en los capitulos anteriores. Nuevas victorias obtenidas lidiando con la morisma al oriente de Castilla han glorificado mas y mas á D. Fernando, al Cid y á los caballeros de este último.

Empero castellanos y leoneses estan consternados con una triste nuevas que vuela por todas partes: D. Fernando el Magno, el noble, el valeroso, el prudente, el sabio, el noble, está próximo á trocar su corona por otra mas rica, mas refulgente, mas duradera, por la que Dios ciñe á los justos en el cielo.

Los años y sus constantes fatigas empleadas en defensa de la fé cristiana y el gobierno del pueblo que el Rey de los reyes puso á su cuidado, han quebrantado su salud, han debilitado sus fuerzas, le han colocado á las puertas de la eternidad.

Hallábase en Cabezon, cerca de Valladolid, ocupado del gobierno de sus reinos, cuando sintió debilitarse apresuradamente su salud y mandó que se le trasladase á su alcázar de Leon, al seno de su familia, cerca de los santos templos edificadas por su nunca desmentida piedad. «Lleváble, dice Mariana, en una litera militar, como silla de mano; mudábanse por su orden los soldados y gente principal á porfia quien se aventajaria en el trabajo; tanto era el amor que le tenian chicos y grandes.»

Asi que entró en Leon, á pesar de que el mal era cada vez mas grave, se hizo conducir á los templos y visitó los cuerpos de los santos, postrado en el suelo con muestras de la piedad mas ardiente y acendrada. Terminada aquella santa visita, fue trasladado á su alcázar é hizo testamento dividiendo sus estados entre sus hijos en la forma siguiente: «á D. Sancho el mayor, dice el historiador ya citado, señaló el reino de Castilla, como se entiende desde el rio Ebro hasta el de Pisuer-ga, ca todo lo que se quitó á Navarra por muerte de D. Garcia, se añadió á Castilla. El reino de Leon quedó á D. Alfonso con tierra de Campos, y la parte de Asturias que llega hasta el rio de Deva, que pasa por Oviedo, demas de algunas ciudades de Galicia que le cupieron en su parte. A D. Garcia el menor dió lo demas del reino de Galicia y la parte del reino de Portugal que dejó ganada de los moros. Todos tres se llamaron reyes. A Doña Urraca dejó la ciudad de Zamora, á Doña Elvira la de Toro. Estas ciudades se llamaron el infantado, vocablo usado á la sazón para significar la hacienda que señalaban para sustento de los infantes, hijos menores de los reyes»

Muchos grandes del reino rodeaban á D. Fernando á aquella sazón, entre los cuales se contaban Arias Gonzalo, Peranzures, Alvar Minaya, Martin Antolinez, Diego Ordoño de Lara y Ro-

drigo Diaz de Vivar, y todos le aconsejaban no dividiere el reino en tantas partes, porque era de temer se orijinasen sangrientas guerras.

—Señor, le decia el honrado Arias Gonzalo, recordad los trastornos y las enemistades que trajo consigo la division que vuestro padre el rey de Navarra hizo de su reino. Dejad un reino compacto y fuerte y no muchos pobres y desunidos.

D. Fernando dirigió la vista en torno de su lecho, y vió allí, llorando desconsolados, á todos sus hijos.

—Arias, respondió al leal anciano, esos que veis llorar, son todos mis hijos, todos tienen igual derecho á mi amor, y lo mismo amo á unos que á otros. ¿Cómo quereis que favorezca á uno y á los demas perjudique? Cuando arrebatava una fortaleza á los moros, cuando los vencia en campal batalla, ¿sabeis cual era el primer pensamiento que me ocurría? pensaba que tenia un joyel mas que dejar á mis hijos y entonces no distinguia á ninguno, que pensaba en todos, porque, lo repito, buen Arias, todos mis hijos tienen igual derecho á mi amor. Cumpló con lo que mi conciencia y mi corazon me ordenan y fio que mis hijos vivirán siempre unidos, se amarán como siempre se han amado, serán hermanos siempre.

Arias Gonzalo inclinó la noble y rugosa frente en señal de respeto á la voluntad del moribundo y del rey.

La enfermedad seguia agravándose; sin embargo, al dia siguiente, que era el primero de la Pascua de Navidad, se hizo trasladar el rey á la iglesia de San Isidoro, oyó misa con santo recogimiento y comulgó.

El segundo dia de Pascua, tornó al templo revestido de las insignias reales, y poniéndose junto al sepulcro del santo Arzobispo, exclamó en alta voz, dirigiendo la vista al altar:

—Señor! vuestro es el poder, vuestro el mando, todo está sugeto á vos, los reyes son vuestros siervos. Os restituyo el reino que recibí de vuestra mano, y solo os pido que mi alma goce de vuestra eterna gloria.

Dicho esto, se quitó la corona y el manto, recibió el óleo de manos de uno de los muchos prelados que se hallaban presentes,

y se vistió de silicio y cubrió de ceniza su cabeza, en cuya disposicion se retiró del templo.

Al dia siguiente, cerca de la hora de sesta, conociendo que su vida tocaba al fin, llamó á sus hijos é hijas, á su esposa, á Arias Gonzalo, á Rodrigo Diaz y algunas otras personas.

—Vos, mi buena Doña Sancha, dijo á la reina, me habeis amado siempre como la mejor de las esposas. En nombre del amor que me habeis tenido, en nombre de Dios y en nombre del pueblo cuya felicidad tanto habeis anhelado siempre, os encargo que cuideis de nuestros hijos, que los guieis como hasta aquí por el sendero de la virtud; sé el poder que tiene sobre sus hijos una madre tan buena como vos sois, y para abandonar este mundo con alma tranquila, me basta que me hagais la promesa que os exijo.

—Yo os juro, esposo mio, que cumpliré vuestro mandato, yo os lo juro por la salvacion de mi alma, respondió Doña Sancha prorumpiendo en llanto y arrodillándose al pie del lecho del moribundo.

Este mandó á sus hijos que se acercasen.

—Hijos míos, les dijo, las palabras con que Cristo aconsejó el amor á los hombres encierran el principal consejo que quiero daros: «amaos los unos á los otros.» Obedeced en todo á vuestra madre, que guiados por sus consejos, jamás abandonareis la via del deber. Tú, mi buena Urraca, si vas á morar en tu ciudad de Zamora, tendrás cerca de tí á Arias Gonzalo que tiene allí su casa y tornará á ella ahora que con mi muerte quedará libre del cargo que desempeña en mi alcázar: consúltale, pídele su consejo en los asuntos difíciles de resolver, y fia en él, que es honrado y entendido y hará las veces de un padre á tu lado.

—Padre mio, no olvidaré vuestro consejo, contestó la infanta.

—Ni yo, señor, dijo Arias, dejaré de servir á vuestra hija con la lealtad y el buen deseo con que á vos os he servido.

—Sancho, continuó D. Fernando, ya sabes el amor que siempre he tenido al Cid, y los servicios que ha prestado á la fé y á la pá-

tria tan honrado, tan valeroso caballero. Dichoso tú que le tendrás siempre á tu lado! Amale como le he amado yo, hónrale como yo le he honrado, pídele consejo antes de resolver, y lo que él te aconseje, aquello debes hacer siempre.

—Padre, contestó D. Sancho, ya sabeis en cuánta estima tengo al Cid; os juro que en mi corazon tendrá un lugar tan aventaja do como el que siempre ha tenido en el vuestro.

D. Fernando recomendó á D. Garcia la amistad de un caballero gallego llamado Rui-Jimenez, y á Elvira la de otro que tenia su solar en Toro y cuyo nombre callan las crónicas, y en seguida añadió dirijiéndose á sus hijos:

—Juradme, hijos mios, que satisfechos con los Estados que á cada uno deo en herencia, no declarará ninguno la guerra á su hermano para quitarle lo que un padre moribundo le legó.

—Lo juramos, padre y señor! contestaron todos menos D. Sancho que guardó silencio.

D. Fernando notó esto último y añadió:

—La maldicion del cielo caiga sobre el Cain que haga armas contra su hermano!

En seguida mandó al Cid que se acercára á su lecho, y le dijo:

—Rodrigo! Juradme que jamás esgrimireis vuestro acero contra mis hijos ó mis hijas á no ser que aquel á quien sirvais se vea oprimido por su hermano, y para salvarse necesite vuestro invencible brazo.

—Señor, yo os lo juro! contestó el Cid con profunda emocion, porque su corazon estaba traspasado de dolor al ver próximo á exhalar el último aliento á su rey, á su amigo, á aquel anciano á quien tanto amaba y á quien habia servido tanto y de quien tantas pruebas de amor habia recibido.

—Falta ya aliento á mi pecho!... dijo D. Fernando con voz fallecida.

Entonces su esposa, sus hijos, todos los circunstantes, en fin, se arrodillaron en torno del lecho exclamando entre sollozos:

—Dadnos vuestra bendicion, señor, dadnos vuestra bendicion.

El moribundo los bendijo á todos; mas como oyera su llanto, hizo un violento esfuerzo para tornar á su voz la enerjía que iba perdiendo por instantes, y les dijo:

—No lloreis por mí, esposa mia, mis hijos, mis caballeros, mis buenos servidores! Ningun dolor aqueja mi cuerpo ni mi alma; mi espíritu se va exhalando dulcemente como los aromas de las flores en una serena mañana de mayo; no anonadan mis fuerzas vitales las dolencias físicas, que el sér formado de la nada torna naturalmente á su orijen. Fio en la misericordia divina, fio en Dios que borrará mis pecados del libro de su cuenta, y llego tranquilo y aun gozoso á las puertas de la eternidad. Si las cosas terrenas pueden importar algo al que se aparta de ellas para siempre, ¿no me basta el ver agrupadas en torno de mi lecho á las prendas que mas he amado en este mundo?...

Y el rey guardó silencio por algunos instantes, quedando como sumergido en un tranquilo sueño. Luego, su rostro se animó, la sonrisa apareció en sus labios, una sonrisa dulce, apacible, como la del niño que en sueños se ve rodeado de ángeles.

—Qué música tan dulce! murmuró; qué cánticos tan armónicos llegan á mis oídos!... qué resplandores me cercan!... qué niños, qué doncellas, qué mancebos tan hermosos me rodean?... qué vestiduras tan albas tienen!... Qué trono tan refulgente veo allí... allí..... Me conducen á él... No, no, este trono no es el de Castilla... es mas blando... mas rico... mas... Qué aromas se aspiran aquí... qué delicias... me embriagan!.....

Y la voz del monarca se estinguió... se estinguió para siempre!...

Y muchos de los que estaban en la cámara exclamaron:

Bienaventurados los justos, pues mueren así! Bienaventurados los que mueren en el Señor!

.

Los hijos del difunto rey D. Fernando, así que tomaron posesion de los Estados que este les dejó, se dedicaron pacíficamente á su gobierno sin apartarse de la obediencia de su madre Doña Sancha, conforme su padre les encargara, en cuya ta-

rea ayudaba no poco el Cid á D. Sancho, quien amaba y respetaba mucho á aquel esforzado y leal caballero.

«Asentábale bien la corona á D. Sancho, dice un historiador, por ser de buena presencia y gentil hombre, de muchas fuerzas, mas diestro en los negocios de guerra que en los de paz. Por esto se llamó D. Sancho el Fuerte. Pelagio Ovetense dice que era muy bello y muy diestro en la guerra. Era de buena condicion, manso y tratable si no le irritaban con algun enojo y si falsos amigos so color de bien no le estragaran. Muerto el padre, se querellaba que en la division del reino se le hizo conocido agravio: que todo el reino se le debia á él por ser el mayor y que le enflaquecieron las fuerzas con dividirle en tantas partes; trataba esto en secreto con sus amigos y en su mismo semblante lo mostraba. La madre mientras vivió le detuvo con su autoridad que luego no hiciese guerra á sus hermanos.»

Algunos reyes moros de Aragon que eran tributarios de su padre, se negaron á reconocerle vasallaje, y dispuso obligarlos con la fuerza de las armas. Juntó al efecto un buen ejército y acompañado del Cid, tomó la via de Aragon. Los moros fueron derrotados en diferentes batallas campales, les tomó muchas plazas y les obligó por consecuencia á seguir dando parias á Castilla. Unicamente quedaba por someter Almugdadir, rey de Zaragoza, que hacia poco habia sucedido á Alí, uno de los cinco cautivados por el Cid en la batalla de los montes de Oca. Púsose sobre aquella ciudad que era de mucha importancia en todos conceptos, y estableció el cerco atacándola con vigor; defendiánla fuertes murallas y gente numerosa y acostumbrada á la guerra, y los castellanos fueron rechazados en diferentes asaltos; pero al fin Almugdadir se avino á partido y se rindió conviniendo en apartarse de la amistad que tenia con D. Ramiro, rey de Aragon, y dar parias á D. Sancho, obligándose este por su parte á defenderle de cualquiera que le molestase con guerra ya fuese cristiano ó ya moro.

D. Sancho estaba muy quejoso de D. Ramiro porque este ayudaba á los navarros sus enemigos, que con mucha frecuencia hacian entradas y cabalgadas en tierra de Castilla, cometiendo todo

género de daños, y D. Ramiro por su parte tambien estaba quejoso de D. Sancho, porque se creia despreciado en el hecho de haber tomado el rey de Castilla á Zaragoza que estaba á su obediencia y cuya conquista solo á él creia pertenecer.

Hallábase el aragonés sobre el castillo de Grados, edificado por los moros en la márgen del rio Esera, para que les sirviese de baluarte contra las irrupciones de los cristianos, y abandonando el cerco, salieron al encuentro de D. Sancho para pedirle satisfaccion del agravio que creian haberles hecho.

D. Sancho pidió consejo al Cid antes de contestar á la demanda de D. Ramiro.

—Señor, le contestó Rodrigo, no creo que el rey de Aragon desconozca enteramente vuestro derecho á obligar á la obediencia á los infieles que reconocieron vasallage á Castilla en tiempo de vuestro padre, ni que D. Ramiro desconozca que todos los reyes cristianos de España tienen igual derecho á apoderarse de las tierras ocupadas por los infieles. Esponedle con blandura, mas sin bajeza, las razones en que os habeis fundado para venir á atacar á los moros de Aragon, y si no satisfecho de esas razones acude á las armas, acudid á las armas tambien; sostened la comun opinion de que Castilla no se deja avasallar de moros ni de cristianos. Cierto que es doloroso pelear con cristianos, pero no lo es menos que cristianos quieran avasallar á Castilla que há siglos pelea por abatir la media luna. Recordad sino lo que hizo vuestro padre cuando los alemanes, que tambien eran cristianos, quisieron imponerle vasallage. Si al empezar vuestro reinado no os las habeis como valiente, siquiera sean cristianos los que hayan con vos contienda, cobrareis fama de apocado y hasta el mas ruin se os atreverá.

Este consejo de Rodrigo agradó mucho á D. Sancho, porque estaba acorde con lo que este pensaba acerca de aquella cuestion, y el rey de Castilla contestó con arreglo á él al de Aragon; pero D. Ramiro, que no buscaba razones si no un pretexto para vengar sus resentimientos, desoyó las de D. Sancho y apercibió su hueste al combate. D. Sancho hizo lo mismo con la suya, y se travó la pelea con un encarnizamiento pocas veces visto.

D. Sancho y el Cid, á quienes acompañaban Diego Ordoñez de Lara, que era un novel caballero muy aficionado al rey y á Rodrigo, porque ambos eran valientes, y otros buenos caballeros, entre los que se contaban Guillen el de la Enseña, Alvar Fañez Minaya y Martin Antolinez, fueron los primeros que cerraron con la hueste aragonesa.

La batalla duró muchas horas y ambos ejércitos derramaron mucha sangre; pero al fin D. Ramiro tuvo que abandonar el campo en el mayor desórden. D. Sancho, satisfecho de haber dado aquella leccion á los aragoneses, suspendió el alcance, porque de seguir á D. Ramiro, se hubiera derramado aun sangre cristiana.

Pero los moros que guarnecian el castillo de Grados, como supieran que los aragoneses se retiraban llenos de desaliento y debilitadas sus fuerzas, salieron al encuentro de estos y los destrozaron, quedando muerto en esta nueva pelea el mismo rey D. Ramiro antes que pudiese ser socorrido por D. Sancho, que al saber el peligro en que se hallaba aquel á quien acababa de combatir como á capital enemigo, se encaminó al efecto hácia el punto, bastante lejano, donde lidiaban aragoneses y moros.

Estos últimos se volvieron á encerrar en Grados temerosos de la hueste castellana; y como aquella fortaleza era inespugnable y D. Sancho no habia sido ofendido directamente por los que la guarnecian, los castellanos no creyeron prudente detenerse mas en Aragon, y tornaron á Castilla ufanos con los triunfos que acababan de alcanzar.

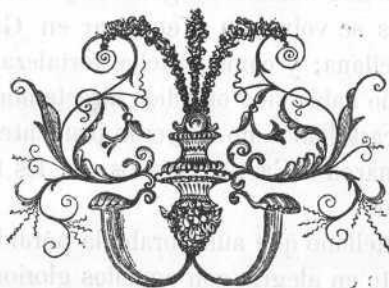
El pueblo castellano que aun lloraba la pérdida de D. Fernando, trocó su llanto en alegría con aquellos gloriosos triunfos, con la esperanza de tener en D. Sancho un rey tan valeroso, tan sabio, tan grande como el que habia perdido.

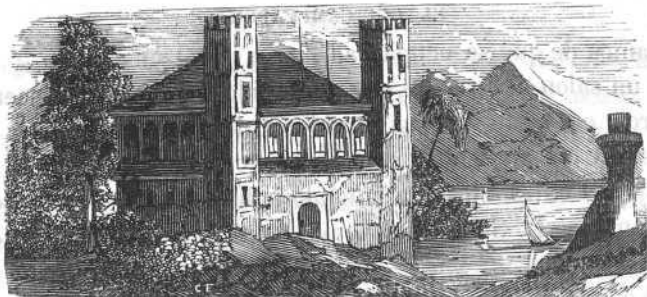
Queriendo D. Sancho celebrar el feliz comienzo de su reinado y corresponder á las pruebas de amor que el pueblo le daba, concedió á este muchas franquicias y mercedes, y se mostró liberal sobre todo con los que le habian acompañado á la guerra de Aragon, con lo que vino á aumentarse el regocijo público.

No fue Guillen, el de la Enseña, quien menos parte obtuvo en la distribucion de las mercedes soberanas: hábiale visto

D. Sancho pelear valerosamente en todas las lides, y como quiesiese premiar su valor y supiese que aquel esforzado mancebo ambicionaba honra, le dió tales títulos de nobleza, que Guillen envidiaria á muy pocos nobles de privilejio, nombre que se daba á los que eran nobles, no por la sangre, sino por privilejios obtenidos del rey como recompensa de sus hechos personales.

Sin embargo, no todos los castellanos participaron de la liberalidad de D. Sancho: este tuvo muy presentes á los nobles que pudiendo acompañarle á la guerra, no lo habían hecho, y cuidó de demostrarles su enojo relegándolos al olvido.





CAPITULO XXXVIII.

De como unos caballeros fueron por lana y volvieron trasquilados.



Ocas veces se ha visto tanto movimiento, tanta vida, en el castillo de Carrion, donde comunmente reina la quietud: muchos caballeros van llegando á las puertas de aquel siniestro edificio que se creyera deshabitado la mayor parte del año, porque sus moradores, encerrados casi siempre entre aquellos denegridos muros, parecen vivir sin comunicacion con los de fuera. ¿Qué acontecimiento puede explicar tal concurrencia de gentes estrañas al castillo de Carrion? Entre aquellos caballeros háse visto al conde de Cabra y otros nobles tan conocidos como D. Garcia por su carácter discolo, intrigante y envidioso.

Veamos de qué se ocupan allí.

En un salon del castillo estan reunidos hasta una docena de caballeros, en tanto que sus servidores departen de amores ó de guerras, en los aposentos inmediatos, espiados por Bellido Dolfos que vaga entre ellos aparentando indiferencia á sus pláticas.

Oigamos á D. Suero que toma la iniciativa en los debates de aquella asamblea.

—El conde de Cabra y yo, dice, hemos convenido en que la nobleza castellana y leonesa, que siempre ha ocupado un honroso lugar al lado de sus reyes, comenzó á verse despreciada y envilecida en tiempo de D. Fernando I, merced al favor de que gozaba el de Vivar, ese ambicioso soldado que supo hacerse dueño absoluto de la voluntad del monarca de modo que el rey solo diese oído á sus consejos. Era de esperar que D. Sancho II enmendase los desaciertos de su padre, dejándose guiar por el consejo de los nobles y no exclusivamente por el de ese afortunado soldado, á quien, ya que no apartase de su lado, solo debia consultar al asaltar una plaza sobre la conveniencia de escalar el muro ó romper con el ariete una puerta. Por ventura lo ha hecho así el nuevo rey? No, lejos de eso, consulta al Cid en todos los asuntos de estado, y sigue ciegamente sus consejos sin consultar ni admitir á su lado los nobles del reino, pues tal es el desden con que nos mira y tan en poco nos tiene...

—Cierto, cierto, exclamaron casi todos los circunstantes; necesitamos volver por nuestra honra poniendo coto al ascendiente y el favor esclusivo de que goza el de Vivar al lado del rey, antes que el mal se arraigue de modo que la cura sea imposible.

—Recordad, dijo el conde de Cabra, lo que el rey hizo al partir á la guerra de Aragon: consultó al Cid acerca de la conveniencia de acometer aquella empresa, y la acometió porque tal era la voluntad del de Vivar que á fuer de ambicioso, solo busca ocasion de acrecentar sus riquezas con el botin de la guerra. Costumbre muy antigua era en Castilla el juntar córtes antes de acometer empresa de tal monta como la de meter un ejército por reino extraño llevándolo todo á fuego y sangre; pero D. Sancho cree su-

perior á la costumbre, á la conveniencia y á lo que á la nobleza de su reino debe, el capricho de un privado. Si por acaso olvida que en Castilla hay mas nobles que los amigos de Vivar, recordémoselo, señores.

—Y si no atiende á las razones en que apoyemos nuestra demanda, añadió uno de los nobles, con gente de armas contamos para obligarle, que si el vasallo debe obediencia al rey, tambien los vasallos cuando son tan nobles como nosotros, tienen derecho á que el rey respete la honra y los privilegios que ellos ó sus antecesores ganaron con la espada.

—Yo cuento con cien lanzas con que derribar la privanza del de Vivar, dijo uno de los condes alli reunidos.

—Yo otro que tal.

—Yo con doscientas.

—Yo con trescientas.

—Con otras tantas cuento yo.

—Quinientas estan á mi devocion.

Y sucesivamente fueron enumerando todos la gente de armas que creian poder aprestar para dar la ley á D. Sancho en caso de que este desoyese sus reclamaciones; pero el conde de Cabra, á quien no se podia negar mucha prevision y talento para urdir conspiraciones, objetó:

—Ventaja y grande es que á mas de la razon, contemos con las armas; pero preciso es conocer que la campaña de Aragon ha dado á D. Sancho y al Cid mucho prestigio entre el pueblo, y que el de Vivar tiene muchos amigos y es osado, diestro y animoso en la pelea. Reclamemos respetuosamente contra la privanza del de Vivar, y si D. Sancho no nos atiende, disimulemos nuestro enojo, ganemos amigos, dispongamos al pueblo á nuestro favor haciéndole ver con maña cuán inmerecido es el incienso que tributa á su ídolo, y cuando estemos seguros de alcanzar el triunfo, haremos estallar nuestra indignacion.

Todos los circunstantes demostraron su asentimiento al plan de D. Garcia.

—Ya sabeis, continuó este, que D. Ramiro debió la destruccion de su ejército y su muerte al ejército castellano, á la sinrazon

de D. Sancho ó mas bien á los desleales consejos que el Cid dió al rey de Castilla. Pues bien: este hecho puede servirnos para el logro de nuestros fines. D. Sancho Ramirez, el nuevo rey de Aragón, nos ayudará si su ayuda necesitamos, porque anhelará vengar la muerte de su padre.

El parecer del conde de Cabra mereció en un todo la aprobacion de los circunstantes, lo cual llenó de regocijo á D. Suero que ya se creia libre del de Vivar, que era su eterna pesadilla, y despues de convenir en la forma en que se habia de protestar cerca del rey contra la privanza de Rodrigo y de jurar todos no desmayar en aquella empresa, se disolvió la asamblea encaminándose los conjurados á Búrgos, donde D. Sancho habia establecido su córte.

D. Suero salió á despedirlos hasta la puerta del castillo, donde alargó su mano á D. Garcia con grandes señales de amistad y reconocimiento.

—D. Suero, le dijo el conde de Cabra, no me dais alguna buena nueva que llevar á mi hijo?

—Decidle, contestó el de Carrion, que fie en mi promesa de recompensar los servicios del padre dando al hijo la mano de mi hermana.

—Habeis contado ya con la infanta?

—Si, D. Garcia; Doña Teresa sabe ya quien es el esposo que la destino.

—Y le acepta?

—En extremo gustosa.

—Oh qué feliz nueva para mi D. Nuño! Cuando torne á veros traeré en mi compañía á mi hijo, porque como há tiempo ama á vuestra hermana, se holgará mucho de verla...

—Mi hermana, repuso D. Suero algo turbado, es tan tímida... tan vergonzosa... que aunque anhele ver al mancebo con quien ha de casarse, esquivará su presencia hasta el dia en que pueda darle el nombre de esposo. D. Nuño, como vos, puede honrar mi casa cuando le plazca; pero dicidle que si mi hermana no osa dejarse ver de él, no lo tome á desamor ni á desaire.

—Pues bien, D. Suero: creo no lejano el dia en que vuestra

familia y la mia emparenten, y diferiremos hasta entonces la primera entrevista de vuestra hermana y mi hijo.

—Gracias, D. Garcia, por vuestro deseo de complacernos á mi hermana y á mí.

—Fiad en mi amistad, y no dudeis que con ella y la ayuda de los caballeros que á aqui me han acompañado, os alzareis triunfante sobre el de Vivar, sobre ese orgulloso soldado de quien habeis recibido tantos ultrages.... Si la suerte nos fue contraria en la celada que al de Vivar armamos cuando iba á las córtés de Leon, y si los moros sus aliados no quisieron secundar nuestros planes cuando iban en su ayuda contra los aliados del emperador de Alemania, fue sin duda porque luchábamos solos; mas otra cosa será ahora que contamos con poderosos auxiliares y hemos concertado un buen plan de conspiracion... Pero nada me habeis dicho de ese traidor paje que osó poner sus ojos en vuestra hermana.

—Ese desleal es tan despreciable que temiera envilecerme ocupándome de él.

—Y yo creyera ofender á vuestra hermana preguntándoos si habeis notado que Doña Teresa corresponda á su insensato amor.

—Cuanto á eso, D. Garcia, vivid descuidado: mi hermana se llenó de indignacion al saber que ese mancebo habia osado poner sus ojos en ella. Ese traidor olvidó un instante su ruin condicion y creyó que le era lícito amar á su señora; pero su señora le hubiera echado á palos del castillo si hubiera sabido hasta dónde llegaba su audacia. Si tenemos ocasion de castigarle cual merece, debemos aprovecharla, y si no... despreciémosle por loco. ¿Quién quita al villano mas ruin amar en secreto, no digo á la infanta de Carrion, sino á la misma Doña Urraca, la infanta de Zamora?

—Ya sabreis cuántas mercedes le ha dispensado el Cid?

—Ved ahi, D. Garcia, un nuevo motivo para que vos y yo odiemos al de Vivar...

—Cierto, cierto, D. Suero. Ambos seremos vengados, no lo dudeis.

Y asi diciendo, el conde de Cabra se apresuró á cabalgar, y corrió al alcance de sus amigos que se habian alejado buen trecho.

Dos dias despues conversaban el rey D. Sancho y su ma-

dre en el alcázar de Búrgos, y Doña Sancha decia á su hijo :

—Si la voluntad de tu padre, si la voluntad de un moribundo no bastára á que te contentases con el reino de Castilla que te cupo en herencia, deben bastarte, hijo mio, las lágrimas de tu madre, que diera cien vidas que tuviera por no ver á sus hijos luchando hermano contra hermano...

—Madre mia, contestó D. Sancho, os juro que si mis hermanos no provocan la guerra, no se la haré... pero dejádmelo el derecho de quejarme aquí que nadie mas que vos oye mis quejas, del agravio que se me hizo dividiendo en cinco partes el reino y dándome una cuando me correspondian todas. El reino de Castilla y Leon correspondia íntegro al hijo mayor de D. Fernando I.

—La razon y la justicia son superiores á la costumbre, hijo mio. ¿Qué razon hay para que un padre desherede á un hijo porque vino al mundo algunos dias despues que otro? Un rey para ser bueno, necesita ser justo, necesita tener por guia la razon; así mereció tu padre el nombre de Grande, y solo así le merecerás tú tambien... Su hermano provocó á tu padre á la guerra, y tu padre no se la hizo hasta que invadió el reino de Castilla. Vencido y muerto D. Garcia, tu padre pudo y tenia derecho á apoderarse de Navarra, y no lo hizo. Si has de imitar á tu padre, ¿cuán distante debes estar de hacer guerra á tus hermanos que no te provocan á ella!

—No se la haré, madre mia, os lo repito, por mas agraviado que me considere.

—Castilla es un reino que envidian los reyes mas poderosos, es un pueblo tan leal como valeroso y guerrero; te aman los castellanos, y late en tu pecho un corazon valiente... Deja á tus hermanos en pacífica posesion de sus Estados, y ensancha los tuyos conquistando con tu espada y la de los buenos caballeros que te rodean, reinos infieles, con cuya posesion sea Castilla tan grande y tan temible que voluntariamente vengan á ofrecerte vasallage los reyes mas poderosos.

—Si, si, eso haré, madre mia, así satisfaré esta ambicion que á mi pesar me inquieta continuamente.

—Hijo, tú no sabes cuánto lastima esa ambicion el corazon de tu madre.

—Y no sabeis porqué soy ambicioso? No lo sabeis, madre mia? Es porque no puedo vivir en un círculo estrecho sin ahogarme en él; es porque las cosas mezquinas repugnan á mi alma; es porque solamente halaga mi alma lo magnífico y grande. El título de rey es una irrisión cuando el que lo lleva solo domina en una comarca que se puede recorrer en pocos dias.

—Pues bien, hijo mio, si lo mezquino repugna á tu alma, respeta la voluntad de tu padre, ama á tus hermanos, que mezquino fuera el no hacerlo.

—Mi padre me encargó que me dejara guiar siempre por vuestros consejos y los de Rodrigo Diaz, y asi lo haré, madre mia.

—Si, hijo, no apartes de tu lado al de Vivar, da oido á sus consejos, que nadie pudiera dárteles mas leales y sabios que ese buen caballero...

—Oh madre, no sabeis cuánto se acrecienta la amistad que siempre tuve á Rodrigo desde que ciñó mi frente la corona de Castilla, y sobre todo desde que con su ayuda reduje á la obediencia á los moros de Aragon y vencí á D. Ramiro!. Cuán útiles me fueron entonces sus consejos y su espada! Me parece que teniendo á mi lado al Cid no hay empresa que no pueda llevar gloriosamente á cabo; me parece que si el universo entero me declarase la guerra, le venciera con la ayuda del Cid...

D. Sancho fue interrumpido por la presencia de uno de sus servidores que le anunció la llegada al alcázar de una diputacion de la nobleza castellana que solicitaba su audiencia. D. Sancho dió orden para que compareciesen á su presencia aquellos nobles.

En efecto un instante despues estaban en presencia del rey el conde de Cabra y algunos mas de los que vimos reunidos en el castillo de Carrion.

—Señor, dijo D. Garcia con muestras de profundo respeto, muchos nobles, vasallos vuestros, nos envian á vos para que os felicitemos por los gloriosos triunfos que últimamente habeis alcanzado en Aragon.

—Triunfos, contestó el rey, que esa misma nobleza castellana me ha ayudado á alcanzar yendo conmigo á la guerra y peleando esforzadamente...

El conde de Cabra y los que le acompañaban comprendieron la reconvenccion que D. Sancho les dirigia, y estuvieron á punto de manifestar su despecho; pero se contuvieron, y D. Garcia continuó como si no hubiese comprendido la ironía que encerraban las palabras del rey:

—Señor, los nobles que nos envian á saluarnos no pertenecen al número de los que os acompañaron á Aragon....

—Pues quiénes son, D. Garcia?

El conde de Cabra fue nombrando á sus amigos.

—No habeis dicho que veniais en nombre de la nobleza castellana?

—Ciertamente, señor, porque son lo mas escojido de ella los nobles que he nombrado.

—Y los varones mas nobles de Castilla están quietos en su casa en tanto que su rey lidia con los enemigos de Dios y de la patria?

—Señor, los ricos-hombres que os saludan han dado hartas pruebas de valor y de lealtad á su rey; si no os acompañaron á la guerra de Aragon fue porque los años, las dolencias ó cuidados imprescindibles de su casa no se lo permitieron. Además, señor, creen que cuando su rey los tiene alejados y no les pide consejo cuando se ocupa de asunto tan importante como el de ir á hacer la guerra á tierras estrañas, no necesita ya su ayuda...

La indignacion coloreó el rostro de D. Sancho, quien interrumpió al conde de Cabra esclamando:

—Vive Dios que he de castigar la audacia de los vasallos que así se atreven á su señor: Tened entendido, vosotros y los que á mí os envian, que el rey de Castilla no tolera reconvencciones de sus vasallos,...

—Señor, no es nuestro ánimo reconveniros, sino suplicaros que tengais con nosotros las consideraciones que nuestra esclarecida nobleza reclama y que nos dispensaron siempre vuestros antecesores; deseamos que en la corte de Castilla haya mercedes

para todos los nobles, y no para unos pocos ó mas bien para uno solo....

—Qué quereis decir á vuestro rey, traidores?...

—Señor! esclamaron casi todos los nobles indignados, ved lo que decís; ved que estais mancillando la honra de los caballeros mas nobles de Castilla...

—No son nobles, no, los que se atreven á imponer leyes á su señor, los que ante su rey osan hablar tan descomedidos y alteros como vosotros hablais! replicó D. Sancho no menos irritado que sus interlocutores.

—Mancilláramos nuestra honra, continuó el conde de Cabra abandonando enteramente la afectada humildad con que al principio se dirigiera al rey, mancilláramos nuestra honra si no espusiéramos nuestras quejas con la franqueza que cumple á buenos caballeros: nos agraviais, señor, teniéndonos alejados de vuestro alcázar, olvidando lo que valemos y el derecho que nos asiste á participar de las honras y las mercedes reales por mantener en vuestra privanza al de Vivar y sus amigos....

—Callad, callad, y no ose vuestro labio profanar el nombre del Cid Campeador ni el de sus amigos y míos!... Comprendo ya vuestro deseo, quisiérais que arrojára de mi lado al caballero mas honrado de Castilla, á la columna mas fuerte de mi trono, al mejor servidor de mi padre, al terror de los enemigos de la fé cristiana...? Id de mi presencia, que la ira arde en mi corazon al ver ante mí hombres de alma tan mezquina como la vuestra...

—Señor, ved lo que somos y lo que valemos!...

—Justicia de Dios!... exclamó D. Sancho sin poder ya dominar su ira. He de tolerar que traidores vasallos me amenacen en mi casa!... No, vive Dios, no! verdugos hay en mi córte que hagan rodar hoy mismo vuestra cabeza... Y dirijiéndose hácia la puerta del salon gritó con voz fuerte:

—Ah de mi guarda! ah de mi guarda!

Inmediatamente aparecieron hasta una docena de archeros á quienes dijo el rey:

—Prended á estos condes traidores y encerradlos en una prision de donde salgan para el cadalso.

Los archeros iban á obedecer al rey; pero aquellos hombres que tan audaces se habian mostrado un momento antes, doblaron la rodilla ante el irritado monarca esclamando aterrORIZADOS:

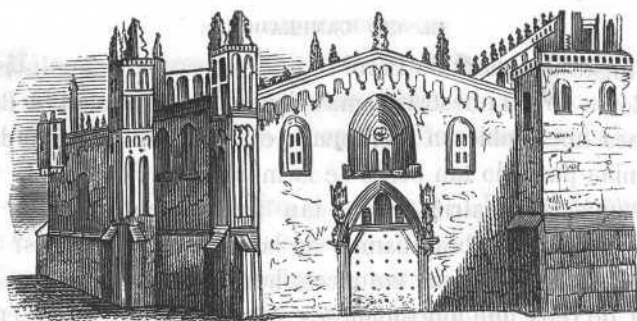
—Perdon, señor, perdon!...

D. Sancho hizo una seña á los archeros para que se retiráran, y echando á los condes una mirada en que se retrató á la vez el desprecio y la indignacion de que su alma se hallaba poseida, les dijo:

—Alzad, mezquinos y cobardes, que á varones tan nobles como vosotros no está bien herir con la inmaculada frente el pavimento. Apartaos de mi vista, que lastima mi alma tanta bajeza. Salid de mi córte al punto y no torneis mas á ella, que si mis ojos vuelven á veros, han de ser los del basilisco que matan cuando miran!

Y los condes se apresuraron á abandonar el alcázar y aun la ciudad, con la presteza que el rey les ordenára.





CAPITULO XXXIX.

De como iba en Búrgos al villano de Barbadillo, con lo demas que sabrá el que leyere.



CONVIENENOS echar una rápida ojeada á la casa de los señores de Vivar, porque ninguno de sus moradores es acreedor á nuestro olvido; mas no penetremos en los aposentos principales, porque en el zaguan tropezamos con quien entretenernos un rato. Allí estan Fernan y Alvar departiendo amistosamente; y cierto que debemos prestar atencion á su plática, aunque sea descortesia, porque no es enteramente estraña á la historia cuyo hilo vamos siguiendo.

—Há mucho que no has ido por Vivar? dice Alvar.

—Por allá estuve dos veces despues que tornamos de Aragon.

—Y fuiste por casa de Pero?

—¿Cómo no, si nuestras amas tienen tanta afición á Beatriz que nunca me hubieran perdonado el no traer noticias de ella y su familia pasando tan cerca de la morada de Pero?

—Y qué tal Beatriz? Sigue tan gentil y tan hermosa como cuando tú y yo nos abrasábamos en la lumbre de sus ojos?

—Lo está aun mas que entonces, hermano.

—Ira de Dios qué afortunado es ese Martin Vengador en servir á tan garrida doncella!

—Y mas afortunado es aun en que nuestro amo le tenga tanta afición...

—Cierto que á D. Rodrigo place mucho ese mancebo. Ya viste qué buena parte de botín le dió en la guerra de Aragon....

—Y aun no pára ahí su liberalidad para con el tal Martin,

—Qué, ¿le ha hecho nuevas mercedes?

—Háselas prometido para cuando case con Beatriz.

—Y qué mercedes son esas, Fernan?

—D. Rodrigo y Doña Jimena serán padrinos en la boda de Martin y Beatriz, quienes recibirán en donas para sí y sus sucesores, casa y excelentes tierras en el señorío de Vivar.

—Sabes lo que debieras tú hacer?

—Qué, Alvar?

—Casar con Mayorica cuanto antes, á ver si nuestros amos y señores te dan tan buenas donas como á ese mancebo.

—Si me darán, Alvar, que son agradecidos con quien bien los sirve.

—Pues siendo así, ¿por qué no te casas?

—Eso haré muy pronto, Alvar, que ayer se lo prometí á Mayorica que rabia por tener marido, porque diz que si ahora que aun es moza y de buen talante no me puede arrastrar á la iglesia, menos podrá cuando no lo sea. ¡Oh y cómo apura mi paciencia con este pleito la muy tal!

—Y cumplirás tu promesa?

—Héla hecho y la cumpliré aunque nunca debiera estar mas rehacio que ahora....

—Mátenme moros si te entiendo, Fernan. ¿Por qué has de estar rehacio en casarte, teniendo como tienes buenos haberes, novia gentil y enamorada y esperanzas de grandes regalos? Qué, no te place ya Mayorica?

—Pláceme como siempre, Alvar, mas... Escucha, que voy á fiar á tu discrecion un gran secreto.

Fernan miró á todas partes á ver si habia alguien que pudiese escucharle y no viendo á nadie, continuó:

—Sabrás, hermano, que há dias me quemo en los ojos de una serrana capaz de encender un corazon de piedra...

—Qué, ¿por ventura ha venido á Búrgos aquella de Albarracin de quien tanto te enamoraste cuando posamos allá en la última campaña?

—No, hermano, no es aquella. Pluguiera á Dios que la serrana de Albarracin estuviera por acá, que harto me acuerdo de ella noche y dia! La que me enamora en Búrgos es de Barbadillo, y por el alma de Belcebú te juro que venida del cielo parece segun es de gentil!

—De Barbadillo es tambien una serrana por quien yo suspiro...

—De Barbadillo? Voto á Judas Iscariote que fuera bueno..... ¿Dónde la viste, di?...

—En el herradero de maese Iñigo...

—Por el alma de Belcebú que he de molerte á palos si has osado poner tus ojos donde yo los mios, que en el herradero de maese Iñigo ví yo tambien á la serrana que digo... ¿Qué señas tiene la tuya, Alvar?

—Morena...

—Asi es la mia.

—Oji-negra.

—La mia tambien....

—Abultado el seno...

—Cierto.

—Cuerpo rollizo...

—Cabal.

—Pesada la mano...

—La de la mia tambien.

—Que me molió la faz de una bofetada cuando fui á requerirla de amores...

—Tambien á mí la mia.... Traidor! Con que has osado...

—Pero, hermano, si yo no sabia....

—Ahora sabrás, si lo habias olvidado, á qué saben mis manos...

Y Fernan asió del cuello al paje con la fuerza de unas tenazas.

A los lamentos del paje salió Mayor á lo alto de la escalera, y como conociera que Fernan no habia reparado en ella ocupado en desfogar su ira en el cuello de Alvar, se detuvo á fin de averiguar el origen de aquella cuestion, que sin duda sospechaba.

—Traidor! esclamaba Fernan. Con que no he de querer yo hembra sin que tú tambien la quieras? Has de morir á mis manos.....

Y el escudero no solo lastimaba al paje con sus manos, sino tambien con rodillas y pies...

—Suelta, Fernan, que yo te juro echar noramala á la villa-na de Barbadillo, y á todas las hembras nacidas y por nacer....

—Ese juramento te salva, dijo Fernan soltándole; mas te aseguro, Alvar, que he de acabar contigo si tornas á requerir de amores á la gentil serrana por quien suspiro....

—Ah traidor! ah falso! Esa es la fé que ayer me jurabas?... Esclamó Mayor no pudiendo ya contener su ira y bajando de dos saltos la escalera con las manos crispadas y el gesto amenazador...

Fernan retrocedió algunos pasos aterrorizado, como si quisiera huir de aquella furia por cuyas manos se sentia á su vez oprimido con tanta fuerza como Alvar se habia sentido por las suyas.

—Traidor! de mí te olvidas en cuanto vuelves la espalda? Yo haré que guardes recuerdo de mí mientras vivas! Y Mayor con sus uñas hacia brotar la sangre del cuello y la faz de su infiel amante, que á pesar de sus poderosas fuerzas de que hacia uso cuanto le era dado, no podia librarse de ella...

—Aparta hi de tal, aparta ó he de molerte á coces y á puñadas! gritaba el malhadado escudero, cuyos esfuerzos dieron al fin el resultado apetecido, pues Mayor soltó, y de un empuellon que la dió Fernan, fué á parar al pie de la escalera recibiendo en la cabeza un golpe que la privó de sentido.

Fernan alzó el pie para dar una coz, como él decia, á Mayor; pero viendo á esta inmóvil, la examinó y echó de ver que derramaba sangre de la cabeza y estaba desmayada... Su enojo se trocó en dolor, en la desesperacion mas violenta...

—Mayorica! Mayorica, amor mio, vuelve en tí, perdóname! decia el afligido escudero pugnando por levantar á la moza; pero viendo que esta no volvía en sí, empezó á mesarse los cabellos y á darse puñadas en la cabeza y rostro exclamando como si hubiese perdido el juicio:

—La he asesinado! la he asesinado!... soy un bárbaro, soy un vil, soy un traidor asesino!... Mátame, Alvar, mátame, y mata luego á esa villana que tiene la culpa de esta gran desgracia.

Alvar, lejos de matar á nadie, procuraba conservar la vida á Mayor, á quien rociaba la cara con agua que por fortuna habia á mano, y vendaba la cara con su mocador.

Al fin, la desmayada cobró el sentido y se levantó prurumpiendo, no en reconvenciones á su amante, sino en llanto capaz de mover á compasion á la misma piedra contra la cual se habia herido. Fernan redobló sus caricias y sus juramentos de enmienda, con lo que logró consolarla un poco, aunque harto sabia Mayor cuán pronto olvidaba sus juramentos el escudero.

Un instante despues el zaguan estaba desierto, porque Fernan y Alvar habian desaparecido por la escalera sosteniendo á Mayor; pero en cambio multitud de personas, que desde que comenzó la querella se habian ido agolpando á la puerta principal, seguian cerca de esta esplicando y comentando á su modo lo que en el zaguan habia sucedido.

—Fue que la moza resvaló en la escalera y la bajó rodando, decia uno.

—No, replicaba otro, sino que se dejaba querer á la vez de Fernan y de Alvar, y asi que ellos lo han descubierto, se han sacudido el polvo uno á otro y luego han ajustado cuentas á la moza....

—No es la doncella del golpe la que tiene culpa de la querella: es una serrana de Barbadillo.

—Sea quien sea, juro á brios que las hembras son la perdicion de los hombres... Reniego de mi casta si de hoy mas fio de la mas honrada.

—Eso debemos hacer todos los varones, señor soldado.

—Si, que son mas falsas que el mismo Judas...

—Los falsos son los hombres, que nos enamoran á pares y aun asi quieren mas.

—Eh, buena vieja, no os metais en cuenta, que vos estais ya fuera de lid...

—Santa Gadea bendita! No hay quien defienda á una honrada dueña de los insultos de ese soldado bellaco?

—Este soldado jura que todas las hembras son unas tales.

—Insolente, desvergonzado! grita un inmenso coro de mugeres, que se lanzan furiosas sobre el que les ha dirigido aquel insulto, y le arañan y le aporrean sin darle lugar á la defensa.

Los hombres acuden en auxilio del soldado que al fin se vé libre de aquellas furias del infierno y se aleja molido del tumulto y lleno de rasguños el rostro.

Al mismo tiempo llega á mezclarse entre la multitud un villano que con vivísima curiosidad pregunta á todos la causa de aquella reunion, y suelta un voto al ver que nada puede sacar en limpio, porque lo que uno le dice está en completa contradiccion con lo que le dice otro. Su mayor deseo parece ser el llegar á la puerta á donde se agolpa aun la multitud esperando ver aparecer de nuevo en el zaguan á los héroes de aquella funcion, y procura abrirse paso con manos y cabeza, acompañado de maldiciones y denuestos.

—Juro á ños, murmura, que aunque sepa reventar, he de saber lo que pasa, porque gran cosa ha de ser cuando tanta

gente cura de verlo y no he venido á la ciudad para vivir tan á oscuras como en Barbadillo.....

Las maldiciones y los apóstrofes aumentan conforme aumentan los esfuerzos del villano por pasar adelante.

—No empuje el soez villano, gritan unos.

—Ira de Dios, esclaman otros, que me aplasta el palurdo!

—No se meta el asno entre los racionales.

—Por todos los santos del cielo, que este hombre es el mas bruto que come pan!

—Atrás el muy cerdo!

—Téngase el salvaje!

—Juro á ños que ya me van atufando los denuestos de las muy tales...

—El muy tal será él!...

—Las muy tales son las hembras, y por san Pedro de Cardena que si comienzo á repartir puñadas.....

—Puñadas á nosotras!! gritan todas las mugeres, y se lanzan sobre Bartolo, pues no es otro el que tantos esfuerzos hace por atravesar aquella termópila, y luchan con él con la misma furia con que poco antes las vimos luchar con el soldado que las insultó. El palurdo, que tiene la fuerza de un gigante, se defiende derribando una muger de cada puñetazo, y está ya próximo á triunfar de sus sañudas enemigas; pero estas reclaman el auxilio de los hombres, á quienes acusan de cobardes y recuerdan que los varones están obligados á salir á la defensa de las hembras. Pocos son los hombres que alli hay, porque la curiosidad en todos tiempos fue patrimonio casi exclusivo de las mugeres; pero aquellos pocos se ponen al lado del sexo débil, arremeten á palos y á moji-cones con el de Barbadillo, y este se rinde, al fin molido, arañado, derramando sangre que da compasion el verle.

El niño que ha sido aporreado por los de una calle que no es la suya, suele desfogar su enojo diciendo á los que le han maltratado:

—Como yo os pillára en mi calle!...

Y asi ni mas ni menos hizo el asendereado Bartolo, pues viéndose vencido é imposibilitado de tomar venganza, exclamó cruzándose

de brazos, meneando la cabeza y queriendo anonadar con la vista á aquella muchedumbre :

—Juro á ños que si yo os pillára en los robledales de Barbadillo...

—Es de Barbadillo el palurdo ! dijo uno de los que habian acudido al comenzar la querella de Fernan y Alvar y por consiguiente habia tenido ocasion de enterarse de la causa de aquella. Maldito sea Barbadillo, que de alli es la muy tal por quien se ha movido todo este tumulto.

Estas palabras escitaron la curiosidad del labriego, que como hemos visto, no necesitaba grandes escitaciones.

—Calla! dijo para sí Bartolo, algo voy á descubrir aqui con que dé enojos á los de Barbadillo y me desquite de sus murmuraciones sobre si voy y vengo á la ciudad, y si soy curioso en demasia, y si por meterme en lo que no me atañe no curo de mi muger y mis haberes.

Y acercándose muy mesuradamente al que así maldecia á Barbadillo, que era el soldado á quien zurraron poco antes las hembras, le dijo:

—Hermano, de Barbadillo soy; pero de morería quisiera ser mas que de esa salvaje aldea que sin duda maldijo Dios en castigo de haber comenzado en ella el pleito de los infantes de Lara... Con que de Barbadillo es la que ha movido esta Babel? De juro, no podia ser de otra parte.

Este asentimiento de ideas captó á Bartolo la simpatía del soldado.

—Qué, no lo sabiais? dijo este último.

—Holgárame que me contárais lo que ha pasado, que sí hareis, porque os tengo por mas cortés que toda esta descomedida muchedumbre, contestó el villano.

—Pues sabed, dijo el soldado, que dos servidores de Mio Cid están enamorados de una serrana de Barbadillo y se han aporreado á maravilla sobre quien ha de llevarse la muy tal.

—Juro á ños, que debe ser buena alhaja la moza cuando á los dos hace cara... Hermano, las hembras de Barbadillo para eso son como pintadas : alli está la hija de la tia Veleta que se deja enamorar de cuatro....

—Según eso, vos, hermano, no habreis escogido muger de allá...

—De allá es la que tengo; mas, si á pollina ninguna le echa la pata, á honrada tampoco.... Héme venido con ella á vivir á Búrgos, porque es mucho gozo esto de saber lo que por esos mundos pasa, como acontece en la ciudad, y voy todos los dias al herradero de maese Iñigo á saber las nuevas que corren. Como mi muger va conmigo, aunque hartó me cuesta hacerla ir, porque quiero que allí se vaya desasnando un poco, aconteció el otro dia que un bellaco de escudero fue á requerirla de amores mientras yo departia con maese Iñigo, y cuenta ella, porque yo nada ví, que rompió los dientes al galan de una puñada.... Con que ya veis si es honrada mi muger....

—Ira de Dios en su honradez!...

—Qué quereis decir, hermano?

—Que vuestra muger es la muy tal que se disputan esos mancebos....

—San Pedro de Cardeña, valme!

—Y cierto que si la primera vez los recibió á puñadas, despues debe haberse mostrado mas blanda, porque sino ellos no se zurráran como se han zurrado por mor de ella.

—Juro á ños que voy á matar á la muy falsa!... esclamó el villano desesperado, arrancándose los cabellos de rabia.

Como algunos hubiesen oido su conversacion con el soldado, muy pronto supieron todos la causa de su desesperacion y vino á aumentar esta un espantoso concierto de silvidos, de groseras burlas y de denuestos.

El desventurado Bartolo se cuadró desafiando á la muchedumbre; pero sus palabras se perdieron entre los silvidos y la vocería, y entonces no tuvo otro remedio que abrirse paso por medio de aquella y huir loco, desatentado, frenético.

La multitud no abandonaba su puesto, porque deseaba saber cuál habia sido el resultado de la querella de los criados del de Vivar, porque queria saber si era cierto, como ya empezaba á susurrarse, que la doncella de doña Teresa habia muerto del golpe que el escudero la diera.

Pero se oyó el galope de un caballo hacía la bajada del alcázar, y apareció al momento un criado del rey que se dirigia á casa del Cid con suma precipitacion, el cual viendo que la multitud se mostraba rehacia á abrirle paso, rompió por medio de ella atropellándola con su cabalgadura.

Un instante despues salió el Campeador para el alcázar acompañándole Guillen, Fernan y Alvar, y la muchedumbre se apresuró á retirarse movida de un sentimiento de respeto, y sobre todo, desesperanzada de satisfacer su curiosidad de ver al escudero y al paje venir nuevamente á las manos.

D. Sancho que, tan luego como se apartaron de su presencia el conde de Cabra y los demas conjuradores, habia mandado llamar á Rodrigo, esperaba á este con impaciencia, pues aunque conocia que debia castigar á aquellos audaces, no queria hacerlo hasta consultar al Cid acerca de la conveniencia de tan trascendental medida. Tambien queria el rey oir el consejo de su madre, y hé aqui porque estaba á su lado Doña Sancha en el momento de llegar Rodrigo.

—Buen Cid, dijo D. Sancho al ver á este, hace un instante han salido de mi alcázar el conde de Cabra y otros nobles. ¿Pensais que han venido á ofrecirme sus espadas para lidiar con la morisma?

—Señor, contestó Rodrigo, eso cumple á nobles como D. Garcia; mas ni él ni los de su bando lo hicieron cuando partisteis á la guerra de Aragon y dudo que lo hayan hecho ahora...

—No os equivocais, no: esos mal llamados nobles, lejos de venir á ofrecer á su rey la ayuda de su brazo, han venido á insultarle, á amenazarle, á imponerle leyes...

—Ira de Dios, qué traidores! exclamó Rodrigo no pudiendo contener su indignacion; y arrepentido de haber faltado á la moderacion y el comedimento que la presencia de su rey y la de la viuda de Fernando el Grande pedian, dobló la rodilla reverentemente y añadió:

—Perdon, señor, perdon si he faltado al respeto que debo á mis reyes y señores dejándome arrebatado de mi enojo.

—Alzad, Rodrigo, dijo D. Sancho alargando su mano al Cid,

alzado, que ese mismo enojo prueba que sois buen vasallo y buen caballero...

Y alentado el de Vivar por la benevolencia del rey, continuó dando riendas á su hidalga indignacion:

—Decidme, señor, de qué modo os han ofendido esos nobles aunque me basta saber que os han ofendido, que yo tengo una espada para lidiar con ellos hasta vengaros ó morir.... ¿No basta al de Cabra y al de Carrion y sus amigos traer siempre revuelta á Castilla con sus cobardes tramas y no desnudar jamás su espada contra los enemigos de la patria, que vienen á ofenderos á cara descubierta en vuestro alcázar?

—No, Rodrigo, no les basta mi indulgencia, no les basta que su rey les perdone su olvido de cuanto á caballeros cumple: quieren que su rey les colme de favores, quieren ocupar los mejores puestos en mi alcázar; quieren que Castilla se rija por las leyes que dicte su capricho ó su ambicion; quieren que arroje de mi lado á todos los que me sirven y me aconsejan lealmente, y sobre todo, á vos, buen Cid, á vos, que sois el principal objeto de su odio.

—No me sorprende al oir que esos condes me odian, señor, pues ha tiempo lo sabia. En tanto que sus cobardes tiros se han dirigido á mí solo, los he despreciado, no he querido acudir á mi rey para defenderme, para castigar á mis enemigos; pero hoy que para hacerme guerra quieren hacéroslo á vos tambien, debo revelaros la alevosía de esos traidores y aconsejaros su castigo.

Asi diciendo, Rodrigo Diaz echó mano á su escarcela y sacó de ella unos pergaminos, que dió al rey, añadiendo:

—Ved, señor, las proposiciones que el conde de Cabra y el de Carrion hicieron á Abengalvon y los otros reyes moros mis amigos cuando fuimos contra los aliados del emperador de Alemania.

El rey leyó en alta voz aquellas cartas que se reducian á proponer á los reyes moros que armasen traicion al Cid en la primera ocasion que tuviesen y le matasen. Para persuadirlos á ello, D. Suero y D. Garcia empleaban las calumnias mas groseras, suponiendo que el Cid trataba de desposeer de sus Estados

á Abengalvon y los otros reyes, valido de la amistad y la confianza que estos les dispensaban, y les prometian liberales recompensas.

—Traidores! alevos condes! esclamaron á un mismo tiempo D. Sancho y su madre.

—Abengalvon y los otros moros, continuó Rodrigo, aunque infieles, pusieron en mis manos esas cartas, indignados, no solo de la maldad de esos condes, sino de la injuria que á ellos se hacia suponiéndolos capaces de tan ruin traicion á quien tenian por el mejor de sus amigos, al que habiéndolos cautivado á buena ley, les dió la libertad sin ningun linage de condiciones. Y no era esa, señor, la primera vez que el de Carrion y el de Cabra habian procurado librarse de mí. Poco antes de la campaña de allende el Pirineo, cuando me ençaminaba á las córtes de Leon, fuimos llevados arteramente Martin Antolinez, Guillen el de la Enseña y yo, á una celada donde nos esperaban diez asesinos pagados por el conde de Carrion y el de Cabra. Lidiamos y la fortuna nos protejió, aunque éramos inferiores en número y estábamos desapercibidos al combate, y entre los mismos asesinos hubo alguno que al espirar nos confesase quienes eran los que habian puesto en su mano el acero homicida....

—Con su sangre, exclamó D. Sancho indignado, deben espigar sus maldades esos traidores; rueden sus cabezas en el cadalso, que ni aun así será su castigo tan grande como el que merecen.

—Señor, dijo Rodrigo, castigadlos, mas no derrameis su sangre, que harta se derrama en la guerra.. Echadlos para siempre de Castilla y amenazadlos con mayor castigo si osan quebrantar su destierro....

—Si, hijo, añadió Doña Sancha, sigue el consejo de Rodrigo, imita el generoso ejemplo del buen caballero que intercede por sus traidores enemigos.

—Si la permanencia de esos condes en Castilla solo á mí perjudicára, dijo Rodrigo, ni aun os aconsejára su destierro; pero han osado amenazaros, y provocarán bandos y urdirán conspiraciones que conviene evitar... Arrojad del reino esa mala semilla

antes que fructifique; pero os juro, señor, que á costa de mi sangre quisiera evitar la efusion de la de esos mis enemigos...

—Pues bien, Rodrigo, dijo D. Sancho, el conde de Cabra y sus parciales saldrán de mi reino antes de cuatro dias, y si no lo hacen, entonces sí que no tendré compasion de ellos; entonces sí que sus traidoras cabezas rodarán por el suelo... Quiero ser bueno para con los buenos é inexorable para con los malos; la nobleza castellana tendrá en mí un amigo mas bien que un señor, si es acreedora á mi amistad; pero no quiero ser juguete suyo, no quiero llevar el nombre de rey y que los nobles gobiernen el reino.

—Así, dijo el Cid, Castilla será fuerte y dichosa, como en tiempo de vuestro padre, y como vuestro padre merecereis el nombre de Grande. A la nobleza mas preclara de Castilla pertenezco; mas no por eso dejo de conocer, que el deber de los nobles es ayudar á su rey, no esclavizarle y entorpecer sus manos que deben regir libremente las riendas del Estado.

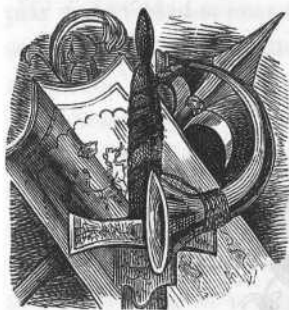
Aquel mismo dia espidió D. Sancho una orden para que en el término de cuatro saliesen desterrados para siempre de Castilla el conde de Cabra, el de Carrion, y hasta una docena de nobles mas, como rebeldes á su autoridad, alevosos y perturbadores de la tranquilidad del reino.





CAPITULO XXXX.

De como tomó el Cid venganza del conde de Cabra.



ON Sancho II se habia propuesto hacerse superior á las exigencias de los nobles; mas no por eso esquivaba el trato de estos ni dejaba de consultarlos en los asuntos menos difíciles de resolver, porque una cosa era oír el parecer respetuoso é hijo de la lealtad y la sabiduría, y otra el oír consejos interesados, dados á son de ley por hombres que, como el conde de Cabra, el de Carrion y otros, merecian el desprecio de todo hombre honrado, por mas que descendiesen de los linages mas nobles del reino. Hé aquí porqué su palacio era frecuentado por la nobleza, y porqué Don Sancho gustaba verse rodeado de los nobles castellanos.

Había reunido á muchos de estos en su alcázar de Búrgos el día siguiente al en que firmaba la orden de destierro de los del bando del conde de Cabra, y les había dado cuenta de aquella determinacion que todos habían aprobado asintiendo con Rodrigo Díaz en que el rey debía gobernar sin trabas de nobles ni de plebeyos.

Poco despues de retirarse los nobles de la presencia del rey se hallaba este departiendo amistosamente con el Cid, á quien había mandado quedar algunos instantes mas á su lado, porque la compañía del de Vivar le era siempre muy grata, y hé aqui que le anunciaron la llegada del conde de Cabra que solicitaba una audiencia de cortos momentos.

—Decidle, contestó D. Sancho indignado, que salga inmediatamente del alcázar sino quiere recibir hoy mismo el castigo que su audacia merece.

El Cid se apresuró á amansar el enojo del rey intercediendo en favor del conde.

—Señor, dijo á D. Sancho, tal vez el de Cabra antes de despatriarse querrá haceros alguna revelacion que importe á la tranquilidad del reino. En buenahora seais inexorable con él; mas ¿qué podeis perder en escucharle? El conde de Cabra es tan cobarde que nunca vaciló en denunciar á su mejor amigo con tal de servir á sus propios intereses.

D. Sancho amansó un poco su ira con estas palabras y dió orden para que el conde compareciese á su presencia.

D. Garcia se presentó un momento despues, y doblando la rodilla ante el rey, exclamó con tono respetuoso:

—Señor, como buen vasallo que soy, estoy dispuesto á cumplir la orden de destierro que mi rey y señor ha tenido á bien dirigirme; mas, antes de alejarme para siempre de Castilla, me he atrevido á molestar la atencion soberana, esponiéndoo el apretado conflicto en que me veo.

D. Sancho no pudo contener su indignacion en vista de la cobardía y la bajeza de aquel hombre que no tenia bastante valor ni dignidad para sufrir con frente serena la sentencia que sobre él pesaba como lo hubiera hecho el caballero menos honrado.

—Apartaos de mi presencia, dijo á D. Garcia, y salid de Cas-

tilla en el término que os tengo mandado, que harto indulgente soy cuando dejo la cabeza en los hombros al que no solo se atrevió á amenazarme, sino tambien paga viles asesinos que hieran al mejor caballero del mundo.

D. Garcia quiso protestar contra esta acusacion, pero una mirada del Cid bastó para sellar sus labios.

—Señor, se atrevió á decir el conde, menos sensible me fuera morir de un solo golpe en Castilla, que no morir lentamente en tierra estraña. Mi estado de Cabra yace en poder de moros, y desde que le perdí vivo con mil estrecheces en Castilla á pesar de que en ella tengo amigos y algunos haberes. ¿Cómo podré vivir en tierra estraña donde no podré contar con haberes ni con amigos? Señor, si de mí no os compadeceis, compadeceos al menos de mi muger y mis hijos que nunca os han ofendido; alzadme el destierro á que me habeis condenado, ó si creéis preciso mi estrañamiento de vuestro reino, concededme algunos recursos con que pueda atender á las primeras necesidades de mi familia.

—No heredásteis de vuestro padre una espada que habeis dejado enmohecer en la vaina? replicó D. Sancho. Limpiadla con sangre agarena, recobrad con ella vuestro condado, y entonces no tendreis que mendigar el sustento á vuestro rey ni á vuestros amigos.

—Mi brazo está harto debilitado por la edad....

—Por la edad y la inaccion, que no por el trabajo en las lides, interrumpió el rey á D. Garcia.

Viendo éste que D. Sancho no se hallaba dispuesto á concederle la merced que demandaba, le pidió otra:

—Señor, le dijo, dejadme al menos permanecer en Castilla el tiempo que he menester para adquirir recursos con que pueda hacer la jornada y vivir en mi destierro, hasta que con la espada pueda asegurar la subsistencia sucesiva de mi familia y la mia.

Rodrigo Diaz consideró que no eran infundados los temores que el conde parecia abrigar acerca de las privaciones á que su familia se iba á ver espuesta, y olvidando los justos resentimientos que del conde tenia, trató de interceder por aquel hombre

que imbecaba los nombres de muger é hijos que tan caros eran para el Cid.

—Señor, dijo al rey, viendo que este negaba tambien al de Cabra aquella última gracia, yo soy quien os suplica que prorogueis un mes el plazo que al conde de Cabra señalásteis para que saliese de Castilla, y os fio que vuestra voluntad será cumplida.

La vergüenza y el desden se hubieran retratado en la faz del conde á ser este un buen caballero; pero D. Garcia no conocia ese orgullo noble, esa dignidad que al hombre honrado no deja aceptar los favores de su enemigo. El conde se hubiera arrodillado á los pies del de Vivar sino hubiera estado alli el rey.

—Pues bien, le dijo este, yo os otorgo la gracia que me pedis, pero ay de vos si antes de finar un mes no salis de mi reino!

—Vuestra voluntad será cumplida, asintió D. Garcia con humildad; gracias, señor...

—Dádselas al Cid, le interrumpió D. Sancho con desden, que por complacer al de Vivar y no á vos consiento en ampliar el plazo que ayer os señalé para vuestro alejamiento de Castilla..

Rodrigo Diaz manifestó al rey cuánto agradecia el que hubiese accedido á su súplica, y D. Sancho le colmó de elogios y se esforzó en darle señaladas pruebas de amistad en presencia del conde de Cabra para humillar á este y hacerle ver cuán distante se hallaba de negar su favor al Cid como deseaban los nobles condenados al destierro.

Aquel mismo dia dijo Rodrigo Diaz al rey:

—Una nueva merced tengo que pedir, señor:

Ya sabeis, buen Cid, cuánto me huelgo en complaceros, fe contestó D. Sancho:

—Felizmente, continuó Rodrigo, reina la paz en Castilla y no es de temer que se altere porque os aman unos, que son los mas, y los restantes os temen. La espada del caballero que dispone de algunos centenares de lanzas, no debe descansar en la vaina habiendo cerca de su patria infieles á quienes combatir, tier-

ras á donde llevar la fé cristiana proscripta de ellas. Sabeis, señor, que cuento con amigos esforzados que me acompañen á la guerra y que tengo una buena mesnada que mantengo á sueldo; pues bien, quisiera que me diérais vuestro permiso para ir á Andalucía, donde los míos y yo tengamos ocasion de salir de la ociosidad en que nuestro brazo se halla en Castilla.

—Harto siento que os apartéis de mí, siquiera sea por corto tiempo, respondió D. Sancho; mas son tan honrados vuestros intentos, que si me opusiera á ellos creyera faltar á lo que cumple al rey y al caballero cristiano. Id, buen Campeador, á tierra de infieles y lidiad como siempre habeis lidiado, que no solo ha de redundar en vuestra pro sino tambien en la de toda la cristianidad y particularmente en la de Castilla. ¡Oh con cuánta razon decia mi padre, á quien Dios tenga en gloria, que con cien caballeros como vos fuera dado echar los moros de toda España!

—Señor, no soy mas que un caballero que acostumbrado á las lides, no las escusa con tal que de ellas espere alguna honra para sí y algun bien para su patria y la fé de sus mayores.

—Envidio vuestra suerte, Rodrigo, exclamó D. Sancho sintiéndose inflamado de guerrero entusiasmo; pláceme el trono, porque el que se asienta en él se eleva sobre la multitud, porque está siempre rodeado de esplendor y de grandeza, porque mi corazon no encuentra satisfacciones en las cosas mezquinas, porque mi alma quisiera señorearse en un espacio tan grande como el mundo; pero quisiera tambien poder volar como vos á tierras enemigas, libre de los cuidados del reino, dormir en los campamentos siempre vestida la malla y ceñida la espada, respirar el aire de las campiñas, sentir el relincho de los corceles y el sonido de los clarines y atambores, ver ondear delante de mí las banderas enemigas, cerrar con los infieles todos los dias al rayar el sol, lidiar sin tregua muchas horas y entregarme al descanso sobre los estandartes mahometanos, arrullado por los cánticos de la victoria, entre las ovaciones del pueblo que admira y aclama y arroja coronas de laurel al vencedor... Ved aquí, Rodrigo, la libertad y la gloria que anhela mi alma; ved aquí porque envidio vues-

tra suerte, pues á vos os es dado alcanzar esa gloria y esa libertad.

—Señor, vos tambien las habeis alcanzado, contestó Rodrigo participando del entusiasmo marcial del rey; jóven sois y harto tiempo tendreis de entregaros á la vida del soldado. Cuánta dicha, cuánta gloria, cuánta prosperidad debe esperar Castilla en el reinado del sucesor de D. Fernando el Grande!

—Rodrigo! exclamó D. Sancho con alegría y emoción, no solo servís á vuestro rey con la espada, sino tambien con la palabra. Vuestras palabras llenan mi corazon de nobles ambiciones y de dulcísimas esperanzas, que no pueden menos de dar excelente fruto.

Aquel mismo dia comenzó el Cid á aprestarse para marchar á lidiar con los infieles; apellidó al efecto á sus amigos y á cuantos quisieran seguirle, y muy pronto tuvo á sus órdenes una hueste digna de tan animoso caudillo, tanto por su número como por lo lucido de la gente de que se componia. En ella iban Martin Antolinez, Alvar Fañez, Minaya, Guillen el de la Enseña, Diego Ordóñez de Lara, los sobrinos del Cid y otros caballeros que seria asaz prolijo enumerar; es inútil decir que componian parte de la hueste los soldados que perternercieron á la banda del Vengador y sus antiguos capitanes Martin y Rui-Venablos.

En otras ocasiones se vestia Búrgos de luto cuando sus caballeros partian á la guerra; pero el dia á que nos referimos se regocijaban los habitantes de la ciudad, porque sabian que yendo aquella hueste acaudillada por el Cid Campeador, habia de tornar victoriosa. Hasta Jimena, cuyo corazon solia quedar traspasado de dolor cuando Rodrigo se alejaba del hogar doméstico, parecia participar del contento y las esperanzas generales; fiaba que su esposo habia de tornar de Andalucía coronado de nuevos laureles. Cómo brillaban el amor y el orgullo generoso y noble en sus bellos ojos cuando al despedirse de Rodrigo acercó al rostro de este el rostro sonrosado y angélico de un tierno infante que acariciaba en sus brazos! A pesar de aquella comun alegría, de aquellas comunes esperanzas, habia en casa de los señores de Vivar una muger que lloraba al despedirse de uno de los que iban á

partir en la hueste del Campeador: era Mayor, era la malhadada amante de Fernan que lloraba las infidelidades que de este temia una vez apartado de ella. Fernan se habia arrepentido del mal trato que dos dias antes la habia dado: la habia jurado fidelidad eterna en nombre de lo mas sagrado de cielo y tierra, pero ¿cómo fiar en los juramentos del que tantas veces los ha hecho y tantas los ha quebrantado?

El Cid Campeador salió con su hueste de Búrgos. Almenor el rey de Toledo, consintió de buen grado que atravesase sus dominios porque continuaba viviendo en paz con Castilla como en tiempo de D. Fernando, al paso que estaba en guerra con sus correligionarios de Andalucía.

Cuando supieron estos que el Campeador se encaminaba á ellos dieron la voz de alarma, y juntando un numeroso ejército acudieron á Sierra-Morena con objeto de disputar el paso á los castellanos. El Cid conoció las ventajas que podria reportar si triunfaba de los infieles en aquel primer encuentro y se dispuso á embestir al enemigo con mas ímpetu, con mas valor, con mas furia que nunca, aunque su gente era inferior en número.

Cuando los moros esperaban confiadamente que los castellanos se detendrian, sino volvian espaldas, se vieron embestidos con tal furor que les fue preciso retroceder largo trecho. Pero los cristianos eran pocos comparados con ellos, y la vergüenza les infundió valor para no seguir en retroceso, de tal modo que juraron morir todos antes de abandonar de nuevo el campo. Entonces se travó nuevamente la palea con feroz encarnizamiento por ambas partes. La lid duró muchas horas, la sangre infiel mezclada con la cristiana corria á torrentes por todas partes; pero alguna potencia sobrehumana parecia ayudar á los cristianos, pues aunque los moros oponian veinte caballeros á cada uno de los del Cid, se declaró por este la victoria, y se declaró de tal modo, que muy pocos fueron los infieles que se salvaron del acero castellano.

La hueste del Cid recogió el botin, que no dejaba de ser importante, y despues de repartirle, siguió adelante con nuevo brio, con nuevas esperanzas de vencer en cuantas lides entrase.

El Campeador tomó la vía de Cabra. ¿Por qué prefería la conquista de aquella plaza á la de otras fortalezas mas cercanas y mas fáciles de tomar? Será, decían sus caballeros, para poder decir á su enemigo el conde de Cabra:—Mira, yo he sabido conquistar lo que tú no supiste defender; con unos pocos centenares de hombres he tomado la plaza que no pudiste conservar con algunos miles de soldados; ya no eres conde de Cabra, que lo soy yo; deja ese título con que por tanto tiempo te has envanecido, porque ya no te pertenece.»

La hueste del Cid llegó al fin al condado de Cabra, cuyas fronteras estaban llenas de atalayas ó castillejos guarnecidos; aquellas fortalezas cayeron muy pronto en poder de los castellanos, y aunque el alcaide de la villa pedia auxilio á los moros sus vecinos, le pedia en vano, porque acobardados estos con el salto de Sierra-Morena y otros posteriores, solo curaban de reparar sus fortalezas y prepararse á la defensa propia, por si, como era de temer, se veían embestidos por los castellanos.

Fuerte era la villa de Cabra por sus muros y por el número de los que la guarnecían cuando D. Garcia la perdió, pero en ambos conceptos lo era aun mas cuando el Cid iba á reconquistarla; mas esto no obstó para que el de Vivar le pusiera cerco. Establecido este, faltaban á los castellanos máquinas de guerra con que batir aquellos fortísimos muros; pero ¿ante qué obstáculos retroceden los corazones esforzados? Los obstáculos eran incentivos para el Cid. Arietes, cotapultas, escalas, necesitaban los sitiadores, y las tuvieron muy pronto y la plaza se vió reciamente combatida por muchos lados. Sus defensores eran valientes, eran muchos y disponían de poderosos medios de defensa; los muros de Cabra se veían constantemente coronados de soldados que lanzaban continua y espesa nube de mortíferos proyectiles; pero el Cid apercibió á los suyos al asalto. Por cuatro diferentes puntos habia sido vulnerado el muro; por los cuatro determinó el Cid asaltar simultáneamente la plaza, y así se hizo.

Terrible, sangrienta, ferozmente lidiaron castellanos y agarenos sobre los muros de Cabra; pero al fin la hueste del Cid se

lanzó á la villa, y aunque los infieles, después de abandonar los muros, defendieron palmo á palmo las calles y las casas, la santa cruz brilló aquel mismo día sobre los minaretes musulmanes y Rodrigo Diaz de Vivar pudo llamarse conde de Cabra.

Grandes eran las riquezas que los moros habian acumulado en aquella villa, y por consiguiente grande fue la presa de los conquistadores. Rodrigo Diaz hizo las particiones de aquellas riquezas reservando el quinto para el rey, segun era costumbre, y para sí solamente la tierra conquistada aunque no solo le correspondia esta sino tambien la mejor parte del botin, y todos los que habian asistido á la conquista se dieron por liberalmente pagados y prorrumpieron en entusiastas aclamaciones á su noble y generoso y esforzado caudillo.

El Cid reparó la fortificacion de Cabra, y despues de disponer que quedasen guarneciéndola doscientos soldados escogidos en su hueste y capitaneados por Martin Vengador y Guillen el de la Enseña, se dispuso á tornar á Castilla con el resto de su gente.

—Qué alegres volviañ á Castilla el Campeador y los suyos!

Quedábanles cuatro jornadas para llegar á Búrgos y caminaban muy despacio; pero como el Cid recordase que faltaban dos dias para hacer un mes que habian emprendido el camino de Aldalucía, se llenó repentinamente de inquietud y dispuso acelerar su marcha. Caminaron, caminaron día y noche sin descanso, y así dieron vista á Búrgos á los dos dias.

—Me dirás, Fernan, decia Alvar á este, por qué caminábamos antes tan despacio, y ahora no nos da vagar nuestro amo?

—Eso me da mucho que pensar, respondió el escudero; como no sea que el de Cabra y los suyos hayan movido guerra, y nuestro amo y señor vuele á sugetarlos...

—No puede ser, hermano, que los del bando de D. Garcia debieron salir de Castilla casi al mismo tiempo que nosotros, y aunque el de Cabra tenia licencia del rey para permanecer en Castilla un mes mas, faltandole sus amigos no habrá osado hacer de las suyas.

—Tienes razon, Alvar; pero... Voto á Judas Iscariote, ya caigo

en lo que mueve á nuestro amo á caminar tan de prisa. Como que hoy mismo debe tomar D. Garcia las de villadiego, se apresura D. Rodrigo á entrar en Búrgos antes que él salga, para darle el pésame por la pérdida de su título de conde de Cabra y para decirle unas cuantas verdades que le saquen los colores á la faz.

—Cierto, Fernan, eso debe ser.

—No sé porqué me huelgo mas de llegar pronto á Búrgos, si por tornar á ver á Mayorica ó por oír las lindezas que nuestro amo dirá al tal D. Garcia...

—Cierto que serán cosas de oír.

—Bien merece el de Cabra ser escarnecido, no digo por nobles, sino tambien por los villanos mas ruines de Castilla.

—Ofrezco cuatro misas á santa Gadea porque nuestro amo tope aun en Búrgos á D. Garcia.

—Y yo otro que tal, Alvar.

Aqui llegaban de su plática Fernan y Alvar, cuando descubrieron de lleno la ciudad cuyas torres se divisaban hacia rato.

Hallábase la hueste á pocos tiros de ballesta de Búrgos, cuando vieron salir de la ciudad una porcion de caballeros con quienes iban á encontrarse. El Cid, que caminaba el primero, fue tambien el primero que conoció á los que salian de la ciudad, regocijándose no poco al ver que eran D. Garcia y algunos de sus servidores y amigos.

El conde de Cabra, cumplido el plazo que el rey le habia señalado para su destierro, salia de Búrgos para alejarse de Castilla.

La precipitacion con que la hueste del Cid habia caminado era causa de que se ignorase en Búrgos su próxima llegada y por lo tanto de que no hubiesen salido á su encuentro los burgaleses; pero en el momento de encontrarse el Cid y D. Garcia, comenzaba á despoblarse la ciudad saliendo sus habitantes á recibir á la victoriosa hueste.

D. Garcia, que sabia ya que el Cid se habia apoderado del condado de Cabra, no pudo disimular su enojo, su ira, su envidia, su desesperacion al ver á Rodrigo. Era cobarde y por lo mismo

no se hubiera atrevido en cualquiera otra ocasion á escitar el enojo del de Vivar; pero entonces le hizo audaz el rencor que abrasaba sus entrañas.

—Bien vengais, el de Vivar dijo á Rodrigo; seguid viendo piel de cordero para que nadie conozca que sois raposo....

—San Pedro de Cardaña!... murmuró el Cid poniendo mano á su espada sin poder reprimir su enojo al oír aquel insulto; mas se contuvo al punto, y D. Garcia continuó:

—¿Puede llamarse buen caballero el que rogó al rey que prorogase el plazo de mi destierro para tener ocasion de insultar mi desgracia, de decirme:—Sal de Castilla, no solo sin bienes, sino tambien sin el nombre de tus mayores, que ese nombre es ya mio, de hoy mas me engalanaré yo con él?—Algun dia sabreis cuán terrible es la venganza del caballero á quien tan villanamente habeis escarnecido...

—Ya sabeis, D. Garcia, replicó el Cid conteniendo su enojo, que en Castilla no hay caballero que tenga menos derecho que vos á dudar de mi lealtad.... No me obligueis á devolveros públicamente á la faz los insultos con que quereis mancillar la mia.

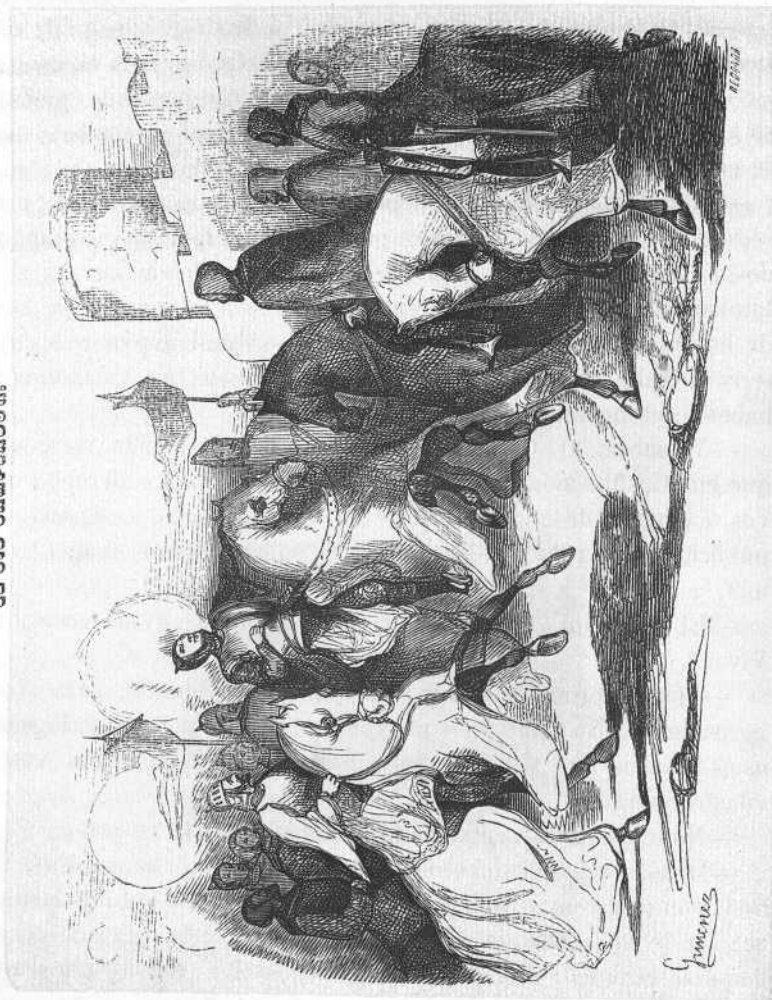
—El dia de mi venganza llegará, y entonces ¡ay de vos el de Vivar!

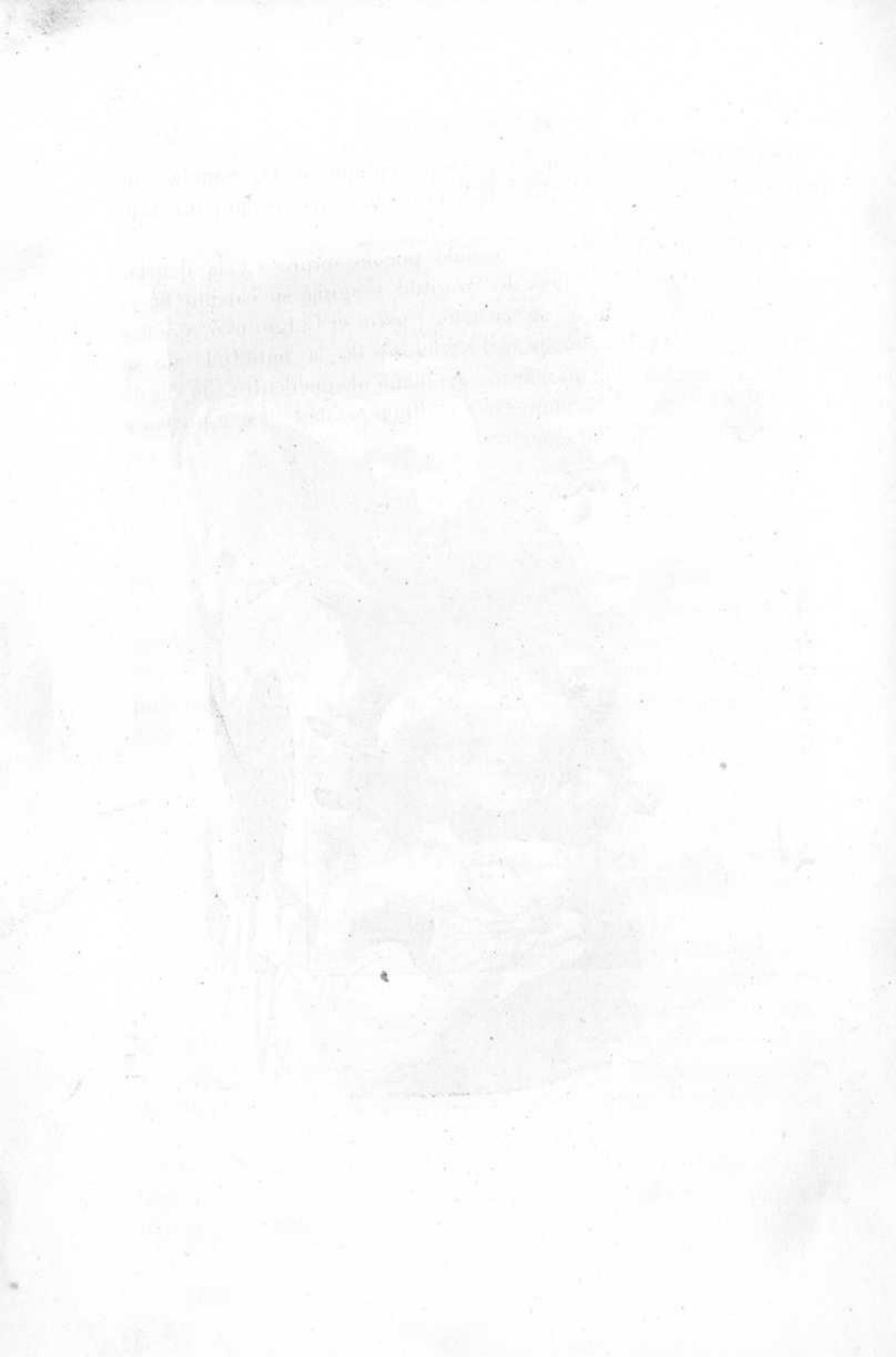
—Hartas pruebas teneis de vuestra impotencia para vengaros de mí. No temo vuestra venganza, aunque para lograrla useis medios tan villanos como hasta aqui habeis usado vos y vuestro amigos.

—Nunca será mi venganza tan villana como la vuestra.

—D. Garcia! exclamó el Cid con voz robusta, ahora mismo sabreis cómo se venga Rodrigo Diaz de Vivar del que le insulta, del que le odia, del que pagó asesinos para que le clavasen cobardemente el puñal. ¿Salís desterrado de Castilla sin saber á dónde ir á llorar vuestra desgracia? Id á vuestro condado de Cabra, que si vos no supisteis defenderle, yo he sabido recobrárosle. Si no os creéis bastante fuerte para defenderos de los moros, alli teneis á Guillen el de la Enseña, á Martin Vengador y doscientos soldados mas que defenderán vuestro condado de toda la morisma de An-

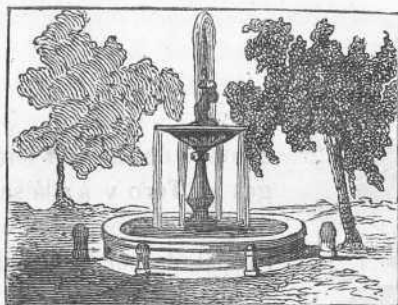
EL CID CAMPEADOR.





dalucia! ¿Comprendeis ahora porqué supliqué á D. Sancho que prorogase un mes el plazo de cuatro dias que os dió para salir de Castilla?

El conde de Cabra, aturdido por la sorpresa y la alegría, murmuró algunas palabras de gratitud y aguijó su caballo hácia Rodrigo para alargar á este la mano; pero el Cid no oyó aquellas palabras porque las ahogaron los víctores de la multitud que se habia ido acercando, ni alargó su mano al encuentro de la de D. Garcia porque al pronunciar su última palabra picó espuelas á Babieca y continuó su camino.





CAPITULO XXXXI.

De como el conde de Carrion y sus amigos enredaron la madeja y otros la desenredaron.



El conde de Carrion tenia algunos amigos en Toro y á allá se dirigió dos dias despues de recibir la órden de destierro dictada por D. Sancho, dejando á su hermana en su castillo bajo la custodia de su sicario Bellido Dolfos.

Doña Elvira, la señora de Toro, era una doncella tan confiada como buena, y no ocultándose esto á D. Suero y los de su bando, determinaron apoderarse á toda costa de su voluntad para establecer en Toro el centro de sus operaciones, pues se proponian conspirar contra D. Sancho á fin de vengar el destierro á que los habia condenado. Hicieron creer á la infanta que se hallaba rodeada de peligros, que su hermano abrigaba el desigño de reinar

en todos los Estados de su padre, y que el señorío de Toro era el primero de que intentaba apoderarse, pues por ser el mas débil le preferia para ensayar su plan de usurpacion.—Enemistemos, de cian, á Doña Elvira con D. Sancho y este tratará de apoderarse de Toro; Don Alfonso, D. Garcia y Doña Urraca saldrán á la defensa de su hermana temiendo que D. Sancho se apodere tambien de sus dominios avezado á la usurpacion con la del señorío de Toro, y entonces el rey de Castilla perderá la corona porque no podrá resistir todos sus hermanos conjurados contra él.» Al mismo tiempo introducian la desconfianza acerca de las intenciones de D. Sancho en el corazon de D. Alfonso, en el de D. Garcia y en el de Doña Urraca por medio de amigos de valimiento que tenian cerca de aquellos. En una palabra, trazaron un vasto plan de conspiracion que necesariamente los debia vengar del rey de Castilla.

La crédula Doña Elvira se echó en brazos de aquellos hombres esperando únicamente de ellos su salvacion, de modo que el conde de Carrion y los de su bando fueron muy pronto señores de Toro mas bien que la hija de D. Fernando. Siendo asi, ¿no era fácil á aquellos traidores hacer que Doña Elvira declarase la guerra á D. Sancho? Y enemistado este con Doña Elvira ¿no lo estaba de hecho con todos sus hermanos? Y enemistado D. Sancho con todos sus hermanos, ¿no era segura su ruina?

D. Sancho sabia que Toro era la residencia de sus mas encarnizados enemigos, que alli se conspiraba contra Castilla y que su hermana, lejos de reprimir á los conspiradores, los alentaba con su tolerancia y hasta los protejia decididamente, por lo cual estaba en extremo descontento de Doña Elvira, á quien dirijia frecuentes reclamaciones, amenazándola con desposeerla de su señorío sino variaba de conducta.

Persuadida la infanta por sus desleales consejeros, contestó á D. Sancho con arrogancia, diciéndole que si osaba atentar contra el señorío de Toro serian en contra suya todos sus hermanos, y se repartirian el reino de Castilla.

D. Sancho era irascible y valiente, y aquella especie de desafío le indignó, con tanto mas motivo cuanto que creia que sus hermanos solo á su amor y su generosidad debian el no haber

sido ya desposeídos de los Estados que con perjuicio suyo poseían. Por otra parte, falleció su madre cuyos consejos eran los únicos que tenían sobre él un poder omnímodo, porque si bien tenía en mucha estima los del Cid, no siempre seguía ciegamente el parecer de este.

—Mi hermana, exclamó lleno de furor al leer las cartas de Doña Elvira, piensa que temo á mis hermanos, y por Dios que me conoce muy mal. A mi madre prometí no declarar la guerra á mis hermanos y así lo he hecho; pero mis hermanos me la declaran á mí y la acepto. No faltó á mi promesa. Dentro de pocos días el señorío de Toro será mío, aunque todos mis hermanos se aunen para su defensa.

—Señor, le decían Rodrigo Díaz y otros caballeros, acordaos de la maldición que llamó vuestro padre sobre la frente de aquel de sus hijos que osase quitar la herencia paterna á su hermano. Ved que Doña Elvira es una débil muger, que mas que oprimida, debe ser protegida por vos, que además de ser su hermano sois fuerte.

—No incurso en la maldición de mi padre contrastando la guerra con la guerra, replicaba D. Sancho; la maldición de mi padre caerá sobre la frente de quien me insulta y me desafía. Si tolero la arrogancia y la provocación de mi hermana, todos mis hermanos me creerán débil y cobarde, y el día que mas les plazca se atreverán á mí, ganosos de repartirse mis Estados. Vean Doña Elvira y todos mis hermanos que no soy débil ni cobarde, y así no abusarán de mi generosidad en lo sucesivo. El señorío de Toro ha de ser mío, aunque tan pronto como me apodere de él se le devuelva á mi hermana.

El Cid procuró disuadir á D. Sancho de aquel intento, mas fueron inútiles sus consejos, en los que no quiso insistir inérmemente por no ser inconsecuente con sus principios de que el rey debía obrar sin trabas de nobles ni de pecheros.

D. Sancho reunió buen golpe de gente de armas y se preparaba á caer sobre Toro; mas hé aquí que habiendo pedido ayuda Doña Elvira á D. Garcia, que era el mas poderoso de sus hermanos, este mandó á D. Sancho uno de sus caballeros, llamado Rui-Jimenez,

desafiándole á que en vez de ir á tomar el señorío de Toro fuese á apoderarse del reino de Galicia, y tachándole de cobarde pues atacaba á los débiles como Doña Elvira y no á los fuertes como él. El enojo que este mensaje produjo á D. Sancho fue mucho mayor que el que le causaron las provocaciones de Doña Elvira.

El rey de Castilla consultó al Cid acerca de la contestacion que debia dar á su hermano.

—Procurad, le dijo Rodrigo, evitar la guerra con él, y si insiste en sus provocaciones, hacédsela sin olvidar que es vuestro hermano; mas para entrar en su reino teneis que pasar por el de Leon, y hacerlo sin el consentimiento de D. Alfonso, seria atraernos un enemigo mas.

D. Sancho y D. Alfonso se vieron en Sahagun y convinieron en que el segundo dejase pasar el ejército castellano por el reino de Leon, en cuya virtud D. Sancho mandó á Alvar Fañez Minaya á desafiar á D. Garcia.

Aceptó este el desafio y juntó un buen ejército, con el cual se disponia á salir al encuentro de su hermano, que caminaba con numerosa hueste hácia Galicia; pero sus soldados que llevaban muy á mal el que se hubiese declarado la guerra á Castilla, pues preveian las desastrosas consecuencias de aquella declaracion, se sublevaron en el momento de partir y mataron en presencia del rey á Rui-Jimenez, á quien culpaban de haber aconsejado mal á D. Garcia.

Esta ocurrencia fue causa de que se disolviese el ejército del rey de Galicia, y así penetraron en el reino los castellanos casi sin obstáculo ninguno, y D. Sancho se apoderó de muchas plazas fuertes y particularmente de toda la parte de Portugal.

Al fin reunió D. Garcia un ejército bastante numeroso y salió al encuentro de su hermano. Travóse la pelea con encarnizamiento lidiando ambos reyes al frente de sus respectivas huestes, y despues de pelear mas de medio dia, se declararon en desórden los castellanos. D. Garcia logró hacer prisionero á D. Sancho y entregándole á seis de los suyos para que le guardasen, siguió al alcance de los fugitivos.

—Dejadme, caballeros, gritaba D. Sancho á los que le custodiaban, lleno de ira por no poder regir su desordenada hueste, y de vergüenza al verse prisionero. Dejadme, que yo os prometo grandes mercedes y os doy palabra de no causar mas daños en vuestra tierra.

—Por todo vuestro reino no lo haríamos, contestaban sus guardianes, que fuéramos traidores á nuestro rey y señor. Esperad que torne D. Garcia y él hará de vos lo que sea de su agrado.

Alvar Fañez Minaya vió desde lejos la prision de D. Sancho, y aguijando su caballo hácia los que le tenian, les grito :

—Traidores, soltad á mi rey y señor!

Y como los que guardaban al rey no quisiesen obedecerle, antes bien se preparasen á castigar su audacia, cerró con ellos y derribó dos á los primeros botes de su lanza. Los otros cuatro huyeron sobrecogidos de terror, y D. Sancho recobró la libertad y subiendo á la cumbre de un cerro, gritó á los suyos:

—A mí, mis caballeros! á mí, mis leales y esforzados castellanos!

Cuatrocientos caballeros acudieron á su voz en pocos instantes, y los demas que peleaban dispersos aqui y alli ya muy apartados, cobraron ánimo y procuraron juntarse con el rey.

El Cid, que en aquellas guerras acompañaba á D. Sancho sin tomar parte en la lid, pues queria cumplir la promesa que habia hecho á D. Fernando el Grande de no esgrimir jamás su acero contra los hijos ó las hijas de aquel á no ser que aquel á quien sirviese se viera oprimido por su hermano y para salvarse necesitase su auxilio, el Cid, repetimos, habia quedado neutral algo apartado del campo de batalla; mas como supiese el conflicto en que se hallaba D. Sancho, creyó que debia acudir en su auxilio, y apareció con sus trescientos caballeros á la vista del rey cuando este se disponia á bajar á la llanura, donde continuaba la pelea, con la gente que habia podido reunir.

Vióle D. Sancho, y la alegría y la esperanza brillaron en sus ojos.

—Bajemos á la llanura, dijo á sus caballeros, que viniendo el

Cid en nuestra ayuda aun podemos recobrar lo perdido; aun quedará el campo por nosotros.

Y añadió dirigiéndose al Cid :

—Bien vengais, Campeador. Jamás llegó vasallo tan á tiempo para servir á su rey como vos llegais ahora.

—Señor, le contestó Rodrigo, podeis contar por cobrado el campo. Vuestro hermano será vencido; pero me habeis de prometer no matarle si le haceis vuestro prisionero.

—Yo os lo prometo, buen Cid, contestó D. Sancho.

Y en seguida se encaminaron á la llanura yendo los primeros D. Sancho y el Cid.

D. Garcia, cansado ya del alcance, volvía muy contento (cantando dicen las crónicas, pero siempre seria algo menos) y alavándose de que habia vencido á su hermano y le tenia puesto á buen recaudo; encontróse cara á cara con los castellanos al trasponer un cerro y se travó la pelea, reuniéndose todas las fuerzas de uno y otro bando.

Aquella segunda lid fue tan sangrienta como la primera, pero mas corta. Los caballeros del Cid lograron romper la haz de D. Garcia y la victoria se declaró por los castellanos.

El Cid hizo prisionero á D. Garcia y le entregó á D. Sancho.

—D. Garcia, dijo este á su hermano, decidme bajo palabra de caballero, qué destino me reservábais cuando ha poco me prendisteis, que el mismo os quiero yo dar.

—La muerte! contestó D. Garcia entregado á las mas violenta desesperacion.

—Vuestro hermano no quiere verter la sangre de su hermano, dijo el rey de Castilla; vuestro hermano os diera la libertad y os restituyera el reino que os ha ganado, sino temiera que probocárais otra guerra en que cristianos viertan sangre de cristianos. Ya que no quisisteis vivir libre en vuestro alcázar de Oviedo, vivid prisionero en el castillo de Luna.

—Haceis bien en encerrarme, replicó D. Garcia, que vuestro mayor enemigo soy porque enemigo me habeis querido y no hermano. Mas no faltará quien me saque de mi encierro; aun está libre el rey de Leon; aun me queda la esperanza de que herirá

vuestra frente el rayo de la venganza divina con que nuestro padre amenazó al Cain que atentase contra su hermano.

—Vosotros, que no yo, sois los Caines, exclamó D. Sancho lleno de cólera; pero aquietándose en seguida, añadió:

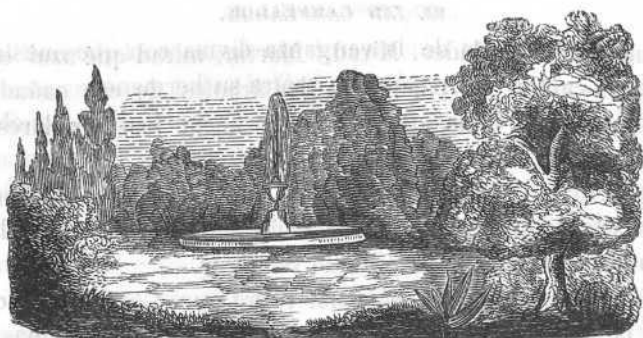
—Hermano, dejad insultos que solo pueden servirlos para empeorar vuestra situacion. Dadme palabra de vivir lejos de mis reinos donde yo haré que nada falte á vuestro decoro, y en cambio os daré ahora mismo la libertad.

—Si la obtengo será para derribaros del trono que me habeis usurpado.

—Pues vivireis y morireis en un encierro puesto que asi lo quereis! exclamó D. Sancho indignado.

Y pocos dias despues fue encerrado en el castillo de Luna el desgraciado D. Garcia.





CAPITULO XXXXII

Desde Búrgos á Vivar.



NA mañana de estío, poco despues de rayar el alba, salian de Búrgos dos caballeros con direccion á Vivar; ambos eran jóvenes y gallardos y caminaban hablando con mucha animacion y alegria, llevando pareadas sus cabalgaduras.

Eran Guillen el de la Enseña y Martin Vengador.

—Oh qué mañana tan bella! decia Guillen.

—Cierto, contestó su compañero; es mucho placer el respirar el ambiente de las campiñas antes de salir el sol.

—Nosotros los que hemos pasado la vida en las aldeas, nos

ahogamos en las ciudades. Mirad, Martin, mirad qué azul está el cielo, cómo cantan los pájaros en los árboles de esa cañada, y qué olorosa es la brisa que viene de hácia los tomillares del cerro.

—Recuérdame esta mañana la de nuestra salida de Cabra al día siguiente de la llegada de D. Garcia á tomar posesion del condado que tan poco le habia costado recobrar.

—Dicen que Andalucía es mejor tierra que Castilla, y cierto que sus campos son mas fértiles y mas diáfano su cielo; mas, deme Dios vivir y morir en nuestra honrada Castilla, que no hay tierra como la pátria.

—Eso digo yo, Guillen; demas que en nuestra Castilla tampoco faltan feraces vegas, lozanas arboledas, olorosas flores, cielo azul y sol claro y vivificante. Castilla es por escelencia la tierra de la caballeria, de la honradez y la gloria. Si Andalucía aventaja á Castilla en cuanto á su suelo, no asi en cuanto á sus moradores; aqui mostramos el alma desnuda como nuestros campos, alli la muestran cubierta de hojarasca y flores como los suyos; como aqui apenas hemos consentido infieles, conservamos pura la sangre de los caballeros de Covadonga y Roncervalles.

—Pláceme caminar riberas del Guadalquivir, porque alli deleitan los árboles y las flores; pero mas me place caminar riberas del Ebro, del Tormes ó del Duero donde deleitan recuerdos de caballeros esforzados y de gloriosos hechos de armas.

—Nada tenemos que envidiarnos los que moramos en España, que á todos nos ha dado Dios honra de que envanecernos y riquezas naturales que gozar.

—El amor todo lo embellece, Martin; de mí puedo deciros que el amor me hace ver flores alli donde otros verian solamente rocas, palacios donde no hay mas que cabañas, ángeles donde solo hay hombres... ¿No os parece felicidad muy grande el tener una alma como la nuestra, el amar la tierra en que nacimos?...

—Y sobre todo, contestó Martin sonriéndose alegremente, el amor á doncellas tan dignas de ser amadas como vuestra noble Doña Teresa y mi humilde Beatriz.

Guillen exhaló un suspiro y desapareció de su rostro la alegría que hasta entonces habia brillado en él.

—Feliz vos que veis cuando os place á la que amais! exclamó el amante de la infanta de Carrion ..

—Guillen, no está lejano el dia en que vos goceis felicidad tan cumplida como la mia. ¿Por ventura estais descontento de vuestra suerte?

—No, Martin, no. Cuando considero que yo miserable criado del conde de Carrion, hijo de un pobre pechero, pertenezco ya á la caballeria, trato de igual á igual á los caballeros mas nobles de Castilla, merezco el amor del rey y el del Cid y soy mas rico que muchos de los que en Castilla se apellidan ricos-homes, paréceme que la alegría me va á quitar la razon.... Pero ¿cómo no quereis, Martin, que mi corazon no se entristezca cuando me acuerdo de la infanta á quien amo cada vez mas, á quien ha tanto tiempo que no veo, á quien Dios sabe cuándo veré? Si Doña Teresa tuviera á su lado una madre, ó alguien que la protejiese y la amase y consolase la tristeza de su corazon, no me fuera tan penoso el vivir tanto tiempo apartado de ella; mas no asi hallándose en poder de su hermano, y lo que es peor, en poder del traidor Bellido, desde que D. Sancho desterró á D. Suero.

—Pero es posible, Guillen, que el conde de Carrion fie tanto de ese traidor que no contento con otorgarle su amistad le confie el cuidado de su casa? Es posible que le haya dejado encomendados su hermana y sus sobrinos durante su ausencia?

—Imposible parece, Martin, pero nada mas cierto.

—Y cómo os las habeis para recibir nuevas de lo que pasa en el castillo de Carrion?

—Comunicámelas Doña Teresa por medio de un criado llamado Gonzalo que siempre fue adicto á su señora y aun á mí, al paso que anhela vengarse del conde, de quien ha recibido mas palos que cabellos tiene.

—Y ciertamente me admira que Bellido le deje apartarse del castillo de modo que pueda venir á Búrgos...

—Há mucho que el conde se valia de él para mandar sus cartas á sus amigos, y á su partida para Toro donde ahora está, le dejó

en Carrion para que prestara á Bellido el mismo servicio mediante algunas palizas que encargó á su amigo le diera cuando se mostrase rehacio á cumplir sus mandatos. Bellido le envia con harta frecuencia á Búrgos, cuando no con cartas para alguno de los valedores de los condes desterrados, que aun tienen en Castilla quien les ayude, para que se informe de lo que pasa, y espie hasta al mismo rey D. Sancho.

—Gran dicha es que tengais ese medio de comunicar vos y la infanta.

—Cierto, que sino, por el nombre que tengo os juro, Martin, que hubiera embestido ya el castillo de Carrion y hubiera muerto en mi empresa ó sacado de aquella prision á la infanta.

—Pues yo creo que aun asi debiéramos dar un golpe de mano al castillo para librar de las garras del milano á la desvalida paloma....

—Eso pienso hacer, Martin; y si antes no lo he hecho, ha sido por temor de dar el golpe en vago; el castillo es fuerte de suyo y le defienden buenos ballesteros; mas cuento ya con amigos que me ayuden en mi empresa, como que hasta el mismo D. Rodrigo me auxiliará, sino con su brazo, con gente de armas, y espero que no ha de pasar este año sin que Guillen el de la Enseña se una ante el altar con la infanta de Carrion. El dia en que tropecé con vos en el encinar y os decidísteis á ir conmigo á la guerra, si hubiera dicho al noble de ejecutoria mas humilde que aspiraba á la mano de la infanta de Carrion, me hubiera escupido á la faz ó me hubiera tenido por loco; mas hoy hasta el mismo rey de Castilla apoyará mi demanda.

—Bendito sea el dia que recordais, Guillen, exclamó Martin considerando á su vez lo que él era cuando capitaneaba la banda y lo que era al servicio del Cid. Bendito seais vos tambien, añadió, que de un miserable bandido que yo era, hicísteis un soldado á quien honra con su confianza y su amistad el Campeador, el mejor caballero del mundo... Bien me deciais que en los campos de batalla lavaria con sangre infiel la mancha

que el mundo veia en la frente del bandido, que alli adquiriria poder para castigar al asesino de mi padre, que de alli tornaria cien veces mas digno de unirme para siempre con la doncella á quien amo.....

—Muchos dias de gloria hemos alcanzado en la guerra, y aun espero que hemos de alcanzar muchos mas...

—Plegue á Dios que tornemos pronto á lidiar con la morisma en vez de pasar el tiempo en estas malaventuradas guerras de cristianos contra cristianos.....

—Por desdicha de todos los buenos, paréceme, Martin, que las guerras que dices aun no han terminado. Creo que entre castellanos y leoneses ha de haber sangrientos combates dentro de poco, segun se ponen las cosas..... La espada que me ciñó Mio Cid apostára á que antes de dos meses se hacen obstinada guerra D. Sancho y D. Alfonso su hermano. D. Sancho ambiciona el reino de Leon, particularmente desde que ha conquistado el de Galicia, y D. Alfonso que lo conoce y al mismo tiempo da oidos á malos consejeros, da todos los dias pretexto á un rompimiento, dejando traslucir la enemiga que tiene á D. Sancho.

En estas y otras pláticas iban ambos mancebos, cuando dieron vista á Vivar, de lo cual se holgaron mucho porque la jornada, fresca y agradable al principio, se habia ido haciendo desabrida, como que el sol estaba muy alto y calentaba mas de lo que ellos quisieran. Y no era solo la esperanza de descansar á cubierto de los ardores del sol lo que mas les halagaba al llegar al término de su jornada de dos horas, que á tres no llegaban las que emplearon en ella; Martin amaba mucho á Beatriz y tornaba á verla despues de haber estado algun tiempo ausente en la guerra de D. Sancho y D. Garcia, y Guillen iba á contemplar aquella felicidad de su amigo y hermano de armas, en la cual gozaba como en la suya propia.

Frente á la granja de Pero habia una hermosa huerta, donde abundaban los árboles frutales que aquellos laboriosos y felices labradores habian plantado y hecho crecer y fructificar con sus cuidados, y alli estaban Beatriz y sus padres cuando Mar-

tin y Guillen asomaron por un repuesto que dominaba la granja.

Un grito de alegría se escapó al verlos de los labios de Beatriz que dejó caer la fruta que recogía en la falda y echó á correr al encuentro de nuestros enamorados mancebos, imitándola sus padres que se habian acostumbrado á ver un hijo no solo en Martin sino tambien en Guillen, porque rara vez iba aquel á Vivar sin que este le acompañara.

Pocos instantes despues servia Beatriz á sus padres y á los huéspedes un apetitoso almuerzo bajo los árboles de la huerta, y todos conversaban alegremente formando castillos en el aire y entregados á una felicidad que solo las almas buenas comprenden.

Mas hé aquí que poco despues de terminar el almuerzo oyeron el galope de un caballo hácia la calzada que encaminaba á Carrion y que pasaba á dos tiros de piedra de la granja. Todos dirigieron la vista hácia la calzada y Guillen exhaló un grito de alegría pues en el que cabalgaba reconoció á Gonzalo, el criado de D. Suero, el que solia traerle nuevas de Doña Teresa.

Guillen atravesó corriendo una heredad y salió á la calzada al encuentro de Gonzalo, el cual se apresuró á descabalgar en cuanto le conoció.

—Gonzalo, seais bien venido, le dijo Guillen en cuyo rostro se pintaban á la vez la alegría y la inquietud, ¿venís del castillo de Carrion?

—De allá salí anoche, contestó Gonzalo, y os traigo cartas de mi señora. Tomad, añadió entregando un pergamino al mancebo.

Guillen se apresuró á abrir aquel escrito que leyó con avidez.

«Hoy mismo, le decia la infanta, parte á Toro Bellido Dolfos mi nuevo verdugo, y por pronto que torne no será hasta que pasen ocho dias. Guillen! há mucho tiempo que no os veo, há mucho tiempo que temo morir sin volver á veros; preguntad á Gonzalo cuando os entregue esta carta para cuándo estará de vuelta en el castillo, porque si venís á verme, como deseo, él os facilitará la entrada. Tened compasion de mí, no permitais que

muerá entre estos sombríos muros sin volver á veros la que en vos funda las únicas esperanzas que le quedan en este mundo.»

El enamorado mancebo imprimió sus labios en aquellos renglones medio borrados por las lágrimas de Teresa, y sintió húmedos sus ojos, como aquella triste y venturosa noche en que reveló su amor á la desventurada doncella en el campo de los bandidos.

—Gonzalo! exclamó echando sus brazos al cuello del mensajero, cien vidas que tuviera os diera de buen grado en cambio de la felicidad que me proporcionais, y aun así os creyera mezquinamente pagado. Ya no soy el mísero servidor de D. Suero que conocisteis un día: tengo poder y riquezas con que recompensar vuestros favores. Continúa al servicio del conde para que podáis velar por Doña Teresa, que el día en que vuestra señora no haya menester vuestros cuidados, os diré:—Ya no necesitáis emplearos en el servicio de nadie; ved las riquezas que he adquirido en la guerra; tomad los haberes que necesitéis para vivir libre y holgadamente donde mas os plazca.

Ciertamente no era interesado Gonzalo, mas ¿cómo no regocijarse al vislumbrar la esperanza de vivir como Guillen le decia en vez de vivir espuesto siempre á los ultrages y al mal trato á que estaba acostumbrado en casa del conde de Carrion?

—Mi señora y vos, contestó, podeis disponer de mí, que dispuesto estoy á servirlos cuanto pueda sin mas recompensa que la satisfaccion de ser útil á los que han menester mi servicio.

—Creeis, Gonzalo, que me será dado penetrar en el castillo ahora que Bellido está ausente?

—Mi señora y yo hemos hablado largamente de eso y hemos convenido en que es muy posible poniéndonos antes de acuerdo.

—Cuándo estareis de vuelta en Carrion?

—Mañana por la noche, pues voy á Búrgos con cartas que Bellido me dió ayer á su partida con encargo de traerlas hoy.

—Pues bien, mañana por la noche á la hora que me digais estaré al pie del castillo.

—A media noche debeis acercaros á la poterna con mucho sijo, aunque no hay temor de que los ballesteros os sientan, porque como Bellido los hace estar en vela todas las noches sopena de amanecer colgados en las almenas los que se rindan al sueño, querrán desquitarse durmiendo descuidados mientras Bellido esté fuera del castillo. Yo espiaré por las saeteras vuestra llegada, y asi que os vea acercar, os abriré la poterna para que entreis, y os facilitaré la salida por el mismo sitio así que hayais visto algunos instantes á Doña Teresa.

—Bien, Gonzalo, no faltaré mañana á la hora que me decís.

—Id con cuidado no os sorprenda una banda de salteadores que dicen se ha organizado en el condado de Carrion, donde no habian vuelto á parecer bandidos desde que desaparecieron el Vengador y los suyos.

—No olvidaré vuestra advertencia, Gonzalo; os doy gracias por ella. Qué me decís de la infanta?

—Que si sus penas no hallan alivio, será Dios tan injusto como los hombres para con ella.

—No, Gonzalo, Dios no es injusto como los hombres: Dios recompensará las penas de la infanta con muchos años de cumplida felicidad; decidse asi, pues la vereis antes que yo.

Y despues de algunas palabras mas, se despidieron Guillen y Gonzalo, el primero tornando á donde le esperaban Martin y la familia de Pero, y el segundo continuando su camino hácia Búrgos.

El de la Enseña manifestó á Martin la carta de la infanta y su resolucion de encaminarse á Carrion antes de tornar á Búrgos con ánimo de arrancar del castillo á Teresa.

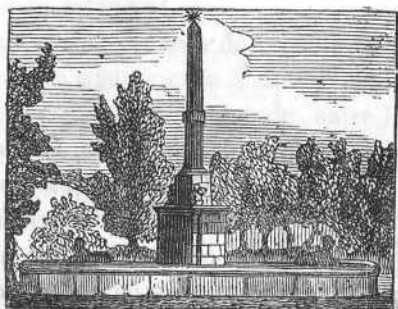
—Yo os acompañaré, Guillen, dijo el Vengador, y pereceré con vos si es necesario.

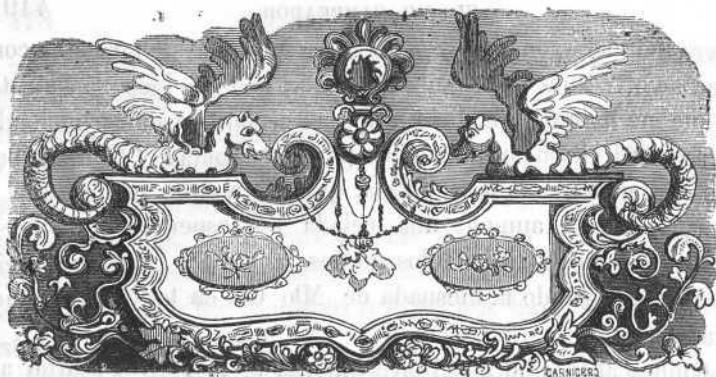
—Gracias, Martin! exclamó Guillen alargando afectuosamente la mano á su amigo; pero conozco el peligro que á vos y á mí nos amenazará asi que nos acerquemos á Carrion y no acepto vuestro generoso ofrecimiento, porque... ¡qué seria de esa buena y enamorada Beatriz si os perdiera para siempre!

—Beatriz, replicó Martin, me tuviera por cobarde y me abor-

reciera con sobrado motivo si os viera correr al peligro sin acompañaros yo... Pues qué, ¿no valen mas que mi vida la amistad con que me honrais y la dicha que me proporcionásteis haciéndome trocar el vil oficio de bandido por el de soldado? Guillen, partamos á Carrion cuando os plazca, que hasta el fin del mundo os seguiré contento aunque una celada nos espere á cada paso. Harto siento que Rui-Venablos no nos acompañe, mas es preciso que quede riñendo la mesnada de Mio Cid en tanto dure nuestra ausencia.

Guillen aceptó al fin el ofrecimiento de Martin. Pasaron ambos lo restante del dia y la noche inmediata en la granja de Pero, y á la mañana siguiente muy temprano tomaron el camino de Carrion.





CAPITULO XXXIII.

Desde Viyar á Carrion.



la caída de la tarde, Guillen y Martin dieron vista al Castillo, si bien se hallaban á larga distancia de él, y determinaron esperar la noche en un castañar muy espeso para continuar su camino así que oscureciese y caer sobre Carrion á media noche segun habian convenido Guillen y Gonzalo.

El sol tocaba ya al ocaso tiñendo de color de fuego el lejano horizonte. Guillen y Martin habian descabalgado y en tanto que sus caballos pacian entre los castaños, se hallaban sentados en un ribazo desde el cual se descubria un dilatado paisage. Martin tenia fijos sus ojos en la estensa y frondosa vega de Carrion, cuya hermosura confirmaba lo que el dia anterior habian dicho, á sa-

ber, que la mano de Dios se habia estendido tambien sobre Castilla al distribuir los mejores dones de la naturaleza. Guillen contemplaba el castillo de Carrion que se alzaba allá muy lejos medio velado por el humo de las rastrojeras incendiadas, como un negro fantasma que intentara poner espanto á aquella naturaleza risueña y encantadora.

—Ay! decia con el corazon oprimido y las lágrimas prontas á brotar de sus ojos, qué cerca está ese castillo maldito, y sin embargo, qué distancia tan grande me separa de la que suspira en él! Allí... entre aquellos sombríos muros está la dulce niña que no tiene en el mundo mas esperanza que mi amor!!... Quién pudiera volar como esos pájaros que se despiden del dia cantando tristemente en las copas de estos árboles! Quién pudiera volar como ellos por ese diáfano espacio y posarse en aquella ventana que tantas veces ha regado Teresa con su llanto!... Tal vez estará ahora la pobre niña asomada á aquella ventana acordándose de mí, pidiendo á la Virgen cuyo santuario se descubre en la colina inmediata, que guie mis pasos é infunda valor á mi corazon hasta llegar á su estancia!...

Guillen y Martin abandonaron de repente su estática contemplacion, y al volver la vista vieron á su espalda hasta medio centenar de hombres armados que salian de entre los árboles inmediatos. Ambos echaron mano á los aceros, pero aun no habian tenido tiempo para desnudarlos cuando aquellos hombres se arrojaron sobre ellos con aspecto amenazador y los sujetaron gritando:

—Si moveis pies ó manos, sois muertos!

Guillen no dudó que se las habian con los bandidos de que le hablara Gonzalo.

—Cobardes, les dijo, no teneis valor para lidiar brazo á brazo y frente á frente aunque sois veinte veces mas que nosotros, y nos rendís á traicion sin darnos lugar á la defensa!...

—Por el glorioso san Isidoro, exclamó uno de los bandidos examinando con la vista á Martin, ó yo tengo menos conocimiento que esas cabalgaduras, ó tenemos entre nosotros á nuestro antiguo capitan el valiente Vengador.

—El Vengador soy, dijo Martin examinando á su vez á los bandidos que se apresuraron á soltarle como tambien á Guillen con manifestas señales de respeto.

—Cierto, añadió, que recuerdo haber visto á alguno de vosotros en mi banda.

—Nosotros somos los que estuvimos en ella, contestaron cuatro bandidos, entre los cuales se contaba el que primero reconoció á Martin que parecia ser gefe de la partida.

—No os acordais, dijo este último, de aquel Juan Centellas, que el dia de la muerte del Raposo propuso que se os aclamara capitán de los restos de la banda y os dijo que tenia una hija tan buena como la dama mas noble de Castilla, y por último os curó la herida que teniais en la cabeza?

—Si, si, bien me acuerdo, contestó Martin.

—Tambien recordareis que despues del desgraciado asalto del castillo de Carrion se separaron de la banda algunos de los pocos que pudimos salvarnos, con esperanza de tomar antes venganza de D. Suero trabajando separados que unidos con nuestros compañeros?

—Cierto, vos fuisteis uno de ellos.

—Y los restantes, estos tres que aqui veis. Todos nuestros esfuerzos fueron inútiles, por lo cual tratamos de volver á la banda; pero al ir á buscarla, supimos que habia marchado á Portugal; y desde entonces vagamos por el condado de Carrion, hoy con próspera fortuna y mañana con mala. ¿Sabeis, señor Vengador, que aquel Bellido Dolfos á quien tanto queriais, era el mas traidor que ha nacido de muger?

—Cierto, como que él fue quien vendió la banda en Carrion....

—Eso os iba á decir. Y por mi alma que D. Suero es agradecido, pues le tiene en su casa tratándole á cuerpo de rey... Ira de Lucifer si nosotros le echamos mano, que tras eso andamos hace tiempo! No os acerqueis mas á Carrion, que si el tal Bellido os huele, cierto que lo pasareis mal, porque ya sabeis que no es tan vuestro amigo como creiais...

—Pues al castillo de Carrion vamos, que ahora está ausente Bellido.

—Poco fiara de sus ausencias el hijo de mi madre. No vayais allá, señor Vengador, y lo mismo aconsejo á ese mancebo aunque no sé quien es.... Mas... asi Dios me salve, ese mancebo es aquel que vino con Doña Teresa á nuestro campo.

—El mismo es, contestó Martin.

—Qué, ¿no sirve ya á D. Suero?

—Lejos de servirle, hundiera su espada en él y en Bellido si los hubiera á mano.

—Repítoos, señor Vengador, que no vayais á Carrion, porque me temo que os ha de ir allá muy mal.

—Agraéczoos el interés que por nosotros os tomáis; mas vamos resueltos á entrar esta noche en el castillo, y no retrocederíamos por todas las riquezas del mundo.

—Ya que os empeñais en seguir adelante, plegue á Dios depararos buena ventura.

—Paréceme, dijo Guillen, que no debemos detenernos mas porque va siendo de noche y aun estamos lejos de Carrion.

—Cierto, respondió Martin, y añadió dirigiéndose á los bandidos:

—Os deseamos buena suerte, y sino lo habeis á enojo vamos á continuar nuestra jornada.

—Continuadla en buena hora, contestó Juan Centellas; pero no nos direis, señor Vengador, qué entendeis vos por buena suerte?

—Por buena suerte entiendo que burleis la persecucion de los Salvadores y...

—Y que hayamos á las manos á Bellido y á D. Suero, para vengar en ellos la traicion de antaño, no es verdad? le interrumpió el capitan de los bandidos.

—Eso iba á deciros, contestó Martin.

En seguida los dos viajeros cabalgaron y continuaron hácia Carrion.

Hacia largo rato que se habian separado de los bandidos, cuando creyeron oir ruido de gente á su espalda; paráronse á escuchar pero como nada volvieran á oir, creyeron que alguna ráfaga de viento habia traído hasta ellos aquel ruido de alguno de

los caseríos diseminados en aquellas inmediaciones, y siguieron su camino silenciosamente.

Al fin llegaron á la arboleda vecina al castillo y descubrieron este por entre los árboles destacándose como una nube negra sobre el azul del lejano horizonte. Descabalgaron allí, envolvieron los cascos de los caballos con unos paños que llevaban al efecto, y merced á esta precaucion se acercaron á la poterna del castillo casi sin hacer ningun ruido llevando de la rienda las cabalgaduras.

Un pañuelo blanco sacado por una saetera y que resaltaba sobre el fondo negro del muro se ajitó un instante como llamándolos hácia aquel sitio. Ataron los caballos á los árboles y se encaminaron á la poterna que Gonzalo abrió inmediatamente con el menor ruido posible.

—Subid por la escalera secreta, dijo Gonzalo á Guillen, y bajad pronto, que os espero para cerrar la poterna en cuanto salgais.

Guillen que conocia los aposentos y las vias del castillo, tomó á tientas la escalera que Gonzalo le indicara, y Martin siguió trás el, ambos con la espada desnuda para evitar una sorpresa. No tardaron en hallarse en el piso alto del castillo y por consiguiente próximos á la habitacion de la infanta.

El corazon de Guillen latia con violencia; contra aquel corazon iba á latir dentro de un instante el de Teresa que tanto tiempo habia latido doliente y solitario!...

Ambos mancebos llegaron á la puerta del aposento de la infanta, y en aquel instante se abrió aquella de repente, y Teresa se precipitó hácia Guillen con los brazos abiertos y cayó al suelo sin sentido esclamando involuntariamente:

—Guillen!!.. Guillen!!

Y aquella esclamacion fue tan aguda que recorrió todos lo abovedados aposentos del castillo.

—Traicion! traicion! Al aposento de la infanta! contestó á la voz de Teresa una voz que Guillen y Martin conocieron con espanto, la voz de Bellido que habia fingido ausentarse del castillo para sorprender á Guillen que no dudaba sería avisado por

la infanta y acudiría allá así que á él se le creyera ausente.

Un gran ruido de pasos, de voces y de armas sucedió al grito de Bellido.

La infanta seguía sin sentido á pesar de los esfuerzos que Guillen y Martin hacían por tornársele, y los pasos y las voces y el ruido de armas se acercaban.

—Huyamos del castillo! dijo Martin. Tomad á la infanta en brazos y yo guardaré vuestra espalda y nos salvaremos, que si Gonzalo no nos vendía, estará abierta la poterna.

Guillen tomó en brazos á Teresa, cuyo peso no podía embazarar mucho su marcha porque aquella desventurada doncella estaba consumida por el dolor, y seguido de Martin, corrió á la escalera por donde habían subido. Al poner el pie en los primeros escalones fueron alcanzados por Bellido y multitud de criados y ballesteros que los atacaron con furia; pero la escalera era estrecha y esta circunstancia favorecía á Martin que solo tenía que esquivar tres ó cuatro golpes á la vez.

Al fin llegaron á la poterna que abrió de par en par Gonzalo. Este se puso al lado de Martin decidido á correr la suerte de los raptos lidiando contra Bellido y los suyos, y todos los combatientes se vieron fuera del castillo.

En aquel instante se oyó una gran vocería entre los árboles inmediatos, y una porción de hombres se arrojaron como leones sobre la gente de Bellido en tanto que otros penetraban por la poterna obedeciendo á Juan Centellas que gritaba:

—Aquí, mis valientes! unos al castillo y otros á exterminar á estos cobardes que atacan al Vengador!

Las fuerzas se equilibraron entonces ó mas bien los que antes eran mas débiles fueron desde aquel instante los mas fuertes. El combate era sangriento y obstinado fuera y dentro del castillo, aunque en este las ventajas debían estar por parte de los bandidos porque los contrarios eran pocos, como que casi toda la gente de armas que guarnecía aquel había salido fuera en persecución de los raptos.

A corta distancia del castillo había un monasterio de muge-

res y hacía él se dirigía Guillen con su preciosa carga, oyendo detrás de sí el ruido del combate.

¡Qué suplicio para aquel valeroso mancebo el oír á algunos pasos de distancia el choque de las espadas y no poder esgrimir la suya! Corria, volaba como si nada embarazase su paso, y si entonces le hubiesen preguntado porqué ansiaba mas llegar al monasterio, si por poner á salvo á la infanta ó por volver á lidiar al lado de sus amigos, hubiera vacilado en la respuesta.

De repente se iluminaron la villa y sus cercanías con una viva claridad.

El castillo de Carrion era presa de las llamas!

Guillen llegó á la puerta del convento, que era un edificio mezquino habilitado recientemente para guarecer á la comunidad que le ocupaba hasta que la caridad cristiana construyese otro mas cómodo y suntuoso, y tiró con violencia de una cuerda que pendia sobre aquella haciendo resonar una campana. Las religiosas acudieron á aquella llamada y el mancebo se apresuró á decirles:

—El fuego consume el castillo de los condes de Carrion; dad hospitalidad á la infanta Doña Teresa que he tenido la dicha de salvar de las llamas.

Las religiosas se apresuraron á dar asilo á la doncella, y Guillen se alejó del monasterio encaminándose hacia el castillo á cuyas inmediaciones no rujía ya el combate. A pocos pasos encontró á Martin y á Gonzalo, y los tres se confundieron en un estrecho abrazo.

—Martin! exclamó Guillen, la inocente paloma está ya libre de las garras del milano.

—Y el milano, contestó el Vengador, huye perseguido por Juan Centellas y otros de nuestros favorecedores y las riquezas de D. Suero están en poder de los bandidos.

—A Vivar, á Vivar! dijo Guillen, que Dios ha comenzado á descargar el rayo de su justicia sobre la frente de los malvados, y la espacion será al fin completa. Gonzalo! añadió dirigiéndose al que les habia facilitado la entrada en el castillo, venid con nosotros, que vais con vuestros mejores amigos.

En seguida se dirijieron hácia donde habian dejado los caballos. Estos permanecian atados al tronco de los árboles.

—Mi caballo es fuerte, dijo Guillen á Gonzalo, subid á sus ancas y vereis que pronto perdemos de vista ese horrible espectáculo que lastima y contrista mi alma... Dios mio! Dios mio! las llamas consumen la estancia de Teresa que yo quisiera ver eternamente conservada como sagrario de mis mas dulces recuerdos! Mirad qué llamaradas salen por la ventana á que tantas veces se ha asomado la infanta! Hermanos, alejémonos de aqui!

Y los tres mancebos se dirijieron hácia el camino de Búrgos, en tanto que las llamas, avivadas por un recio viento de levante, rujan en el castillo alzándose por cima de las almenas é iluminando con su siniestra luz la vega de Carrion hasta una larga distancia.





CAPITULO XXXIV.

De como un buen caballero se encargó de un mal mensaje.



RECISO es confesar que la ambicion dominaba á D. Sancho; preciso es tambien convenir en que la sinrazon, ó cuando menos la imprudencia de sus hermanos, daba pábulo á aquella pasion. D. Sancho era altivo é irascible en demasia, y esta cualidad contribuia tambien no poco á que olvidase, al ensanchar sus dominios, que aquellos á quienes atacaba eran sus hermanos y que, justa ó injusta, la voluntad de un padre moribundo debe ser eternamente acatada.

No se engañaba Guillen al decir que muy pronto estallarian sangrientas guerras entre leoneses y castellanos. Los condes

desterrados por D. Sancho, entre los que debemos contar al de Cabra, que no contento con el condado que tan generosamente le habia recobrado el Cid, trabajaba de consuno con sus amigos para vengar su destierro, aquellos condes, repetimos, influian en el ánimo de D. Alfonso del mismo modo que habian influido en el de Doña Elvira, para que el de Leon provocase al de Castilla á una guerra en que D. Sancho perdiese la corona y acaso la vida. Podia ser D. Alfonso quien perdiese una y otra; pero en este caso el conde de Carrion y los de su bando perdian muy poco, porque todos sus contratiempos se reducian á tener que ir á cumplir su destierro á tierra de moros, á Aragon ó á Navarra en vez de cumplirle en el reino de Leon. En aquel juego se esponian, pues, á ganar y no á perder.

D. Alfonso conocia las miras ambiciosas de su hermano, y no dudaba que este tardaria muy poco en declararle la guerra con intento de quitarle el reino, fuese ó no provocado á ello, y se apresuró á ponerse á la defensa para no encontrarse desprevenido euando se realizasen sus temores.

Sabedor D. Sancho de los aprestos guerreros de su hermano, pidió á este esplicaciones acerca del objeto de aquellos aprestos. La respuesta de D. Alfonso le satisfizo muy poco; se sucedieron las contestaciones cada vez mas acaloradas, y por último hubo rompimiento completo entre Castilla y Leon, sin que bastasen á evitarle los esfuerzos que el Cid y algunos otros honrados patricios hicieran al efecto.

D. Alfonso pidió auxilio al rey de Navarra y al de Aragon; pero antes que estos pudieran dárselo, juntó D. Sancho un buen ejército y se apresuró á entrar por las tierras de su hermano. Avistáronse ambos contendientes y vinieron á las manos cerca de un pueblo llamado Plantaca; pelearon con extraordinario esfuerzo y quedó la victoria por los castellanos, y el rey D. Alfonso, vencido y destrozada su hueste, hubo de retirarse á la ciudad de Leon, donde se dió prisa á rehacerse con objeto de embestir de nuevo á sus victoriosos enemigos.

Alcanzó á estos cerca de Gelpelara en la ribera del rio Carrion, travóse una nueva batalla, y trocándose la fortuna, quedaron

vencidos los castellanos sin que el Cid tuviera tiempo de tomar parte en el combate.

Repugnaba mucho á Rodrigo Diaz el pelear contra los hijos de D. Fernando y sólo se decidia á hacerlo cuando veia apurado á D. Sancho, á quien acompañaba en aquellas guerras. Al llegar al sitio de la pelea, encontró al ejército castellano destrozado y fugitivo y á D. Sancho en el colmo de la desesperacion. Animó á este último prometiéndole recobrar lo perdido, recojió los soldados dispersos y antes de rayar el alba embistió á los leoneses, que cargados de sueño y de vino, como dice Mariana, se hallaban muy lejos de pensar en cosa semejante. El mas espantoso desórden se introdujo en la hueste de D. Alfonso: unos huian, otros tomaban las armas sin concierto, todos mandaban y ninguno obedecia, por lo que fueron vencidos en muy corto espacio. D. Alfonso, viéndose próximo á caer en manos de sus enemigos, huyó del campo y se encerró con algunos de los suyos en la iglesia de Carrion; pero los castellanos le cercaron y le obligaron á rendirse.

D. Sancho le mandó preso á Búrgos y siguió la conquista del reino de Leon. La ciudad de este nombre y otros pueblos se resistieron; pero al fin se entregaron, y en pocos dias quedó á devocion de D. Sancho todo el reino de D. Alfonso.

Muchos nobles castellanos y leoneses, entre los cuales se contaban Doña Urraca, Peranzúres y el Cid, interpusieron su valimiento para que D. Sancho dulcificase la suerte del prisionero. El rey de Castilla consintió en que su hermano fuese al monasterio de Sahagun y tomase el hábito de monje renunciando el estado de seglar.

No permaneció mucho D. Alfonso en aquel monasterio, pues, bien que la vida monástica le disgustase, bien que recelase de las intenciones de su hermano, ó bien que quisiese ponerse en situacion de recobrar el reino que habia perdido cuando se le presentase ocasion propicia, huyó á Toledo donde fue acogido benévolaemente por Almenon que deseaba tener ocasion de cumplir la promesa que habia hecho al difunto D. Fernando de prestar á sus hijos la proteccion que este habia prestado á su hija Ca-

silda. Díjole que en su reino podía estar todo el tiempo que quisiese, que él proveería á todas sus necesidades, de modo que solo echase de menos el trono que habia perdido, y que le trataria como á hijo. D. Alfonso hizo pleito homenaje á Almenon á quien prometió servir en las guerras que sostenia con otros moros comarcanos. Acompañábanle Peranzures y otros caballeros á quienes el rey de Toledo señaló sueldo con que pudiesen sustentarse, y su ordinaria ocupacion era la caza, como que para mayor comodidad en este ejercicio edificó una alquería que sirvió de fundamento á la villa de Brihuega.

Solo restaba á D. Sancho la ocupacion de Zamora para poseer todos los Estados que fueron de su padre. La ciudad de Zamora, dice el autor de la «Historia general de España» que estaba muy pertrechada de muros, municiones, vituallas y soldados que tenia apercibidos para todo lo que pudiese suceder. Los moradores eran gente muy esforzada y muy leal y aparejados á oponerse en cualquier riesgo por cualquiera que los quisiese acometer. Acaudillábalos Arias Gonzalo, caballero muy anciano, de mucho valor y prudencia y de cuyos consejos se valia la infanta Doña Urraca para las cosas del gobierno y de la guerra.

D. Sancho deseaba poseer aquella ciudad, con tanto mas motivo cuanto que estando á su devocion la de Toro que habia quitado á Doña Elvira, temia que los zamoranos se apoderasen de esta última ciudad estando muy cercanos á ella y siendo como eran atrevidos y fuertes; pero al mismo tiempo deseaba vivir en paz con Doña Urraca, á quien siempre habia querido mas que á los demas hermanos. Seguro de que obtendria á Zamora en cambio de otros lugares y no por las armas, determinó enviar allá al Cid á tratar de aquel cambio con la infanta.

—Medio reino vale Zamora, dijo á Rodrigo; asentada está sobre peña, sus muros y sus torres son muy fuertes, y el Duero que corre á su pie le sirve de gran defensa. Si mi hermana me la diera, tuviérala en mas estima que todo el reino de Leon. A vos, buen Cid, que sois caballero de valía, ruego que vayais á Doña Urraca y la digais que me dé á Zamora en cambio ó por haberes monedados; decídle que en cambio de Zamora le daré

Medina de Rioseco, Villalpando con toda su tierra, el castillo de Tiedra, ó Valladolid que es villa muy rica, y le haré juramento con doce de mis vasallos de cumplir fielmente mi promesa.

—Señor, contestó Rodrigo, siempre me hallásteis y me hallareis dispuesto á obedeceros, porque no de otro modo correspondiera á las mercedes que me habeis hecho y al encargo que vuestro padre me hizo al morir; mas si voy á Zamora con el mensage que quereis fiarme, creerá vuestra hermana, creerán los zamoranos, y aun castellanos y leoneses, que yo soy quien os ayuda á quitar á Doña Urraca el infantado faltando á la promesa que á vuestro padre hice. Ruégoos, señor, que en este pleito os valgaís para todo de otros caballeros menos obligados que yo á apartarme enteramente de él.

—No os envío, contestó D. Sancho, á amenazar á mi hermana, sino á que la hagais pacíficas proposiciones. ¿Cuál es el caballero castellano que sea tan respetado como vos de los zamoranos y cuyas palabras tengan tanta fuerza como las vuestras en el ánimo de Doña Urraca? ¿O teméis, Rodrigo, que las promesas que hagais en mi nombre á mi hermana no sean por mí cumplidas?

—Me ofendeis, señor, sospechando que Rodrigo Diaz pueda dudar de las promesas de su rey.

—Pues id á Zamora é inclinad á mi hermana á que me ceda su infantado, que como amigo os lo suplico y como rey os lo ordeno.

—Al amigo cumple acceder á la súplica del amigo y al vasallo obedecer la orden del rey.

Aquel mismo dia se encaminó el Cid á Zamora, donde hacia tiempo se esperaba ver llegar mensageros de D. Sancho á intimar á Doña Urraca la entrega de la ciudad. Al acercarse á esta Rodrigo, se hallaba la infanta en su palacio oyendo el consejo de Arias Gonzalo y otros nobles.

Los zamoranos, cuando descubrieron desde los muros á Rodrigo Diaz y los que le acompañaban, que se dirijian al postigo viejo para entrar en la ciudad, comenzaron á dar voces y la-

mentos viendo llegado el instante que hacia tiempo se temia, y la guarda del postigo se puso en actitud de estorvar la entrada á los castellanos. Doña Urraca oyó la vocería y la alarma, estendida ya por toda la ciudad, y como preguntase y la dijese la causa, corrió á una ventana que daba á la parte exterior del postigo, aunque los caballeros que la rodeaban trataron de impedirlo temerosos de que se le arrojara desde fuera algun venablo. Entonces fue cuando, viendo al Cid al pie del muro de la ciudad, le dirigió aquellas amargas quejas que se han conservado, merced quizá á la forma métrica que mas tarde se les dió:

Afuera, afuera, Rodrigo,

el soberbio castellano!

Acordársete debiera

aquel buen tiempo pasado

que te armaron caballero

en el altar de Santiago.

Mi padre te dió las armas,

mi madre te dió el caballo,

yo te calzé espuela de oro

porque fueses mas honrado.

Rodrigo alzó la vista al oír aquella reconvencion que tan distante se hallaba de merecer, y sintió su corazon lastimado, no tanto porque aquellas palabras arrojaban sobre él la mancha de desleal é ingrato, como por el dolor que denotaba Doña Urraca que vestia aun luto por la muerte de su padre y por la muerte de la felicidad que por tantos años habia reinado entre su familia; la infanta tenia la faz descolorida y flaca y sus ojos derramaban dos torrentes de lágrimas.

—Señora, contestó Rodrigo, aquietaos y admitidme á vuestra presencia, que no vengo á vos como enemigo ni jamás Rodrigo Diaz de Vivar hará armas contra la hija de D. Fernando el Grande.

Doña Urraca se aquietó con estas palabras y dió orden para que se permitiese al Cid entrar en la ciudad.

Un instante despues se hallaba el honrado castellano en presencia de la infanta, á la que besó la mano hincando reverentemente la rodilla, y dijo el mensaje de que D. Sancho le habia encargado. Doña Urraca volvió á prorumpir de nuevo en llanto.

—Triste de mí! exclamó. ¿Qué es lo que quiere de mí D. Sancho? Qué mal ha cumplido la voluntad de nuestro padre!... de nuestro padre, que llamó la maldicion divina sobre el hermano que atacase á su hermano! Apenas murió nuestro padre quitó toda su tierra á mi hermano D. Garcia y le puso en prisiones; luego quitó el reino á D. Alfonso que viéndose tan mal tratado de cristianos tuvo que pedir amparo á los moros. Despojó de Toro á mi hermana y ahora quiere tomarme á Zamora!... D. Sancho sabe que sus hermanos son harto débiles ya para lidiar con él frente á frente; mas donde falta la espada de los leales suele hacer su oficio el puñal de los traidores, y si D. Garcia está preso é incomunicado, no así D. Alfonso, que es libre aunque está en tierra de moros.

Doña Urraca lloraba sin consuelo al hablar así sin que las palabras de Rodrigo y las de otros caballeros bastasen á contener su llanto.

—Enjugad vuestras lágrimas, señora, la dijo el viejo Arias Gonzalo, cuyas palabras eran las que mas autoridad tenían sobre la infanta, no lloreis, que no con lágrimas se remedian las cuitas. Consultad á vuestros vasallos, decidles lo que D. Sancho pretende, y si ellos lo han por bien, dad al rey el infantado de Zamora; mas si no les pareciese que debeis hacerlo, defendamos todos á Zamora hasta morir como esforzados y buenos. D. Sancho os pide el infantado so promesa de daros otros lugares en cambio; mas ¿cómo cumplirá sus promesas quien tan mal cumple la voluntad de su padre? Yo por mí os aconsejo que no deis la ciudad á vuestro hermano. Debemos morir en ella antes que entregarla cobardemente, y creo que todos los zamoranos serán de mi parecer. ¿Quereis saberlo, señora? ¿Quereis saber si vuestros vasallos están resueltos á defender vuestro patrimonio? A la puerta de este alcázar bulle la multitud deseosa de saber vuestra resolu-

cion... Permitidme preguntar á vuestro pueblo si se atreve á arrostrar las iras de D. Sancho ó prefiere ver á su señora despojada del señorío que lejitimamente le pertenece.

Así diciendo, Arias Gonzalo se acercó á una ventana que daba á una ancha plaza que se extendia frente al alcázar. En efecto, la multitud bullia en aquella plaza, inquieta por saber cual era el mensaje que el Cid habia traido, pues nadie dudaba que aquel mensaje era de gran importancia para los zamoranos cuando para traerle se habia escogido á aquel famoso caballero.

—Zamoranos! gritó el viejo Arias Gonzalo cuyas primeras palabras impusieron religioso silencio á la muchedumbre. El rey D. Sancho pretende de Doña Urraca, señora nuestra, la ciudad de Zamora en cambio de otros lugares que promete darla. ¿Quereis que la infanta acceda á las pretensiones de su hermano, ó estais dispuestos á lidiar como buenos en defensa del infantado?

—Queremos morir lidiando en los muros de Zamora! fue el grito universal que respondió á Arias.

—Zamora por Doña Urraca! Zamora por Doña Urraca! continuó gritando la multitud, y entonces el anciano se volvió hácia la infanta y la dijo:

—Ya ois, señora, el parecer de vuestros vasallos.

—Pues bien, contestó Doña Urraca revistiéndose de varonil altivez; buen Cid, decid á D. Sancho que su hermana y todos sus vasallos morirán cercados dentro de Zamora antes que entregarle la ciudad.

—Esa respuesta daré á mi rey y señor, dijo el Cid; dejadme besar vuestra mano de nuevo en fé de que cumpliré mi promesa de no hacer armas contra vos.

—Ya sé, D. Rodrigo, que sois un honrado caballero, contestó la infanta dando á besar su mano al Cid; se tambien lo que puede vuestro consejo para con D. Sancho. Decidle que desdora á los fuertes el oprimir á los débiles; decidle que recuerde el amor que siempre le tuve; decidle que por mucha que sea su ambicion deben bastarle los Estados que posee; decidle que caerá sobre él la maldicion de nuestro padre; y decidle, en fin, que soy su hermana.

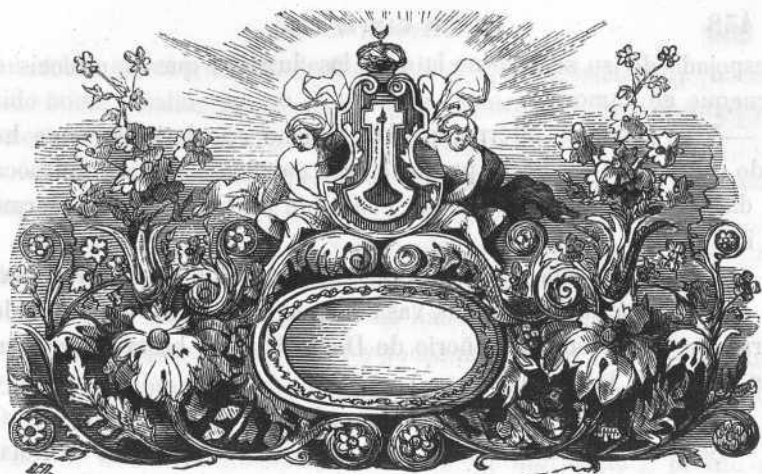
Rodrigo Diaz salió del alcázar de Doña Urraca seguido de los caballeros castellanos que le habian acompañado. La muchedumbre que aun se hallaba apiñada en la plaza rugiendo de furor contra D. Sancho, calló al verle y le abrió paso respetuosamente. Tal era la estima en que tenian en todas partes á aquel valiente caballero.

Al atravesar Rodrigo por medio de la muchedumbre, tendió la vista por la ancha plaza, en la que se veian caballeros y villanos, jóvenes y viejos, gente en fin de todas condiciones y de todas edades, y creyó ver al conde de Carrion y á algunos otros de los nobles desterrados por D. Sancho.

Poco despues, al alejarse de la ciudad, volvieron á esta la vista los castellanos y vieron los muros coronados de gente en actitud defensiva; y oyeron el ruido de las herramientas ocupadas en el reparo de las fortificaciones.

—Ay! exclamó entonces Rodrigo, cuánta sangre cristiana van á derramar la ambicion de D. Sancho y la maldad de los que atizan estas discordias!





CAPITULO XXXV.

El cerco de Zamora.



RISTE y apenado tornaba Rodrigo Diaz á dar la respuesta de Doña Urraca á D. Sancho, porque conocia que podrian mas en este la ambicion y el enojo que la voz de la sangre y de la razon. El rey le esperaba impaciente porque no queria dilatar la agregacion de Zamora á sus dominios, ya fuese convencionalmente ó ya por medio de las armas. Asi que Rodrigo apareció á su presencia se apresuró á preguntarle la contestacion de su hermana.

—Señor, le respondió el Cid, la infanta teme que una vez

despojada de su señorío no la deis los lugares que la ofreceis á trueque de Zamora...

—Vive Dios, le interrumpió D. Sancho encolerizado, que he sido muy necio en hacer proposiciones pacíficas á quien tan poca fé da á mis promesas! En suma, consiente mi hermana en cederme el infantado?

—Antes bien está resuelta á defenderle á toda costa, pues tal es el amor que la tienen sus vasallos que yo mismo los he oído jurar que defenderan el señorío de Doña Urraca hasta morir con las armas en la mano...

—Pues morirán y Zamora será mia!

—Señor, dad oídos á la razon; considerad que vais á lidiar contra una débil muger y mas que todo, contra vuestra hermana....

—No es tal la que rechaza la paz que le ofrezco, la que asi me ofende dudando de mis promesas, la que desconoce la justicia que me asiste al querer recobrar los Estados que se me usurparon fundándose en la disposicion de un moribundo cuya razon estaba ya trastornada por el hálito de la muerte...

—Zamora es tan fuerte por sus muros y por su defensores que antes que la tomeis, la sangre cristiana ha de acrecer la corriente del Duero... Dejad, señor, ese mezquino pedazo de tierra á vuestra hermana, y aumentad vuestro reino con otras conquistas mas ricas y mas gloriosas: sois valeroso y teneis buenos soldados.. id á tierra de moros y pelead, que asi ensanchareis vuestros dominios y alcanzareis honra cuyo valor nadie pueda poner nunca en duda...

—Rodrigo! exclamó D. Sancho irritado, abogais por mi hermana de tal modo que se os creyera de su bando.

—Perdonadme, señor, si algo me aparto del respeto que el vasallo debe á su rey; pero debo deciros que todos los buenos caballeros están obligados á salir á la defensa de los débiles, y yo cumplo con lo que debo á mi hidalguía abogando por vuestra hermana...

—Quiero evitaros el disgusto de presenciar la humillacion de Doña Urraca, haciéndoos alejar de Castilla. Salid desterrado de

mi reino en el término de nueve días, que si hasta hoy habeis sido buen vasallo, ya no lo sois pues contrariais la voluntad de vuestro rey en vez de ayudarle á aumentar sus Estados.

—Obedecer vuestras ordenes me toca, contestó el Cid con humildad.

Y aquel mismo día se apartó de la corte para cumplir su destierro, seguido de muchos caballeros que voluntariamente iban á participar de su desgracia. El llanto del pueblo castellano le acompañaba por todas partes y todos mostraban en el semblante y en las palabras la indignacion que les causaba la conducta de D. Sancho.

No tardó este en arrepentirse de su ingratitud; pronto su conciencia y las palabras de los nobles que asistian á su corte le hicieron ver cuán injusto habia sido con el Cid y cuántos males podia traer sobre Castilla el destierro de tan buen caballero.

—Id, dijo á Diego Ordoñez de Lara, id al alcance del de Vivar, y rogadle en mi nombre que torne á mi lado; decidle que le alzo el destierro y que mi mayor dicha será verle tornar á mi lado libre de todo resentimiento.

Diego Ordoñez de Lara se apresuró á obedecer al rey, y á dos horas de jornada alcanzó al Cid, á quien dijo el encargo que D. Sancho le habia dado.

Rodrigo volvió con el mensagero, y el rey, en vez de darle la mano que él le quiso besar, le dió los brazos con muestras de cariño y le rogó que olvidase para siempre su injusto rigor.

Nada bastó á hacer desistir á D. Sancho de su determinacion á apoderarse de Zamora, aunque muchos caballeros, entré los cuales se distinguió el de Lara, unieron sus súplicas y sus ruegos á los del Cid para que dejase á la infanta en quieta posesion de su señorío. D. Sancho reunió un buen ejército y los pertrechos necesarios al asedio de una plaza fuerte, y se encaminó á Zamora acompañándole el Cid, si bien este iba resuelto á no quebrantar sus promesas de no desnudar su acero contra Doña Urraca.

Llegado sobre Zamora, intimó nuevamente á la infanta la entrega del señorío; pero los zamoranos que coronaban los muros de la

ciudad contestaron con sus gritos y sus amenazas que estaban resueltos á morir antes que rendirse y lo mismo contestó Doña Urraca. Entonces D. Sancho se apresuró á establecer el cerco que desde el primer dia fue muy apretado. La gente de D. Sancho no habia ido muy gustosa á atacar á los zamoranos, pero los gritos y los insultos de estos que siempre son comunes entre sitiados y sitiadores, hicieron olvidar á los castellanos la mala causa que defendian y pronto vieron en los zamoranos enemigos y nada mas.

El cerco de Zamora quedó definitivamente establecido.

Los castellanos intentaron asaltar los muros ; pero fueron rechazados con heróico valor, y los defensores de la ciudad cobraron nuevo aliento con este primer triunfo. Los asaltos se repitieron con frecuencia y siempre con infeliz resultado para los sitiadores, lo cual aumentaba mas y mas la saña de estos últimos, y particularmente la de D. Sancho que no esperaba tan tenaz resistencia de la débil muger que se oponia á sus ambiciosos planes.

D. Sancho tenia su tienda en una colina que distaba algunos centenares de pasos de la ciudad, frente á uno de los portillos que daban entrada á esta. Desde alli se descubria á Zamora, cuyos muros y cuyas torres estaban siempre coronados de gente que desafiaban á la de fuera con sus gritos y con el blandir de sus armas. Tres veces embistieron los muros durante una noche los castellanos, á cuyo frente se veia al mismo D. Sancho en los ataques mas arriesgados ; pero todos inútilmente, porque aquellos muros eran poco menos que inespugnables, tanto por su solidez y altura como por el valor de los zamoranos. Al salir el sol el dia siguiente á aquella sangrienta noche, estaba D. Sancho delante de su tienda contemplando la altiva ciudad y meditando nuevos medios para tomarla. Sus caballeros, abrumados de sueño y de fatiga dormian diseminados en el real ; pero él, D. Sancho el Fuerte, no habia querido entregarse al descanso, porque la enerjia de su alma era superior á las debilidades físicas. Sus ojos estaban constantemente fijos en aquella orgullosa ciudad , la que hubiera querido reducir á escombros con su mirada. Ninguna empresa se presentaba nunca á sus ojos imposible de llevar á cabo,

pero la de tomar á Zamora le parecia ya, sino imposible, al menos dificilísima, porque la flor de sus guerreros habia perecido al pie de aquellos muros, y al paso que habia disminuido el ánimo de los suyos, habia acrecido el de los zamoranos. El altivo monarca, consideraba la vergüenza de que se iba á cubrir el dia en que tuviese que levantar el campo y el mundo entero supiese que no habia podido subyugar á una débil muger, y en aquel instante hubiera aceptado la muerte con tal de espirar viendo rendida á Zamora.

Cuando mas embebido se hallaba en estas consideraciones, hé aqui que oye una gran vocería hácia la ciudad y vé salir por el portillo que estaba en frente del real una porcion de caballeros en pos de un hombre que los precedia á cuarenta pasos de distancia. D. Sancho creyó que los zamoranos hacian aquella salida con ánimo de atacar el real y lo mismo creyeron los centinelas de este. Empezóse á difundir la alarma entre los castellanos; pero cesó de repente viendo que solo se dirigia á ellos aquel que precedia á los zamoranos, pues estos tornaban á la ciudad por el postigo que les diera salida.

—Rey D. Sancho, gritaron desde los muros en el momento de acercarse aquel hombre al campo de los sitiadores, rey D. Sancho, guardaos de Bellido Dolfos que vá á vuestro campo ganoso de haceros traicion. Si traicion os hiciese, no nos la imputeis; que Arias Gonzalo y todos los buenos de Zamora os avisan.

Bellido oyó aquellas voces, y llegando jadeante, se postró á los pies del rey exclamando:

—Señor, no creais á los zamoranos. Arias Gonzalo y los suyos me calumnian porque temen que tomeis la ciudad si dais oidos á mis palabras, pues saben que puedo mostraros un sitio por donde tomeis á Zamora.

D. Sancho alargó la mano á Bellido y le alzó con benevolencia, diciéndole:

—Os creo, y se me tuviera por sandio y desatinado si fiara de los que me insultan y combaten mi autoridad y no del que viene á mi campo á recibir órdenes á mis pies.

—Gracias, señor! exclamó Bellido. Zamora seria vuestra antes

de dos días si os guiárais por mi consejo, porque no lejos de aquí hay un portillo por donde pudiérais entrar en ella; pero temo que despues de oir la acusacion de traidor que me ha dirigido Arias, desconfieis de mí y sean vanos mis deseos de serviros...

—No, no serán vanos, Bellido; no desconfio de vos, y si quereis que os lo pruebe, decidme por donde debo asaltar el muro y vereis como hoy mismo combato allí al frente de mis soldados.

—Pues bien, señor, venid conmigo y á la vuelta de aquel adarve que veis á nuestra diestra, os mostraré el portillo del Cambron por el que entrareis en Zamora con tal que no olvideis las instrucciones que á la vista del mismo portillo quiero daros....

—No perdamos tiempo, honrado Bellido, vamos ahora mismo á reconocer el portillo que decís y hoy mismo penetraremos por él y abatiremos el insolente orgullo de los zamoranos.

D. Sancho cabalgó lleno de alegría y se dispuso á partir con Bellido. Los caballeros que le rodeaban, entre los que se contaban el Cid y Diego Ordoñez de Lara, hicieron ademan de aparejarse á ir con el rey y como lo notase Bellido, se apresuró á decir á Don Sancho:

—Señor, pluguiérame mucho que fuéramos vos y yo solos para no llamar la atencion de los de la ciudad, que fortificarán inmediatamente el portillo abandonado si conocen que por él los vais á atacar; mas, como teneis motivo para desconfiar de mí, justo es que vuestros caballeros os den guarda...

—Bellido, dijo D. Sancho algo despechado al ver que el tránsito no estaba enteramente convencido de que fiaba en su lealtad, os repito que fio en vos y os lo aseguro bajo mi palabra de rey y de caballero.

Y volviéndose á los que se preparaban á acompañarle, añadió:

—Permaneced en el real, que no he menester vuestra guarda.

—Señor, dijo el Cid, nosotros iremos con Bellido, quedad en vuestra tienda ó permitid que os acompañemos.

Pero D. Sancho no escuchó las palabras de Rodrigo porque



partió con Bellido, costeano los muros de la ciudad, procurando ambos ocultarse entre los árboles para no ser vistos de los enemigos.

Pronto se hallaron á considerable distancia del real aunque no á tanta que los caballeros que habian quedado en este los hubiesen perdido completamente de vista.

D. Sancho montaba un brioso caballo cuya impetuosidad le costaba trabajo sujetar, y como Bellido le dijese que ya se acercaban al portillo del Cambron, se adelantó algunos pasos sin poder dominar su impaciencia por ver aquella via que creia le iba á conducir al término que tanto ansiaba. Bellido aprovechó aquella ocasion para llevar á cabo el infernal intento que le habia conducido al campo de los castellanos: apuntó á su sabor un venablo y lanzándole con fuerza, traspasó con él el pecho del desventurado rey. D. Sancho lanzó un doloroso grito y asió el dardo sin duda no tan deseoso de librarse de él como de devolverle al asesino; pero sus esfuerzos fueron inútiles porque al punto le abandonaron las fuerzas y con mucha dificultad pudo sostenerse en el caballo.

—Corred mis caballeros, gritaba el rey luchando con la muerte que por instantes apagaba su aliento, corred al traidor que me ha herido!

El Cid se apresuró á montar en Babieca para perseguir al asesino que huía á refugiarse á Zamora, en tanto que D. Diego Ordoñez de Lara y otros caballeros se encaminaban precipitadamente hácia donde yacia D. Sancho. El Cid, con la precipitacion con que habia cabalgado se habia olvidado de calzarse las espuelas, por lo cual su caballo no corria lo que el indignado caballero deseaba. Bellido se acercaba ya á un postigo y por mas que el Cid golpeaba con el talon y el cuento de su lanza los hijares de Babieca, no daba alcance al traidor rejicida. Este llegó al fin al portillo y penetró por él sin que nadie se le opusiera. Rodrigo, ciego de ira, quiso entrar tras él á la ciudad, pero el portillo se cerró de repente y el Cid exclamó desesperado.

—Maldiga Dios al caballero que cabalga sin espuelas!

D. Sancho acababa de espirar en aquel instante y los lamentos y los gritos de furor que en torno suyo daban los caballeros cas-

tellanos henchian el aire y llevaban la consternacion y el espanto por todo el campo de los sitiadores.

Diego Ordoñez de Lara se apartó del cadáver de su rey llorando de dolor y de coraje y se dirigió á una eminencia que dominaba la ciudad y caía cerca de esta.

—Zamoranos! gritó desde allí con voz de trueno. Todos sois fementidos y traidores porque habeis acogido en la ciudad á Bellido que ha dado muerte á D. Sancho, mi buen rey y señor. Traidores son los que favorecen á traidores, y por tales os reto yo Diego Ordoñez de Lara. Por traidores y fementidos y alevos os reto á todos, á los grandes y á los chicos, á los varones y á las hembras, á los vivos y á los muertos, á los nacidos y á los por nacer, á los peces y á las aves, á los ganados y á las aguas, á las yervas y á los árboles y á cuanto es y será en Zamora, que todo será esterminado por mi saña.

Arias Gonzalo que oyó el reto del de Lara, contestó desde el muro:

—Si los zamoranos fueran capaces de cometer la traicion de que os quejais vos, el de Lara, Arias Gonzalo y sus hijos sirvieran á moros antes que servir á Doña Urraca. Recordad que avisamos á D. Sancho que Bellido iba al real con intento de cometer traicion, y aquel aviso nos disculpa. Mas si manteneis vuestro reto, yo le acepto, que si soy viejo para lidiar con vos, hijos tengo tan honrados como animosos que serán con vos en campo.

—Eso es lo que deseo, dijo el de Lara; en el campo he de probar que son alevos y fementidos los zamoranos.

Arias Gonzalo se dirigió á los que coronaban los muros y á los que henchian la plaza frontera al palacio de la infanta y les dijo:

—Varones, grandes y chicos, nobles y pecheros! si entre vosotros hay alguno que tenga parte en la traicion de Bellido, dígallo al punto, que yo mas quisiera irme á Africa desterrado que ser vencido en el campo por fementido y alevoso.

—No, no! gritaron todos; no haya salvacion para nuestra alma si en esa traicion tenemos parte.

—Oid, el de Lara, gritó Arias: Zamora acepta el reto que la habeis dirigido, y Arias Gonzalo ó los suyos lidiarán con vos.

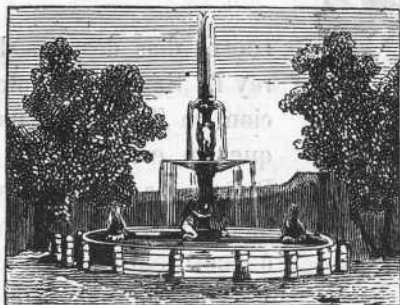
Aquel mismo dia abandonaron el campo muchos castellanos y partieron á Castilla con el cadáver de D. Sancho, el que condujeron á Oña donde fue enterrado.

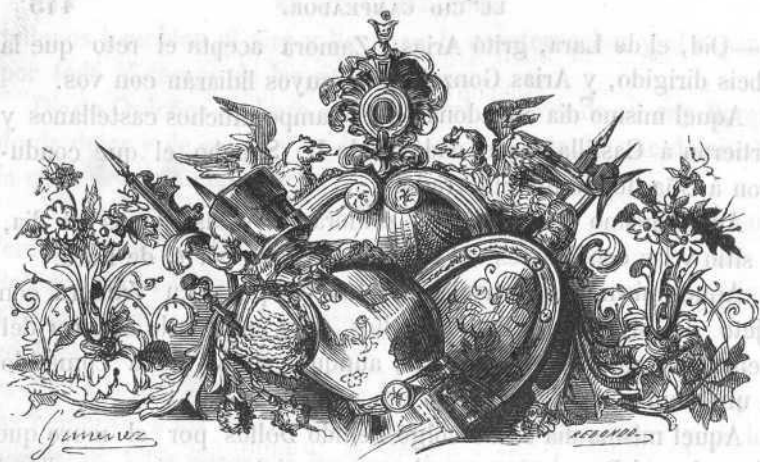
Aquel mismo dia acordaban zamoranos y castellanos el dia, el sitio y las condiciones del duelo provocado por el de Lara.

Aquel mismo dia se hacian activas pesquisas en Zamora con objeto de prender á Bellido Dolfos para entregarle al furor del pueblo indignado de su alevosía, aunque esta se habia cometido en un enemigo implacable.

Aquel mismo dia se descolgó Bellido Dolfos por el muro que daba sobre el Duero procurando no ser visto, y asi que salió al campo, se dió prisa á alejarse de la ciudad.

Y por último, aquel mismo dia celebraban la muerte de Don Sancho el conde de Carrion y sus amigos en un banquete en la posada de D. Suero,





CAPITULO XXXXVI.

Donde se prueba que se puede lidiar sin vencer ni ser vencido.



ALGUNOS días despues de la muerte del rey D. Sancho se notaba suma agitación en Zamora y sus cercanías: era que en estas, en un llano ribera del Duero, iba á verificarse el duelo pendiente entre castellanos y zamoranos, ó fuese entre Diego Ordoñez de Lara y Arias Gonzalo y sus hijos.

Estaba Doña Urraca en su palacio deshaciéndose en lágrimas tanto por la muerte de su hermano como por la acusacion que el de Lara habia lanzado á los de Zamora y por el riesgo que iban á correr en la lid los hijos de Arias á quienes tenia en mucho, pues, aun que mozos, eran leales y animosos caba-

llos, cuando el buen Arias Gonzalo apareció seguido de sus hijos Pero, Diego, Fernando y otro cuyo nombre callan las crónicas.

Viejo y mozos, abriendo sus largos capuces, aparecieron vestidos de aceradas mallas y se arrodillaron á los pies de la infanta, cuya mano besaron con grandes señales de sumision y respeto.

—Noble infanta, dijo el anciano Arias, ya sabeis que D. Diego Ordeñez de Lara, uno de los mejores caballeros castellanos, retó á Zamora y yo acepté el reto en nombre de vuestro pueblo. El palenque está abierto, los jueces del campo están nombrados y la hora del combate llega. Yo fuera el primero que entrara en lid sino temiera que la vejez me haga flaquear y el de Lara se envanezca con el primer triunfo; pero mis hijos que veis aqui son mozos y diestros y esforzados lidiadores y defenderán vuestra honra y la de vuestro pueblo mientras haya sangre en sus venas. Si todos mis hijos caen en la lid, entonces, señora, emplearé en defensa de vuestra honra ultrajada las débiles fuerzas que conserva mi brazo.

Doña Urraca prorumpió nuevamente en llanto al oir al viejo Arias.

—No lloreis, señora, la dijo este, que los buenos caballeros para vencer ó morir en la liza han nacido. Al campo vamos mis hijos y yo si nos otorgais vuestro consentimiento, y no nos deis por ello gracias, que vida y hacienda deben á su señor los buenos vasallos.

—Id en buen hora, noble anciano y vosotros leales y esforzados mancebos, que Dios protegerá á los que defienden su honra y tendrá compasion de mí que si os perdiera os llorára eternamente.

Arias Gonzalo y sus hijos abandonaron el palacio de Doña Urraca y se encaminaron al palenque acompañados de los votos que todos los zamoranos elevaban á Dios para que prestase su santa ayuda á tan buenos caballeros.

Un gentío inmenso se apiñaba en torno del palenque; pero no se retrataban en el semblante de la multitud la animacion y la alegría que vimos en los espectadores de otro combate, del com-

bate de Rodrigo Diaz con Martin Gonzalez el aragonés. Zamoranos y castellanos estaban cubiertos de duelo por la muerte de D. Sancho, porque si el difunto rey era ambicioso é injusto cuando se dejaba llevar de su carácter altivo é irascible, también era valiente y apasionado á las empresas difíciles, cuya cualidad constituia el primer mérito del hombre en aquella época guerrera por excelencia.

En torno de la estacada se habian alzado andamios ó tablados para las damas y los jueces del campo, y estos ocupaban ya sus puestos en el momento en que Arias Gonzalo y sus hijos tomaban la venia de Doña Urraca; pero los tablados destinados á las damas estaban desiertos. Aquel combate no despertaba la curiosidad femenil, pues hasta tal punto preocupaba á las damas de Zamora la desastrosa muerte del valeroso rey de Castilla y la infame acusación que pesaba sobre el pueblo zamorano. Casi á un mismo tiempo llegaron al palenque Arias y sus hijos y D. Diego Ordoñez de Lara á quien acompañaba en calidad de padrino Martin Antolinez á falta del Cid que se habia alejado de Zamora conduciendo el cuerpo de D. Sancho á Oña, deseoso de acompañar á su rey hasta la postrer morada y de cumplir fielmente su promesa de no ir en manera alguna contra los zamoranos. Cuando los espectadores vieron á aquellos honrados y valerosos caballeros, prorrumpieron unos en lamentos y todos en imprecaciones contra el traidor rejicida por cuya maldad iban á morir tan apuestos lidiadores.

Terminados todos los preliminares de la lid y partido el sol por los fieles, Pero Arias apareció en un extremo de la tela y Diego Ordoñez de Lara se presentó en el opuesto. Ambos montaban briosos caballos, vestian lucientes mallas, ceñian espada, embrazaban fuerte loriga y empuñaban ponderosa lanza.

Los jueces hicieron una seña á los farautes y estos tocaron sus trompetas. Al oir el primer toque, se preparon á embestir los mantenedores, y apenas sonó el segundo, hundieron los acicates en los hijares de sus caballos y estos partieron con la velocidad del rayo. Terrible fue el encuentro de los campeones; pero las lanzas hirieron en los escudos y resbalaron dejando ilesos á los comba-

tientes. Estos se aparejaron á la segunda embestida y partiendo con mas velocidad aun que en la primera, la lanza del de Lara traspasó el yelmo de Pero Arias que se sintió gravemente herido en la cabeza. El campeon zamorano vaciló sobre la silla, pero asiéndose á las crines de su caballo, sacó fuerzas de flaqueza y tiró un furioso bote á su enemigo. La vista de Pero Arias estaba turbada por la sangre que inundaba su rostro, y hé aqui que apuntando sin tino la lanza solo hirió el caballo del de Lara y cayó al suelo exhalando su último aliento.

Un grito lastimero se oyó por todas partes y muchos de los espectadores prorumpieron en llanto. Diego Ordoñez de Lara blandió su lanza al aire y gritó con voz de trueno:

—Ah de los zamoranos! Arias Gonzalo, enviad otro hijo á la arena, que finado es el primero.

Diego, el segundo hijo de Arias, salió á la arena tan pronto como se retiró el cadáver de su hermano y el de Lara hubo renovado su caballo mal herido por la lanza de Pero. Fuerte era la loriga de Diego Arias; mas con tal ímpetu hirió en ella la lanza de Diego Ordoñez, que la atravesó y salió el fierro teñido en sangre tan abundante que salpicó el astil y el pendon. Diego Arias, herido mortalmente en el pecho, cayó como una masa inerte sobre la arena, y un nuevo grito de dolor y nuevo llanto de la multitud acompañaron á la muerte del segundo campeon zamorano.

El de Lara tornó á blandir su ensangrentada lanza y á gritar:

—Ah de los zamoranos! Mandad á la tela otro hijo, buen Arias, que Diego está fuera de lid.

Fernando Arias esperaba ya la bendicion de su padre para salir á la tela antes que el anciano le requiriera para ello.

—Hijo mio, le dijo el honrado viejo, ve á lidiar por nuestra honra, como á buen caballero cumple; imita á tus hermanos y venga su muerte al par que laves la mancha de traidores que sobre nosotros ha lanzado el de Lara.

—Padre, contestó el mancebo, no me ofendais recordándome mis deberes; fio en Dios y en mi brazo que Zamora y mis hermanos han de quedar vengados.

Y Fernando Arias salió á la arena deseoso de traspasar con su lanza á Diego Ordeñez á quien parecia querer devorar con su iracunda mirada.

Embistiéronse los mantenedores con saña pocas veces vista y la lanza de Fernando se clavó en el hombro de Diego; mas este, lejos de desmayar á pesar del intenso dolor que la herida debia causarle, se apresuró á tomar carrera y tiró un bote á la cabeza de su contrario arrancándole destrozado el casco é hiriéndole aunque no gravemente. Fernando, no bien se vió herido, dirigió su lanza al de Lara ciego de ira y de desesperacion; mas solo consiguió herirle el caballo.

Al sentir el animal en el cuello el fierro de la lanza de Fernando, dió un terrible salto que desconcertó al jinete y partiendo á escape sin que á Diego le fuera dado sujetarle, saltó la balla atropellando á la multitud que se agolpaba á ella.

Los fieles ó jueces mandaron á los farautes hacer la señal de suspension, porque segun las leyes del duelo, el caballero que saliese de la estacada se consideraba vencido.

D. Diego Ordoñez de Lara queria volver á la lid porque decia que su caballo habia traspasado la valla sin poderlo él evitar; mas los fieles no lo consintieron y se pusieron á disputar sobre aquel imprevisto suceso sin atreverse á decidir.

En tanto que los jueces deliberaban, Arias Gonzalo decia al de Lara, no siendo dueño de reprimir su enojo y su dolor por la pérdida de sus dos hijos:

—Sois mas arrogante que animoso, el de Lara. Habeis vencido mancebos imberbes; pero tengo para mí que no venciérais hombres como yo era algun dia.

El de Lara respondió sin irritarse:

—Buen Arias, bien pudiera contaros valentias que desmintiesen vuestras palabras; mas para probar mi esfuerzo me basta decir que he lidiado con vuestros hijos y los he vencido.

El anciano conoció que el dolor le habia hecho ser descomedido y no pudo menos de agradecer la templanza del castellano que rechazaba con lisonjas sus insultos. Iba á alargar su mano al de Lara; pero se detuvo al ver que los jueces se preparaban á hacer

pública su decision. Hé aquí en qué términos publicaron esta los farautes:

—Los jueces del campo declaran que castellanos y zamoranos han obrado como buenos en esta lid, pues si el mantenedor castellano salió de la arena, no fue de grado, mas sí por culpa de su cabalgadura. Todos deben considerarse vencedores, satisfechos los castellanos y libre Zamora de la traicion que se le imputaba.

Esta decision trocó en alegres vítores el llanto y la consternacion de la muchedumbre, y Arias Gonzalo alargó su mano al de Lara y le dijo:

—Si me habeis quitado dos hijos, dadme vuestra amistad, que la tengo en tanto como la corta vida que me queda.

—Mi amistad y mis brazos os daré, honrado Arias, contestó D. Diego estrechando contra su pecho al anciano.

Algunas horas despues los castellanos alzaban enteramente el cerco de Zamora, y Doña Urraca por consejo de Arias y otros nobles zamoranos, escribia á D. Alfonso noticiándole, deshecha en lágrimas, la muerte de su hermano y aconsejándole que se pusiera al punto en camino para ceñir la corona de su padre antes que se desatase la ambicion y los bandos ensangrentasen el reino.

Ocho dias despues se presentó en Leon D. Alfonso y tornó á la posesion del reino que su hermano le habia usurpado; al paso que se declaraba espontáneamente á su devocion el reino de Galicia, donde nadie deseaba la libertad de D. Garcia que era aborrecido por su carácter díscolo, tiránico y desatinado. Disponíase á pasar á Búrgos para tomar posesion del reino de Castilla, y con estas nuevas se reunieron los ricos-homes castellanos á solicitud de Rodrigo Diaz, y este les dijo:

—Por honrado he tenido siempre á D. Alfonso y de derecho le pertenece Castilla; mas como á nadie con tanto fundamento como á él pudiera atribuirse connivencia en la muerte de D. Sancho, creo que el pueblo castellano, antes de aclamarle su rey y señor, debe exigirle juramento de que no tuvo parte alguna en la traicion de Bellido. Honrada por extremo es Castilla y por la

mismo tiene derecho á saber si lo es aquel á quien aclame por su rey y señor. Es preciso, pues, que D. Alfonso jure que ninguna parte tuvo en la muerte de su hermano.

Todos los nobles aprobaron el parecer del Cid; pero todos temblaron ante la idea del enojo que iba á causar á D. Alfonso la exigencia de un juramento que implicaba una duda altamente ofensiva.

—Y quién se atreverá á arrostrar la indignacion de D. Alfonso exigiéndole ese juramento? preguntaron muchos.

—Yo! contestó el Cid con generosa altivez. Antes que súbdito de D. Alfonso, soy castellano y caballero y debo arrostrar la muerte por conservar inmaculada la honra de mi patria. Por honrado y bueno he tenido siempre á D. Alfonso; mas sé hasta qué punto ciegan la ambicion y la sed de venganza. Me atreviera á jurar por cuanto mas amo en el mundo que los que azuzaron á Bellido para que asesinára á D. Sancho fueron el conde de Carrion y los de su bando, á quienes ví á la sazón en Zamora; mas ¿cómo puedo tener completa seguridad de que á su vez no fueron ellos azuzados por D. Alfonso, tanto mas cuanto que Doña Urraca me recordó poco antes de establecerse el cerco de Zamora que D. Alfonso estaba libre, y que si era débil para luchar cara á cara con D. Sancho, donde no alcanzaban las espadas alcanzaban los puñales? Venga D. Alfonso á Castilla, que yo le exigiré el juramento y seré el primero que se humille á sus pies en señal de vasallaje despues que le haya prestado. La tierra que rigieron el conde Fernan Gonzalez y D. Fernando el Grande, solo debe ser regida por varones tan leales y honrados como aquellos.

Muy pronto se divulgó en Búrgos y aun en toda Castilla la determinacion del Cid, y este adquirió á los ojos de todos los castellanos un nuevo título de amor tan grande como el que le proporcionára el mas glorioso de sus triunfos campales.

El mismo dia en que conviniera con los nobles en exigir la jura á D. Alfonso, se hallaba el animoso y leal caballero rodeado de su familia, entregado á la felicidad doméstica, que para él era la mas dulce de las felicidades. Rodrigo habia nacido en unos

tiempos en que para ser el hombre buen hijo, buen esposo, buen padre, necesitaba ser buen soldado, porque esta última cualidad figuraba entre las primeras virtudes. Por eso pasaba la mayor parte de su vida entre el estruendo de los combates; porque ¿cómo se concibe sino que prefiriera el bárbaro placer de la guerra á las dulzuras de la paz doméstica el que aparece en la historia siempre con el nombre de su muger y sus hijas en los lábios, llorando al separarse de estas y colmando de dones y de amor á los protectores de su Jimena, de su Sol y de su Elvira? Un pintor castellano, admirador entusiasta del Cid, del héroe popular de Castilla, ha pintado á Rodrigo Diaz de Vivar de la manera siguiente: El Cid enlaza con el brazo izquierdo el cuello de Sol y el de Elvira, y con el derecho el de Jimena; de su cinto pende la esterminadora espada, y en segundo término se vé á Babieca enjaezado para partir á la guerra.

Este cuadro es la historia completa del Cid Campeador.

Este cuadro es tan interesante como el que ofrecían Rodrigo Diaz y su familia el día á que nos hemos referido. Era una hermosa tarde de primavera: formaba el fondo de aquel cuadro encantador un modesto jardín contiguo á la casa de los señores de Vivar en Búrgos. Rodrigo se hallaba sentado bajo unos hojosos árboles y acariciaba á un niño de cabellera dorada que saltaba sobre sus rodillas, que también se llamaba Rodrigo y que era el primer fruto de amor. A su lado estaban Jimena, Teresa Nuña, Lambra y Mayor, ocupadas en labores propias de su sexo; en frente estaba el venerable Diego Lainez que los habia entretenido á todos largo rato contándoles una peregrina historia caballeresca referente á uno de sus antecesores; y por último, se veia á allí Gil, al niño moro, amparado por Rodrigo en los montes de Oca, el cual tocaba ya á la adolescencia y era el ídolo de la familia por su discrecion, por su hermosura y por los generosos instintos que mostraba.

—Bueno es, decia Diego, que pase de padres á hijos el recuerdo de hazañas como las que acabais de oir y por eso os he contado las de Lain Calvo que me dió el ser. Pluguiera á Dios que en Castilla tuviéramos quienes escribiesen los heroicos hechos de los que manejan la lanza y la espada, que en esto

somos menos afortunados que los griegos y los romanos.

—Cierto, contestó Rodrigo. La tradicion oral fácilmente desfigura los hechos, y es triste que los de un caballero leal y animoso atraviesen los siglos fiados á la sandez del vulgo.

—Por quien soy prometo que no será el vulgo quien perpetúe el recuerdo de los vuestros si Dios me deja llegar á mozo ! exclamó Gil, el que mas tarde escribió la Crónica del famoso caballero Rodrigo Diaz de Vivar.

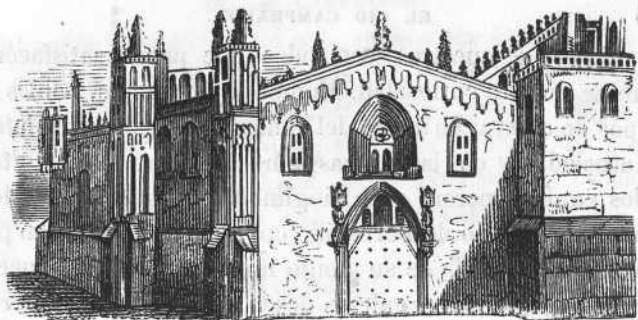
—Regocíjate, Cesar, que ya tienes un Suetonio que escriba tu historia, dijo el anciano echándose á reir como todos los circunstantes.

—Buen Gil, dijo Rodrigo, deja que tornemos á Vivar, que alli te enseñaré yo, sino como se escriben historias de caballeros, al menos como se las han los caballeros para que su recuerdo no muera.

—Y cuándo tornaremos á Vivar? preguntó Jimena. Rodrigo! cuándo alvidarás las armas para consagrarte enteramente á nuestro amor?

—Paréceme, Jimena, que ese dia no está lejano, contestó Rodrigo. D. Alfonso va á ceñir la corona de Castilla; Castilla y Leon van á formar un solo reino, y la paz será el resultado de la union de ambas coronas. El dia en que se alcen pendones en Castilla por D. Alfonso VI, ese dia dejaremos la córte y tornaremos á Vivar, donde todos gocemos la dicha que las inquietudes de la córte auyentan.





CAPITULO XXXVII.

La jura en Santa Gadea.



AY en Búrgos una ajitacion inusitada; muchas gentes de las aldeas comarcanas afluyen por todas partes á la ciudad, y calles y plazas estan obstruidas por la multitud en la que á la vez se pintan el temor y la curiosidad. Pero donde el concurso es mas numeroso, es fuera de la ciudad, hácia el camino de Leon: muchos miles de personas de todas edades y condiciones se agolpaban alli y dirijen con avi-

déz la vista á lo largo del camino que se pierde á media hora de jornada en la cumbre de un cerro que limita el horizonte. A quién esperan los burgaleses? Veamos si entre la multitud ha-

llamos alguno de nuestros conocidos que pueda satisfacer completamente nuestra curiosidad. Hombres y mugeres, nobles y villanos por do quiera, en medio del camino y en los ribazos laterales, en las arboledas y en las colinas inmediatas, impacientes todos y cansados ya de esperar; pero ninguno de nuestros conocidos vemos, ni aun el villano de Barbadillo cuya curiosidad es tan proverbial en Búrgos como la de su amigo Iñigo y cuyos percances conyugales solazan á los burgaleses desde el dia en que le vieron renegar de su muger á la puerta de la casa de los señores de Vivar. Pero ¿no es su muger, la muger de Bartolo, aquella garrida villana que departe con un mancebo allá arriba, en la cumbre de aquel cerriño? Si, si, ella es! Y no es Alvar el mancebo con quien tanto huelga y rie? Alvar es, no hay duda! Ira de Dios qué poco cura ya de rechazar á bofetones, como solia hacer en el herradero de Iñigo, las flores que el bellaco del paje la prodiga!

—Tiempo há, dice Alvar, que suspiro por vos y sufro de nuevos de vuestro marido, y aun no habeis pagado mi fé con un mezuquino abrazo! Tirana! ¿Merece tan ruin pago amador tan constante como yo soy? Por ventura os desplace aun mi amor?

—Placiérame á no estar casada, que sois gentil mancebo y no sándio como mi marido; mas, en tanto que Bartolo viva, será vano vuestro porfiar, y seralo tambien el de ese escudero Fernan que me requiere de amores como vos.

—Pésia mi mala fortuna! esclama Alvar dando una patada en el suelo. Por ese Fernan, que no por vuestro marido, pagais tan mal mi amor.

—Como el vuestro pago el de Fernan.

—Cómo asi, si holgais con sus donaires?

—Porque sus donaires me placen como los vuestros.

—Os placen los míos? Premiados si asi es.

—Igual premio merecen los de Fernan.

—Oh qué ruin fortuna tengo con las hembras! dijo Alvar desesperando ya de ver correspondido su amor por la villana.

Mientras asi departian esta y el paje en el cerro inmediato al camino, pugnaba Bartolo en el llano por atravesar la muchedumbre mirando á todas partes con avidez como si buscase á alguien.

—Eh! señor Bartolo! venid acá, que os voy á dar grandes nuevas, le gritó un hombre que resistia el empuje de las olas que formaba la muchedumbre, fuertemente asido al tronco de un árbol. Aquel hombre era el soldado que tan cortésmente le explicára en otra ocasión lo que habia pasado entre los criados del Cid; pero Bartolo ó no lo oyó ó no quiso hacer caso de sus palabras.

—Señor villano, insistió el soldado, venid y os daré curiosas nuevas.

—No busco nuevas, contestó al fin Bartolo, que busco á mi muger. Háseme escapado de casa la muy tal y juro á ños que como la tope ha de llevar mas leña que pollina de molinero....

—Pues de vuestra muger son las nuevas que digo.

—De mi muger? Dónde está la bellaca?

—Vedla allá arriba en aquel cerro solazándose con uno de sus amadores...

—San Pedro de Cardeña, válme! esclamó el villano dirijiendo la vista al cerro que el soldado le indicaba.

—Ja, ja, ja! Si me afirmo en lo que mil veces he dicho, es á saber, que todas las hembras son unas tales, dijo el soldado riendo maliciosamente.

—Juro á ños, murmuraba el palurdo rompiendo desatentado por medio de la multitud con direccion al cerro, que en hora menaguada vine á la ciudad... Pollina era mi muger en Barbadillo, mas á honrada ninguna le echaba la pata... Reniego de la ciudad y cuantas nuevas se saben en ella, que desde que vine á Búrgos no he tenido dia sin percance... Traidoras hembras, traidora muger la mia! Juro á ños que hoy mismo ha de tomar el camino de Barbadillo con mas palos que cabellos tiene y ni ella ni yo hemos de salir jamás de la aldea.

Al fin llegó á la cumbre del cerrillo y dando un pequeño rodeo para tomar la espalda á su muger y al page que continuaban hablando al parecer bastante conformes, cayó sobre estos de improviso, y enarbolando una vara de que acababa de proveerse, empezó á descargarla furiosamente sobre ellos y particularmente sobre su muger, pues Alvar solo recibió un buen zurriagazo porque

echó á correr atropellando á la multitud apenas sintió la vara del villano en sus costillas.

—Juro á ños que te he de matar, traidora! esclamaba Bartolo sin dejar de zurrar á su muger.

—Ay de mí! ay de mí! que me mata este bruto de mi marido! gritaba la villana. No hay quien me defienda de esta fiera salvaje!

—Bárbaro! exclamó la muchedumbre, no maltrateis así á una débil muger.

—He de matarla, que es una tal! contestaba Bartolo. Y cojiendo á su muger de un brazo, se alejó llevándola casi á arrastras y esclamando:

—A Barbadillo! á Barbadillo! Mala ira de Dios confunda las ciudades!

Este incidente habia entretenido un rato á la impaciente multitud; pero así que terminó, todos volvieron á impacientarse y á dirijir la vista hácia el cerro donde se perdía el camino de Leon.

—Si D. Alfonso ha sabido que sin la jura no se alzan pendo-
nes por él, decia uno de los circunstantes, se habrá detenido á
levantar gente que le acompañe y nos ponga la ley á los cas-
tellanos.

—Lo que debe hacer D. Alfonso, contestó otro, es jurar, si lo
puede hacer en conciencia, y sino contentarse con el reino de
Leon y el de Galicia que ya tiene, que no faltarán varones hon-
rados que gobiernen á Castilla como en tiempo de los Jueces.

—Cierto, que si D. Alfonso quiere hacer la forzosa á Castilla,
tiene mal pleito; y guay no se quede sin lo de acá y lo de
allá!....

—Ira de Dios! si Mio Cid levanta su enseña verde y grita:
«Castellanos! honrados somos y honrados nos deben gobernar,
que no rey sobre quien pese sospecha de fraticida. Alzaos con-
migo á defender la honra de la patria!» vereis entonces como
Castilla entera se levanta y rompe por el reino de Leon y Don
Alfonso tiene que tornar á pedir hospitalidad á los moros.

—Yo creo que no rechazará la jura, porque es imposible que

tuviera parte en la muerte de D. Sancho. D. Alfonso siempre fue buen caballero: puede haber sido imprudente, puede haber dado oídos á malos consejeros, puede haber sido débil, pero fraticida... eso no se puede creer.

—Lo que yo creo y creen todos es que resistirá la jura, no por conciencia sino por orgullo, porque ya veis, siempre repugna á los grandes el que los pequeños les impongan leyes...

—Y sobre todo, cuando esas leyes implican una sospecha tan infamante como lo es la de un fraticidio... Pero callad! ¿Qué vocería es esa que se levanta?... ¿Vendrá ya D. Alfonso? Cierto, cierto, mirad la gente que asoma allá por el cerro.

En efecto, acababa de descubrirse una porción de gente en el cerro que limitaba el horizonte, y al verla, la multitud se agitaba y alzaba un prolongado murmullo, procurando acercarse al camino los que estaban esparcidos por aquellos oteros. Los forasteros, que en efecto eran D. Alfonso y algunos centenares de hombres que le acompañaban, iban acercándose, acercándose á Búrgos por instantes. Al fin llegaron á donde la multitud esperaba, y esta se fue replegando á Búrgos siguiéndolos en silencio por ambos lados del camino. Cien pasos estarian de la ciudad, cuando á las puertas de esta aparecieron los nobles castellanos conduciendo el pendon de Castilla velado con una gasa negra. Los nobles hicieron seña á D. Alfonso para que se detuviera, lo cual hicieron este y los suyos, y entonces se adelantó Rodrigo Diaz y dirigió su voz á D. Alfonso despues de saludarle, no como á rey, sino como á caballero.

—D. Alfonso! le dijo, heredero sois del reino del Castilla y nadie trata de disputaros vuestro derecho. Castilla es un pueblo honrado que siempre veneró y ayudó á sus señores; mas, ¿cómo podria venerarlos y ayudarlos sino tuviera fé sin límites en su honradez? Por bueno se os ha tenido siempre en Castilla; mas hoy pesa sobre vos una sospecha infame y habeis menester destruirla antes que por vos alce pendones esta tierra siempre leal. Ya sabeis que una mano asesina arrancó la vida á vuestro hermano D. Sancho en el cerco de Zamora; aunque vuestros antecedentes os justifican, las circunstancias arrojan sobre vos una terrible sos-

pecha que jamás debe pesar sobre el que ciñe una corona y es llamado á gobernar un pueblo honrado y generoso. Pues bien: para que Castilla os ame y os respete, para que el mundo entero sepa que el que ocupe el trono de D. Fernando el Magno es digno de ocuparle, habeis de jurar en santa Gadea, puesta la mano sobre el santo Evangelio, que no tuvisteis parte en la muerte de D. Sancho.

La indignacion habia ido encendiendo el rostro de D. Alfonso mientras el Cid hablaba así, y todos los circunstantes menos Rodrigo temblaban viéndola próxima á estallar.

—Justicia de Dios! exclamó D. Alfonso. ¿Quién es el que se atreve á hablarme así? ¿Quién es el que osa pedirme ese vergonzoso juramento?

—Rodrigo Diaz de Vivar! contestó el Cid, no con insolente altivez, mas sí con respeto y firmeza.

—Renunciára, poco es el reino de Castilla, sino el imperio del orbe, primero que sufrir la humillacion que me proponeis. Cid! ¿un buen caballero desconfia de mi lealtad hasta el punto de suponerme cómplice de la muerte de mi hermano? Os devuelvo á la faz á vos y á cuantos como vos piensen la infamia con que habeis querido mancillarme!

—Señor, replicó el Cid, ved que rehusando la jura dais nuevo motivo á que se os acuse....

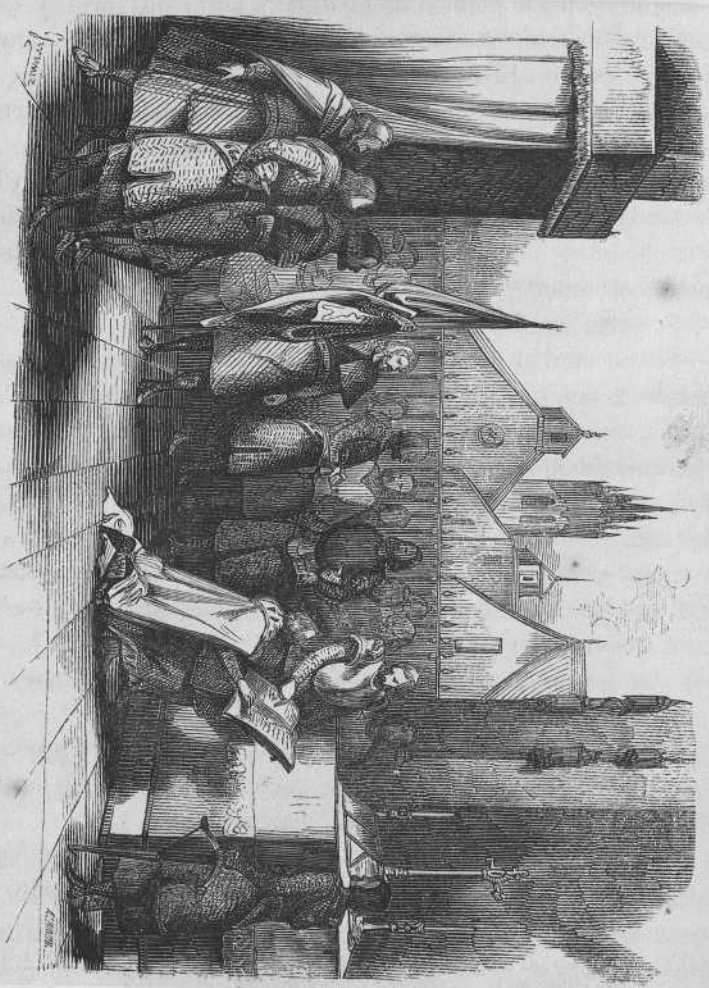
—Pues bien, exclamó D. Alfonso interrumpiendo á Rodrigo, paso, paso al templo! Pero ay de los que me insultan! ay del que se atreve á humillarme cual nunca vasallos han humillado á rey!

—Despues de la jura, contestó humildemente el de Vivar, se-reis mi señor y podreis disponer de mi vida y de mi hacienda, que una y otra arriesgo gustoso por cumplir lo que mi conciencia y mi honra demandan.

Castellanos y leoneses se encaminaron á la iglesia de santa Gadea, á cuyas puertas se agolpaba la multitud sin poder apenas reprimir el entusiasmo de que estaba poseida en vista de la abnegacion y la heroica firmeza del Cid.

Este y D. Alfonso se acercaron al altar á cuyo pie se arrodilló

EL GID CAMPANDEL.



el príncipe poniendo la mano sobre el libro de los Evangelios, que Rodrigo sostenia en las suyas, en tanto que D. Diego Ordoñez de Lara tenia el pendon de Castilla á corta distancia y todos los nobles contemplaban entre admirados y temerosos aquella imponente escena. El pueblo que se agolpaba á las verjas del templo procurando ver lo que en este pasaba, permanecia en silencio deseoso de oir el juramento del príncipe por quien un momento despues iban á alzarse pendones.

—D. Alfonso, dijo el Cid con voz robusta, jurais por los santos Evangelios que no tuvisteis parte en la muerte de D. Sancho II vuestro hermano?

—Si juro! contestó D. Alfonso.

—Si con verdad jurais, continuó el Cid, solo venturas y prosperidades tengais en la tierra y seais salvo de los tormentos del infierno; mas si vuestro juramento es falso, os maten villanos de las Asturias de Oviedo, que no de Castilla; muerto seais con ahijadas, que no con lanzas; abarcas calcen los que os maten y cabalgen en sendas burras, que no en mulas ni en caballos; os maten en las aradas, no en villas ni en aldeas; os saquen el corazon por el costado siniestro y vayais al infierno donde peneis hasta la consumacion de los siglos.

—Asi sea, contestó D. Alfonso aunque sin ocultar el enojo que le causaba la audacia del Cid.

Entonces este colocó los Evangelios sobre el altar, y como se alzara D. Alfonso, hincó á sus pies la rodilla y le besó la mano imitándole todos los nobles que estaban presentes.

D. Diego Ordoñez de Lara rasgó el negro cendal que velaba el pendon, y salió con este al atrio del templo donde gritó por tres veces:

—Castilla por D. Alfonso!!

El pueblo repitió este grito con alegría y entusiasmo, y en diferentes puntos de la ciudad se alzaron estandartes y resonaron pregones anunciando que el trono de Castilla tenia ya quien le ocupase.

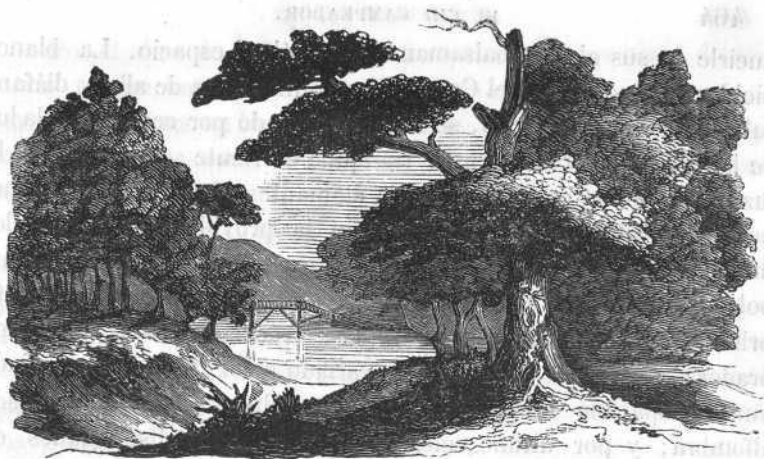
¡Cuán diferente era el espectáculo que aquel dia ofreció Búrgos del que habia ofrecido el dia anterior! El dia anterior

incertidumbre del porvenir, desolacion, tristeza, luto; entonces risueñas esperanzas de un reinado próspero, pacífico, justo, equitativo, fuerte!... porque Castilla iba á ser un reino dilatado y poderoso como el de D. Fernando el Grande, no limitado y cercado de estados rivales como el de D. Sancho II.

Con motivo de aquel fausto acontecimiento, el pueblo castellano se disponia á entregarse á alegres fiestas, el enemigo á tender la mano á su enemigo, el rico á dulcificar las amarguras del pobre, y el monarca á otorgar liberales mercedes á nobles y á villanos.

El iris se mostraba tras la tormenta riquísimo de colores que llenaban de alegría el alma de todos los honrados castellanos.





CAPITULO XXXVIII.

Donde se da fin á este libro probando que á buenos y á malos da Dios en este mundo una muestrcita del paño que han de vestir en el otro.



AN transcurrido pocos dias desde aquel en que el pueblo castellano alzó pendones por D. Alfonso VI.

Es la mañana de San Juan. El cielo está azul y las estrellas que há poco le tachonaban se van ocultando, porque los resplandores que preceden al sol comienzan á iluminar el oriente;

es tan mansa la brisa que apenas mueve las hojas de los árboles donde cantan los pájaros, ni las doradas mieses donde lloran las dolientes tórtolas. Esa apacible brisa tiene no obstante la fuerza necesaria para estraer el aroma del tomillo, de las manzanas, de las siemprevas y de otras mil plantas y flores, y con-

ducirle en sus alas embalsamando con él el espacio. La blanca nieblecilla que velaba el Carrion como una cinta de albo y diáfano tul estendida por la vega, se ha ido disipando por completo y la luz de la mañana se refleja en la tranquila corriente del rio como la luz de una bujía en una sarta de diamantes. Qué espectáculo tan bello ofrece la vega de Carrion! Aquí la próspera mies cuyo color muestra realizadas las doradas esperanzas del labriego; allí árboles cuyas ramas inclina al suelo la sazónada fruta como si esta brindase con su dulzura y su aroma al transeunte; mas allá una pradera cubierta de flores cuyo variado color hace mas variado aun la apacible brisa á cuyo soplo ondula aquella perfumada alfombra; y por último, cien blancos caseríos diseminados en la llanura como las bandadas de palomas que se esparcen por los sembrados. Alegres cantares se oyen por todas partes y mil gritos de alegría llenan el espacio. Quiénes son los que cantan y gritan y se encaminan á la vega? Son las doncellas y los mancebos de Carrion que van á cojer la vervena á la orillita del rio? Como es que tan de mañana se alzan blancas columnas de humo de las casas esparcidas en la vega? Qué hermosa es la mañana de San Juan poco despues de alborear!

El sol asoma destellando torrentes de luz allá sobre las apartadas lomas de levante é inunda de resplandores la vega de Carrion inundada de antemano de flores y de perfumes, y á los gritos y á los cantares de la multitud se une el repique de las campanas de la villa donde alguna fiesta extraordinaria se prepara. Pero esas campanas que alborozan á los habitantes de la villa y la llanura, no son las de la virgen de Belén ni las de santa María del Camino: son las de un nuevo templo que se alza al oeste de la villa, de un templo que no existia la noche en que fue devorado por las llamas el castillo de los condes, cuyos negros paredones se alzan medio derruidos allá arriba en la altura que domina la villa.

Un gentío inmenso afluye á la vega por todas partes. Hombrés y mugeres, peones y caballeros, villanos y nobles.... Oigamos lo que dicen algunos de los que concurren á esa fiesta cuyo motivo nos es desconocido.

—Por el alma de Belcebú que ni en el salto de montes de Oca se vió tal muchedumbre de gente como se vé en la ribera del Carrion! esclama un hombre de morena tez que va en un grupo de hembras y varones, al dar vista á la vega desde un alto, camino de Búrgos.

Por nuestra vida que aquel hombre es Fernan que cabalga en Overo aunque no ostenta ya arreos escuderiles! La muger que camina á su lado montada en una jumentilla, es Mayor, y en el mismo grupo van otros personajes que no nos son desconocidos: tales son Martin Vengador, Rui-Venablos y Beatriz, que cabalgan, esta en una jumenta como la de Mayor y aquellos en sendos trotones.

Oigamos, oigamos á Fernan, que segun la atencion con que le escuchan algunos de los transeuntes, debe estar muy enterado de cuanto atañe á aquella fiesta.

—El torneo que se va á verificar en la vega de Carrion, dice, va á ser de los mas famosos que se han visto ni oido en España. Oh qué bien se va á celebrar la coronacion de D. Alfonso como rey de Castilla y Leon!

—No me direis, hermano, preguntó uno de los muchos transeuntes que se unian al grupo de nuestros conocidos, por qué D. Alfonso ha querido hacer esta famosa fiesta en la vega de Carrion y no en Leon ó en Búrgos?

—Sí os diré, hermano, contestó Fernan: como Carrion esta en medio de los dos reinos, unidos ahora en uno como en tiempo de D. Fernando, y como el sitio es tan llano y ameno, ha querido D. Alfonso celebrar la fiesta á que vamos donde castellanos y leoneses puedan asistir partiendo jornada.

—Y sabeis quienes van á justar?

—Los caballeros mas nobles de Leon y Castilla, y hasta se dice que el mismo rey D. Alfonso romperá lanzas con el Campeador, el de Lara y otros caballeros principales.

—Cierto que será cosa de ver la tal fiesta.

—Vaya si será: habrá torneos, sortijas, cañas, bohordos, y por último, un paso honroso que defenderá Guillen el de la Enseña no solo en celebridad de la coronacion de D. Alfonso, sino

tambien en la de su casamiento.....

—Con que se casa ese mancebo?

—Hoy mismo casa con la infanta de Carrion, en el monasterio que Doña Teresa ha edificado á su costa para que tengan cómodo albergue las religiosas de san Zoil que hoy se trasladan á él, y á quienes ha querido pagar así la hospitalidad que la han dado desde la noche en que el de la Enseña la salvó del incendio del castillo. Como que el Campeador y su muger Doña Jimena, mis señores, serán sus padrinos, para lo cual están en Carrion desde ayer. Oid como repican las campanas de San Zoil; apostára que ahora mismo se están uniendo para insécula el de la Enseña y la infanta.

—Gran ventura debe ser el casarse amándose tanto como diz se aman Doña Teresa y Guillen.

—Hermano, aqui hay alguno, y aun algunos, que pueden certificar vuestro dicho. Esta honrada hembra que va á mi lado en la pollina, y yo, hemos casado por amor ha pocos dias y tambien aquel gallardo mancebo que va allá adelante y la doncella con quien va departiendo amorosamente.

—A todos os doy la enhorabuena, porque sereis felices amándoos.....

—Amándonos y teniendo ricos haberes, porque ricos son los que nos han regalado nuestros señores los de Vivar, que Dios prospere y bendiga.

—No me maravilla que el Campeador se haya mostrado dadivoso con sus servidores, que D. Alfonso ha dado á todos ejemplo. Cuentan que son muchas las mercedes que el rey ha hecho; y siendo así me admira que no se haya mostrado tambien indulgente y liberal con los condes á quienes desterró D. Sancho, alzándoles enteramente el destierro...

—Lejos de hacer tal, ha les quitado sus tierras para dárselas á los herederos inmediatos y les ha impuesto pena de la vida si ponen pies en Castilla ó Leon. Y por mi alma que D. Alfonso ha hecho bien, que eso y mas merecen los tales condes. Como que el rey sospecha, y los que no somos reyes tambien, que esos condes malvados, y sobre todo el de Carrion, fueron los que

pagaron á Bellido para que asesinára al valiente D. Sancho.

Nuestros interlocutores llegaban ya á la llanura é interrumpieron su plática porque el gentio que poblaba la vega absorbía su atencion ofreciendo mil diferentes escenas; y pasado un instante se perdieron entre la animada muchedumbre, participando del general regocijo.

Una hora despues llegó al centro de la vega el rey D. Alfonso acompañado de la nobleza castellana y leonesa; los tabladors que como por ensalmos se habian alzado, estaban ocupados por mil nobles y hermosas damas y los juegos daban principio al son de acordadas músicas cuyos sonidos poblaban el espacio y difundian la alegría por aquellos contornos.

En tanto que la vega, aquel paraíso rico de luz, de armonía, de flores, de felicidad suprema, ofrecia á la vista escenas tan encantadoras; ofrecia una escena enteramente diversa un bosque poblado de maleza y de seculares castaños, situado en la falda de uno de los cerros que forman el valle, á corta distancia de un camino.

Como hasta medio centenar de hombres se hallaban allí, unos durmiendo tranquilamente tendidos sobre la yerva, otros contemplando enbelesados el magnífico espectáculo que ofrecia la vega, la que se descubria desde allí en toda su estension, y otros, en fin, colocados en las copas de los árboles vigilando las avenidas del bosque.

Aquellos hombres eran bandidos, eran Juan Centellas y su banda, á quienes en vano perseguian los Salvadores, porque burlaban su persecucion, unas veces validos de su sagacidad, otras de su fuerza y otras del oro que poseian, particularmente desde que entraron á saco é incendiaron el castillo de Carrion.

Juan Centellas y otro bandido que parecia su segundo, se pusieron á hablar en voz baja así que el primero hubo despedido á un villano que habia llegado poco antes al bosque y habia departido algunos instantes con Juan.

—¿Tenemos buenas nuevas? preguntó á este su teniente.

—Muy buenas las ha traído el espía de Carrion, contestó Centellas. El pájaro va á caer en la red.

—Si, eh? Contadme algo, hermano, contadme.

—D. Suero se ha encerrado en un vetusto castillo que tiene allá en Senra, un valle solitario de las Asturias, desesperanzado de vencer á sus émulos de acá y temeroso de morir ahorcado si pone los pies en Leon ó Castilla. Parece que deseando tener alguien con quien entretenerse en aquella soledad, ha mandado á buscar por medio de Bellido á aquella hi de tal que hallamos en el castillo y no matamos por no manchar nuestras manos con sangre de una débil muger, y hoy mismo debe pasar por aqui con ella el tal Bellido.

—Ira del infierno qué buen dia vamos á tener si echamos la uña al traidor que vendió la banda del Vengador! Tambien nosotros hemos de celebrar la coronacion de D. Alfonso, que no ha de ser solo allá abajo.

—No se nos escapará hoy Bellido como la noche de marras. Há tiempo que juré colgarle de las almenas del castillo de Carrion donde por maldad suya perecieron tantos de nuestros hermanos, y si, como espero, le echemos hoy mano, mañana ha de aparecer de espantajo en las chamuscadas paredes del castillo. Necesitamos estar muy despiertos, hermano, porque me ha dicho el espía que los Salvadores andan por estos contornos sin duda para atender á la seguridad de los que acuden á las fiestas de la vega.

Aqui llegaban en su conversacion los gefes de la banda cuando fueron interrumpidos por un silvido que imitaba perfectamente el canto de un mirlo.

—Gente viene, que hacen la seña los vijías, dijo Juan Centellas, y añadió mirando hácia la calzada:

—Es un hombre que lleva una muger á las ancas de su cabalgadura.... El demonio me lleve á las tuyas sino es el que esperamos. A la calzada! á la calzada, hermanos!

Y Juan Centellas y algunos de los suyos requirieron sus armas y se lanzaron á la calzada con la rapidez del rayo.

En efecto, el hombre á quien habian visto era Bellido Dolfo y la muger que conducia en ancas de su caballo era Sancha, la hija del ciego del laud, la barragana de D. Suero!

Bellido quiso meter espuelas á su caballo, pero los bandidos le habian cortado el paso, y entonces desnudó su espada como resuelto á defenderse obstinadamente. Vanos fueron empero todos sus esfuerzos, porque en pocos instantes fue desarmado por los de la banda y arrastrado con Sancha al castaño inmediato.

Por mas que Bellido mereciese sufrir en la tierra todos los tormentos del infierno, y aunque no fuese digna de compasion la impudente ramera que le acompañaba, la que se habia degradado hasta el punto de no volver á acordarse de su padre que la buscaba llorando é implorando la caridad pública hacia tiempo, la que habia ayudado á D. Suero y al conde de Cabra á llevar al Cid y á los que iban con él á las córtés de Leon á la celada de que por milagro se salvaron; por mas que uno y otro fuesen indignos de compasion, repugna el referir los ultrages de que fueron objeto por parte de los bandidos.

—Hermanos, dijo Juan Centellas á los de su banda, dejemos á esta hembra que vaya á llevar nuevas de por acá á su noble amante, y aseguremos bien á Bellido.

Los bandidos cojieron al traidor y le arrastraron hácia un corpulento castaño, cuyo tronco estaba hueco y en el que se podia penetrar por una abertura que tenia casi al nivel del suelo. Metiéronle en el tronco del castaño á pesar de la furiosa resistencia que hacia para evitarlo, y en seguida taparon la abertura con una gran losa que arrimaron á ella, sobre la que cargaron otras á fin de sujetarla de modo que no pudiera ser derribada desde dentro.

Hacia corto rato que habian dado libertad á Sancha, cuando resonó nuevamente el canto del mirlo, y los que vigilaban las avenidas del bosque se apresuraron á bajar de los árboles exclamando:

—Los Salvadores! los Salvadores se acercan!

Todos los bandidos se aparejaron á huir, porque, en efecto, gran número de Salvadores venian de hácia el lado de poniente, por donde se habia alejado Sancha.

—Matemos á Bellido antes de huir! gritaron muchos, y se pusieron á apartar las piedras que cerraban el tronco del castaño.

—Nadie toque esas piedras! dijo Juan Centellas, y añadió con siniestra sonrisa: Quiero que Bellido se acostumbre al fuego antes que vaya al infierno.

En seguida aplicó un tizon ardiendo á la maleza que rodeaba el castaño y gritó:

—Huyamos, hermanos, huyamos!

Los bandidos se dispersaron por el bosque procurando tomar la espalda á los Salvadores, pues hacía aquel lado era mas quebrado el terreno y mas espesos los árboles. Los Salvadores iban en pos del grupo principal compuesto de Juan Centellas y hasta una veintena de los suyos.

Hermanos, dijo Centellas á los otros bandidos deteniéndose en un alto ya casi libres de sus perseguidores, por sándios debiéramos haber caído en manos de nuestros enemigos, pues sandez y muy grande fue el dar suelta á la compañera de Bellido, que ella sin duda dió aviso á los Salvadores... Pero... justicia de Dios! no es ella aquella que va allá abajo, por la calzada?

—Si, si, ella es! esclamaron todos los bandidos!

—Ballesta mia, dijo Juan bajando hacia la calzada, ayuda mi venganza como siempre la ayudaste!

El capitan de los bandidos disparó una flecha y Sancha lanzó un doloroso grito y cayó mortalmente herida.

Al mismo tiempo inmensas columnas de humo y de llamas se alzaban del bosque, y unos gritos muy lastimeros y cada vez mas ahogados se oían hacia la parte donde comenzára el incendio.

Aquellos gritos cesaron enteramente pasados unos instantes y una hora despues no habia castaños, ni maleza, ni nada, en fin, mas que una capa de rescoldo y algunas piedras calcinadas, donde los bandidos dejáran encerrado á Bellido Dolfos.

La mañana siguiente era tan hermosa como la que la habia precedido: estaba azul el cielo, era perfumado el ambiente, cantaban los pájaros en las arboledas y por todas partes esparcían la animacion y el contento las gentes que tornaban de las fiestas de Carrion.

El Cid, Jimena, Guillen, la infanta Doña Teresa, Martin,

Beatriz, Rui-Venablos, Gonzalo, Alvar, y por último, Fernan y Mayor, iban juntos camino de Búrgos, todos alegres, todos satisfechos, todos felices, escepto los dos últimos, que habian tenido una descomunal pendencia aquella misma mañana. Recordando Fernan las garridas doncellas que el dia anterior habia visto en la vega, se lamentó amargamente de la tiranía del matrimonio que entre cristianos no consiente mas que una muger, cuando, segun sus infalibles cálculos, tocaban dos hembras lo menos á cada varon. Aquellas quejas y aquellos cálculos irritaron á Mayórica; Fernan maldijo la terquedad y la sinrazon de las hembras, y sobre todo la de su muger, y la querella termino á arañazos y puñadas, recibiendo Alvar unas cuantas de estas por querer apaciguar á los contendientes.

Hacia algunas horas que habian salido de Carrion, cuando al llegar á una crucijada, oyeron el sonido de un laud que tañia un anciano á la orilla del camino implorando la caridad de los transeuntes.

El Cid y Jimena mandaron á uno de sus servidores que diese una buena limosna á aquel mendigo, y lo mismo hicieron Guillen y Doña Teresa. El anciano se puso á cantar en aquel instante un romance que empezaba:

« Caballeros leoneses,
caballeros castellanos,
con los fuertes arrogantes
y con los débiles mansos... »

—Santiago de Compostela! exclamó el Cid sujetando de las riendas á Babieca al oir estos cuatro versos. Es el gafo del Tremedal! Es el que en nombre de Dios me dijo camino de Zamora que venceria en todas las lides y que mi honra y mi hacienda irian siempre en aumento!

El ciego seguia su romance implorando venganza contra el que le habia robado su hija.

—Ya está vengado! exclamaron por lo bajo muchos de los circunstantes, entre ellos Rui-Venablos, pues todos sabian ya el

trágico fin de Sancha y la vida desventurada que arrastraba Don Suero Gonzalez.

El Cid se acercó al mendigo y le dijo :

—Anciaho! Si la espada de un caballero no ha herido la frente del conde de Carrion, la justicia de Dios le ha condenado á la miseria, á la infamia, á la soledad y á la desesperacion, que son mas crueles que la muerte. Vuestra hija renegó de vos y os condenó á eterno olvido apenas fue arrebatada de vuestro lado; pero tambien ha recibido el castigo que merecia su culpa. No lloreis su memoria, que solo merece vuestro olvido ya que no vuestra maldicion. No teneis familia que consuele vuestras penas y sostenga vuestra vejez?... En mi castillo la hallareis. Entrad en una de mis literas y venid á participar de la dicha que sonrie á los señores de Vivar!

El anciano entró en una litera llorando de gratitud y de alegría, y los viajeros continuaron su camino, todos alegres, todos satisfechos, todos felices, pues hasta Fernan y Mayor comenzaban á hacer las paces.

FIN.



79	De como Martin se puso en camino de ven-
92	De como Rodrigo lidió con Martin Gon-
101	De como Rodrigo lidió con Martin Gon-
112	De la vista mesurada que tuvo Jimena en
122	De como Rodrigo y Jimena se casaron y el
132	diablo puso espanto á los burgaleses.
134	De como Rodrigo hubo á Babieca y lo que
134	le sucedió capelando en él.

CAPITULOS. IV PAGINAS.

	Prólogo.	7
134	I. En el que se trata de unos amores que	
	comenzaron casi por donde otros acaban.	9
163	II. Donde se trata de unas fiestas que termina-	
	ron con un bofeton.	19
171	III. Donde el lector verá lo que sucedió á Ro-	
	drigo y su escudero desde Leon á Vivar.	26
183	IV. Donde la doncella, amen de su historia,	
	cuenta sucesos que da ira el oirlos ó leerlos.	54
191	V. De como fueron recibidos en Vivar Rodri-	
	go y su escudero.	42
202	VI. De como Fernan desesperó de hacer entrar	
	en razon á las hembras, y Diego Lainez	
	esperó que su honra seria vengada.	51
215	VII. De como Rodrigo lidió con el conde de	
	Gormaz.	58
225	VIII. De como Jimena pidió al rey justicia contra	
	Rodrigo.	65
234	IX. De como una mora se convirtió y una so-	
	litaria dejó de serlo.	73

X.	De como Martin se puso en camino de vengar á su padre.	79
XI.	De como los de Vivar tuvieron cartas del rey D. Fernando.	92
XII.	De como Rodrigo lidió con Martin Gonzalez.	103
XIII.	De la visita inesperada que tuvo Jimena en su retiro.	112
XIV.	De como Rodrigo y Jimena se casaron y el diablo puso espanto á los burgaleses.	122
XV.	De como Rodrigo hubo á Babieca y lo que le sucedió cabalgando en él.	134
XVI.	De como Rodrigo apellidó la tierra y dió salto á los moros en Montes de Oca.	144
XVII.	De como la hueste del de Vivar siguió su camino sin descansar como el lector.	154
XVIII.	De como el Vengador y Rui-Venablos, magüer que bandidos, pensaban como caballeros.	163
XIX.	De como pintan los solteros la vida de los casados.	171
XX.	De como el conde de Carrion no ganaba para sustos.	182
XXI.	De como un moro quedó y cinco se fueron.	191
XXII.	De como la banda del Vengador atacó el castillo de Carrion.	201
XXIII.	Donde se prueba que el frio y el amor son compatibles.	215
XXIV.	De como trataban de hacer fortuna dos mugeres, de como se divertian dos niños y de como urdian traicion dos hombres.	225
XXV.	De lo que á Rodrigo pasó camino de Compostela.	234

XXVI.	De como el Vengador y Rui-Venablos re- formaron su opinion respecto á Bellido.	247
XXVII.	De como Teresa y Guillen creyeron que Dios habia tocado el corazon de Don Suero.	257
XXVIII.	De como el conde de Cabra cantó un ro- mance al conde de Carrion.	269
XXIX.	De como el rey y Rodrigo despues de ha- cer buenas oraciones dieron buenas cu- chilladas.	280
XXXI.	De como un bueno hace ciento.	289
XXXII.	Donde se justifica el refran de «hágase el milagro y hágale el diablo».	303
XXXIII.	Donde se prueba que quien siembra coje y donde se vé que donde las dan las toman.	316
XXXIV.	Donde se sigue probando que el Cid era un Cid en todas partes.	327
XXXV.	Donde se trata de caballeros largos de manos y de villanos largos de lengua.	338
XXXVI.	De los disgustos que al cuitado D. Suero daba su hermana.	347
XXXVII.	A rey muerto rey puesto.	359
XXXVIII.	De como unos caballeros fueron por lana y volvieron trasquilados.	369
XXXIX.	De como iba en Búrgos al villano de Bar- badillo, con lo demas que sabrá el que leyere.	379
XXXX.	De como tomó el Cid venganza del conde de Cabra.	393
XXXXI.	De como el conde de Carrion y sus amigos enredaron la madeja y otros la desen- redaron.	404
XXXXII.	Desde Búrgos á Vivar.	411
XXXXIII.	Desde Vivar á Carrion.	420

XXXXIV.	De como un buen caballero se encargó de un mal mensaje.	428
XXXXV.	El Cerco de Zamora.	437
XXXXVI.	Donde se prueba que se puede lidiar sin vencer ni ser vencido.	446
XXXXVII.	La jura en Santa Gadea.	455
XXXXVIII.	Donde se da fin á este libro probando que á buenos y á malos da Dios en este mundo una muestrecita del paño que han de vestir en el otro.	463



COLOCACION DE LAS LAMINAS.

LÁMINAS.	PÁGINAS.
1. ^a	25
2. ^a	64
3. ^a	147
4. ^a	200
5. ^a	219
6. ^a	285
7. ^a	323
8. ^a (que lleva el número 9. ^a). . .	402
9. ^a (que lleva el número 8. ^a). . .	445
10. ^a	464

ERRATAS NOTABLES.

Páginas.	Líneas.	Dice.	Léase.
40	3	gozoso	ganoso
94	23	saludos	saludes
121	10	pescára entre los	pescára en los
130	55	recusára	rasurára
136	7	amado	honrado
148	24	todos bueno	todos los buenos
148	26	que...	que
152	34	mal	mas
227	3	erió	exió
318	3	que se	que no se
318	22	producia	producirá
353	30	el horizonte	el confin del horizonte
368	4	envidiaria	envidiára
388	12	conjuradores	conjurados





MARQUÉS DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS .

BIBLIOTECA

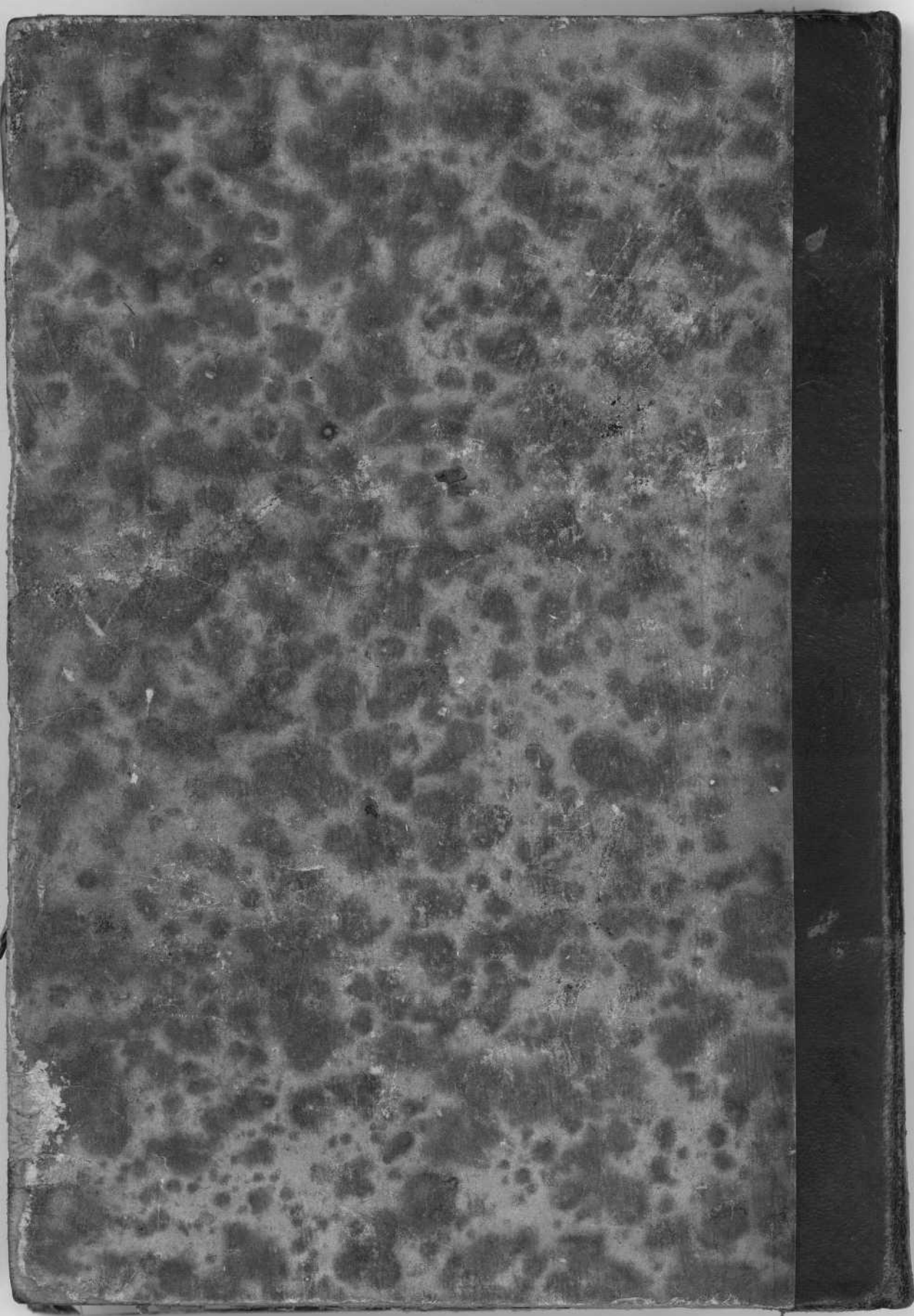
Pesetas.

Número: 271 | Precio de la obra.....

Estante.. 114 | Precio de adquisición.

Tabla 1 | Valoración actual.....

Número de tomos....



271.

EL CID

CAMPEADOR.